

EDITADO DEL ESTUDIO HECHO POR EL
AUTOR BESTSELLER, NEW YORK TIMES

TIMOTHY KELLER

ESTO ES PARA TI

LÉELO, TE MOSTRARÁ EL
MÁS GRANDE RESCATE DE DIOS

ESTO ES PARA TI

ESTÚDIALO, TE AYUDARÁ

A ALIMENTARTE DE LA PALABRA

DE DIOS DÍA TRAS DÍA

ESTO ES PARA TI

ÚSALO, TE EQUIPARÁ PARA

INSTRUIR A OTROS. ESTO ES

JUECES

PARA TI



PREFACIO DE LA SERIE

Cada volumen de la serie *La Palabra de Dios para Ti* te lleva al corazón de un libro de la Biblia y aplica sus verdades a tu corazón.

El objetivo fundamental de cada título es:

- Que puedas centrarte en la Biblia
- Que glorifiques a Cristo
- Que sea aplicable para tu vida
- Que sea de fácil lectura

Puedes usar *Jueces Para Ti*:

Para leer. En forma continua, como un libro que explica y explora los temas, los incentivos y los retos de esta parte de la Escritura.

Para estudiar. Usándolo metódicamente, como guía para tus devocionales diarios, o como herramienta útil en la preparación de un sermón o una serie de estudios bíblicos en tu iglesia. Cada capítulo se divide en dos secciones más pequeñas, con preguntas para reflexionar al final de cada una de ellas.

Para usar. Como recurso útil en la preparación de la enseñanza de la Palabra de Dios a otros, a grupos pequeños o a la congregación. Cuando hay versículos o conceptos complicados, encontrarás una explicación en lenguaje sencillo. Resalta temas principales y provee ilustraciones con sugerencias para la aplicación.

Estos libros no son comentarios. Asumen que no se tiene un

conocimiento de los idiomas originales de la Biblia ni un alto nivel de comprensión bíblica. Las referencias a los versículos se señalan con **negrita** para que puedas referirte a ellos fácilmente. Las palabras menos comunes, o que se usan de manera diferente en el lenguaje secular, están señaladas en **gris** la primera vez que aparecen, y se explican en un glosario al final del libro. En este glosario encontrarás también detalles de recursos complementarios, tanto para la vida personal como para la vida de la iglesia.

Nuestra oración es que mientras lees, seas afectado, no por los contenidos de este libro, sino por el libro al que este te está ayudando a descubrir; y que alabes, no al autor de este libro, sino a Aquel a quien este te está señalando.

Carl Laferton, Editor de la Serie

INTRODUCCIÓN A JUECES

“Lo que sea que nos controle, eso realmente es nuestro dios... La persona que busca el poder está controlada por el poder. La persona que busca la aceptación está controlada por la persona a la que él o ella quiere agradar. Nosotros no nos controlamos. El señor de nuestra vida nos controla”.

(Rebeca Manley Pippert, *Fuera del Salero*, pp. 48-49)

Vivimos y trabajamos entre una gran variedad de dioses, no solo los de otras religiones formales, sino también los dioses de la riqueza, la popularidad, el placer, la ideología, el logro. Nuestra época se puede caracterizar por la frase que resume el libro de Jueces: “Cada uno hacía lo que le parecía bien ante sus ojos” (Jue 21:25, LBLA).

Así que, a pesar del intervalo de más de tres milenios, existen muchas semejanzas entre nuestra situación y la época del libro de Jueces que narra la historia del pueblo de Dios, Israel, entre la época de Moisés y Josué y la de los primeros reyes, alrededor de 1200 a.C. Esta fue una época de pluralismo espiritual. La sociedad de Canaán (la tierra que Dios había prometido darle a Su pueblo y donde ahora ellos estaban viviendo entremezclados con otras naciones) fue una mezcla de gente creyente y pagana. Aquella fue una época en la que el pueblo de Dios se enfrentaba todos los días ante dos opciones: ver a Dios como su Señor o seguir el

espíritu y las preferencias de su época. Esta es básicamente la historia de cómo fallaron en esta encomienda, de cómo constantemente se apartaban de conocer, amar y obedecer a Dios para hacer “lo que les parecía bien ante sus ojos”.

Por esta razón, Jueces se puede describir como “gente despreciable que hace cosas deplorables” y como “cuentos perversos sobre personajes disfuncionales”. Conforme la historia se desarrolla, incluso los “héroes”, los jueces, se vuelven cada vez más imperfectos y fracasados. Hacen muchas cosas abominables y sus esfuerzos tienen menos y menos efectos redentores. Es un cuento deprimente, y todo es historia. Por esta razón el lector será una y otra vez llevado a preguntarse: *¿Qué hace esto en la Biblia?*

La respuesta es importante: ¡es el evangelio! El libro de Jueces nos muestra que la Biblia no es un “Libro de Virtudes”; no está lleno de relatos edificadores. ¿Por qué? Porque la Biblia (a diferencia de los libros sobre los cuales otras religiones se basan) no se trata de seguir ejemplos morales. Se trata de un Dios de misericordia y paciencia que continuamente trabaja en y por medio de nosotros a pesar de nuestra constante resistencia a Sus propósitos. Al fin de cuentas, solo existe un héroe en este libro y Él es divino. Cuando leemos esta parte de la Escritura como un recuento histórico de cómo Dios obra para rescatar a Su pueblo que no se lo merece por medio y en medio del desastre en el que su pecado los mete, entonces para nosotros se hace vivo en nuestros cerebros y corazones, y habla a nuestras propias vidas y situaciones el día de hoy. Jueces no es una lectura fácil, pero al vivir en los tiempos en

los que vivimos, es una lectura esencial.

Así que, ¿cuáles son los temas principales (o, podríamos decir, las verdades sobre Dios) que el escritor de Jueces quiere que aprendamos y vivamos? A manera de introducción se enlistan seis, a las cuales debemos estar atentos mientras avanzamos:

1. *Dios ofrece Su gracia de manera incansable a personas que no se la merecen, que ni la buscan o que ni siquiera la aprecian después de que han sido salvadas por ella.* El libro de Jueces no se trata de una serie de modelos a seguir, aunque hay unos cuantos buenos ejemplos (como Otoniel y Débora) que están al principio del libro y no dominan la narrativa. El punto es que el único verdadero salvador es el Señor. Jueces trata, al fin de cuentas, sobre la gracia que abunda para los más grandes pecadores. La gracia de Dios triunfará sobre las acciones más estúpidas.
2. *Dios quiere el señorío sobre cada área de nuestras vidas, no solo sobre algunas.* Dios deseaba que Israel tomara toda la tierra de Canaán pero, en lugar de eso, ellos solo limpiaron algunas áreas y aprendieron a vivir con los ídolos en medio de ellos. En otras palabras, ni rechazaban por completo a Dios ni lo aceptaban del todo. Este disciplinado y compromiso a medias lo bosqueja el libro de Jueces como un compuesto imposible e inestable. Dios quiere toda nuestra vida, no solo una parte.
3. *Existe una tensión entre la gracia y la ley, entre lo condicional y lo incondicional.* En Jueces encontramos una contradicción aparente. Por un lado, Dios demanda la obediencia porque Él es santo. Por

otro lado, hace promesas de compromiso y lealtad a Su pueblo. ¿Su santidad y Sus mandatos condicionales (*Haz esto y entonces Yo haré esto*) pasarán por encima de Sus promesas (*Siempre estaré contigo sin importar lo que hagas*), o Sus promesas pasarán por encima de Sus mandatos? Ponlo de esta manera: ¿sus promesas son condicionales o incondicionales? Jueces es crucial porque muestra que ninguna respuesta a esta pregunta es correcta. Casi todos los lectores del Antiguo Testamento toman una postura “liberal” (*Seguro, Dios siempre nos bendecirá con tal de que nos arrepintamos*) o una postura “conservadora” (*No, Dios solo nos bendecirá si somos obedientes*). Jueces nos deja con una tensión (que ambas son verdad pero que ni una ni la otra es completamente cierta) y no resolverá la tensión. Pero es esa tensión la que impulsa la narrativa. Solo el evangelio del Nuevo Testamento nos mostrará cómo los dos lados pueden ser y son verdad.

4. *Existe la necesidad de una renovación espiritual continua en nuestras vidas aquí en la tierra y también una forma de hacer eso una realidad.* Jueces muestra que la decadencia espiritual es inevitable y, por eso, la renovación espiritual se vuelve la necesidad continua. Veremos que se repite un ciclo regular de decadencia-restauración. Algunos de los elementos de esta renovación incluyen el arrepentimiento, la oración, la destrucción de los ídolos y la unción de líderes humanos. La renovación se da cuando estamos bajo el amo / gobernante correcto; la esclavitud se da cuando estamos bajo el amo / gobernante equivocado. Jueces es el mejor libro del

Antiguo Testamento para entender la renovación y la restauración, mientras que Hechos es el mejor lugar en el Nuevo Testamento para llevarlo a cabo. Observa, sin embargo, la manera en que los ciclos de restauración en Jueces se vuelven más y más débiles conforme pasa el tiempo, mientras que en Hechos se amplían y se fortalecen.

5. Necesitamos un verdadero Salvador, al cual todos los salvadores humanos apuntan, tanto a través de sus defectos como de sus virtudes.

Como lo señalamos anteriormente en el punto 1, la creciente magnitud del mal y del quebrantamiento dentro de la narrativa nos apunta a nuestra necesidad de un salvador, no de modelos a seguir. Pero la decreciente efectividad de los ciclos de restauración y la decreciente calidad de los jueces nos apuntan al fracaso de cualquier salvador humano. Los mismos jueces comienzan a señalarnos a alguien más allá de todos ellos. En Otoniel aprendemos que Dios puede salvar a través de todos; en Débora, que Él puede salvar por medio de muchos; en Gedeón, que Él puede salvar con pocos; en Sansón, que Él puede salvar por medio de uno. Dios salvará al enviar al Único.

6. Dios está a cargo, no importa lo que parezca. ¡El tema más profundo puede ser el más fácil de perder! Muchas veces en Jueces Dios parece casi ausente en la escena pero Él nunca lo está. Él obra Su voluntad por medio de personas débiles y a pesar de personas débiles. Sus propósitos nunca se frustran pese a las apariencias. Los molinos de Dios pueden moler con lentitud pero muelen

extraordinariamente fino.

Por supuesto, un libro de este tamaño no puede tratar por completo con cada versículo de un libro del tamaño de Jueces. He interactuado con varias interpretaciones de algunos pasajes particularmente raros, complejos o controversiales. Uno de los más grandes problemas que el lector moderno tiene con Jueces (y Josué) en concreto, y con el Antiguo Testamento en general, es la orden que Dios le da a Israel de “echar fuera” de su territorio a los habitantes de Canaán. En vista de que esta es una cuestión muy difícil y una cuestión que es la base de todo el libro de Jueces, me he extendido en algunos pensamientos en un apéndice que he titulado [*El problema de la "Guerra Santa"*](#).

A medida que avancemos, a veces señalaré tanto la estructura del libro como un todo como a los episodios que se encuentran dentro de él. En el apéndice llamado [*Los detalles de cada "Ciclo"*](#) encontrarás algunos recursos para ayudarte a ver de un vistazo la estructura general, quiénes fueron los diferentes jueces y de qué maneras fueron semejantes y diferentes; y en apéndice llamado [*Mapa de Israel en la época de los Jueces*](#) hay un mapa que muestra todos los lugares donde sucede la acción clave.

Pero sobre todo, he tratado de dejar que la narrativa hable por sí misma (las historias muchas veces son deprimentes y otras veces son impredecibles); y he tratado de trazar las formas en las que se nos está apuntando a Jesús, el Juez máximo, y en las que se nos muestra cómo vivir el día de hoy vidas que lo honren y lo agraden en medio de nuestras sociedades pluralistas.

JUECES 1 V 1 A JUECES 2 V 5

1. DISCIPULADO A MEDIAS

El libro de Jueces comienza viendo hacia atrás y termina viendo hacia adelante. Este periodo de la historia de Israel abre así: “Después de la muerte de **Josué***” (1:1[†]); sus palabras finales crean una tensión que apunta hacia la época de la monarquía de Saúl, David, Salomón y sus sucesores: “En aquella época no había rey en Israel; cada uno hacía lo que le parecía mejor” (21:25). Para entender y apreciar los grandes picos y valles, los triunfos y (más a menudo) las tragedias de la época de los jueces, debemos comenzar mirando hacia atrás, como nos recomienda el versículo **1:1**.

El Dios que guarda Su promesa

Josué fue el sucesor de **Moisés** escogido por Dios para guiar al pueblo de Israel (Nm 27:12-23). Él era uno de los dos únicos hombres de toda la generación rescatada de **Egipto** que había permanecido fiel en confiar en las promesas de Dios de llevar a Su pueblo a la tierra prometida de **Canaán** (Nm 14:30). Así que él y Caleb (a quien nos vamos a encontrar más tarde en Jueces 1) fueron los dos únicos que escaparon del juicio de Dios de la muerte en el desierto y que pudieron entrar a la tierra prometida.

El libro de Josué registra la obra de Dios en y por medio de Su pueblo para cumplir las promesas que les había hecho, de llevarlos a la tierra, de derrotar a sus enemigos y de comenzar a darles la bendición y el descanso. Es un libro que nos enseña que, ya que Dios siempre cumple Sus promesas, el pueblo de Dios lo puede obedecer y adorar de una forma valiente. También es un libro que prepara el terreno para Jueces.

Al principio y al final de Josué, Dios da instrucciones específicas a Josué y al pueblo que nos proveen un estándar para medir su progreso en Jueces 1. Primero, Dios les dice las dimensiones de la tierra que “Yo les entregaré a ustedes” (Jos 1:3-4). Segundo, les recuerda que sus avances militares (que dependen del **Señor**) deben ir acompañados de una vida espiritual íntima y humilde –un caminar con Dios. Deben tener “mucho valor y firmeza para obedecer toda la ley... y meditar en él [el libro de la ley]” (v 7, 8). La victoria y el descanso llegarán porque son un pueblo que depende de y obedece a Dios; no serán el pueblo de Dios por lograr la

victoria y el descanso por ellos mismos. No deben esperar el éxito si no acompañan toda su obra con la obediencia a Dios al mismo tiempo que **meditan** en Su palabra y confían en Sus promesas.

El libro de Josué registra el inicio de este proceso de entrar y tomar posesión de la tierra. La mayor parte del tiempo, el pueblo obedientemente confía en Dios y Él les concede la victoria. Pero a medida que Josué se acerca al final de sus días, todavía hay mucho por hacer. La tierra se encuentra disponible para Israel, pero ellos todavía tienen que establecerse en ella confiando en Dios para sacar a los habitantes actuales.

El pueblo todavía tiene que confiar en que Dios cumplirá Sus promesas, y ellos tienen que obedecerlo valientemente: “Ustedes tomarán posesión de ella [la tierra], tal como Él lo ha prometido. Por lo tanto, esfuércense por cumplir todo lo que está escrito en el **libro de la ley**” (23:5-6).

Una manifestación exterior de esta obediencia que confía en la promesa (lo que podríamos llamar fidelidad al pacto) es que Israel no debe entrar en **pactos** con otras naciones, servir a sus dioses o formar matrimonios con ellas (23:7, 12). El propósito de echar fuera a los cananeos no es de venganza o económico, sino espiritual. Deben ser quitados de en medio para que Israel no caiga bajo su influencia religiosa: “Permanezcan fieles a Dios, como lo han hecho hasta ahora” (v 8). Debían construir un país que fuera su hogar para servir ahí a Dios, una tierra donde las naciones circunvecinas pudieran ver al Dios verdadero a través de las vidas de Su pueblo.

Espiritualidad valiente

El llamado de Dios a Su pueblo (entonces y ahora) es a combinar la espiritualidad con la valentía. El verdadero **discipulado** es radical y acepta los riesgos porque los verdaderos discípulos confían en que Dios cumplirá Sus promesas de bendecirlos y no confían en sus propios instintos, planes o pólizas de seguro.

Es difícil ser verdaderamente valiente sin tener fe en Dios. La clase de valentía que no surge como resultado de la fe en Dios es temeridad, heroísmo machista o sencillamente crueldad. Puede tener su origen en la inseguridad, o en un deseo de mostrar la autosuficiencia, o en la desesperanza. Solo la valentía que se basa en la fe mantendrá una posición intermedia entre las atrocidades, por un lado, y la cobardía y la ineficacia, por el otro.

La fe en las promesas de Dios significa no seguir siempre la senda esperada y racional. Cuando Josué muere, se requerirá verdadera fe para conducir esta campaña de la manera en que Dios lo desea. Por un lado, los israelitas nunca deben retirarse cuando peleen con cualquier grupo de personas de Canaán, no importa qué tanto más fuertes sean que Israel. La política militar común manda que no pelees contra ejércitos superiores sobre los cuales no tengas ninguna ventaja numérica o tecnológica. Por otro lado, Israel no puede simplemente saquear y esclavizar a ningún grupo de personas en Canaán, no importa qué tanto más débiles sean que los israelitas. La política militar común manda que no te metas en el problema de echar a un pueblo que no es peligroso y al

que puedes dominar y explotar económicamente. Con quién decida pelear Israel y la forma en que Israel responda a la victoria mostrará si verdaderamente están confiando en las promesas, si realmente están obedeciendo al Señor.

¡Jueces, por fin!

El capítulo inicial de Jueces, leído a la luz de y medido en contraste con el patrón del libro de Josué, es una obra maestra de la narrativa. El veredicto por parte de Dios sobre el progreso de los israelitas no se emite al principio (como lo veremos) sino hasta el comienzo del capítulo 2. Pero la narrativa misma nos muestra que Israel, en este punto, es fiel aunque imperfecto. Los fundamentos se están colocando, y aunque son fuertes en ciertas partes, desde el inicio comienzan a erosionarse.

El capítulo 1 sigue la pista de los éxitos (y otras circunstancias) de nueve de las **Tribus de Israel**. Gran parte del enfoque cae en los de la tribu de Judá ya que Dios dice que ellos deben ser los primeros en completar la conquista de su territorio asignado (**v 2**).

Casi inmediatamente Judá fracasa. “Entonces los de la tribu de Judá dijeron a sus hermanos de la tribu de Simeón: Suban con nosotros... y peharemos” (**v 3**). Militarmente esto es sentido común. Pero espiritualmente esto es infidelidad. La palabra dada por Dios fue, “Judá será el primero en subir”; Judá fracasa en obedecer totalmente. Van, pero no van solos. Su discipulado fue ejercido a medias.

Sin embargo, por haber subido como se les indicó, “cuando Judá atacó, el Señor entregó en sus manos a los cananeos y a los ferezeos” (**v 4**). Derrotaron completamente a los habitantes y capturaron y mataron a Adoní Bézec (“el Señor de Bézec”), quien reconoce la justicia de este juicio sobre él; (“¡Ahora Dios me ha pagado con la misma moneda!”, **v 7**). Es importante hacer notar que, mientras muchos lectores del siglo 21

podrían tener muchas dudas sobre la conducta de Israel en Canaán, este cananeo derrotado no las tiene. El juicio de Dios a lo largo de la historia es entregar a las personas a las consecuencias de la vida que han escogido (Sal 64:3-4, 7-8; Ro 1:21-32). Adoní Bézec, al parecer, acepta esto.

Al haber ganado esta victoria, Judá sigue tomando su herencia (Jue **1:8-11, 17-18**). Entre el registro de estas victorias, el narrador se enfoca en una familia espiritualmente valiente en Israel: la familia del fiel Caleb. Aquí, en miniatura, es cómo todo Israel debería ser. Caleb ofrece su hija al hombre que “derrote a Quiriat Séfer y la conquiste” (**v 12**). Lo que él quiere para Acsa es la vida que él ha escogido para sí mismo: una de fidelidad al pacto, de obediencia osada en respuesta a las promesas de Dios. “Y fue Otoniel hijo de Quenaz, hermano menor de Caleb, quien la conquistó” (**v 13**).

Acsa, entonces, muestra que ella es la hija de su padre. La necesidad urgente de su nuevo esposo, Otoniel, de pedirle a Caleb un terreno (**v 14**) y su propia petición a Caleb, “dame también manantiales” (**v 15**), expone su deseo de tomar, asentarse y disfrutar las bendiciones de la tierra prometida. Caleb, Otoniel (con quien nos volveremos a encontrar en 3:1-6) y particularmente Acsa nos muestran el discipulado entusiasta e incondicional. En este sentido, ellos –y los quenitas (**1:16**), parientes lejanos de Israel que no obstante “acompañaron a la tribu de Judá... hasta el desierto de Judá”– representan una amonestación al resto del pueblo. Como muchas veces será el caso en este libro (así como también lo es en medio del pueblo de Dios hasta el día de hoy), son la improbable

y el extranjero (una mujer y los quenitas) los que muestran una fe real y radical.

Sentido común

Si el capítulo 1 terminara con el **verso 18**, sería casi completamente alentador y sería una buena señal para el resto de Jueces. Pero el **verso 19** nos sacude. “El Señor estaba con los hombres de Judá. Estos tomaron posesión de la región montañosa, pero no pudieron expulsar a los que vivían en las llanuras, porque esa gente contaba con carros de hierro”. Judá no confía en el poder de Dios, así que mide su propia fuerza contra la de sus enemigos y fracasa en echar de la tierra a los moradores de las llanuras que poseían carros de hierro.

El sentido común, pero sin fe, comienza a prevalecer aquí. Judá no confía en Dios; entonces no asegura su heredad para que puedan adorar a Dios sin compromiso. El remanente de los cananeos se convertirá en una espina en su costado en los siglos por venir.

No es nuestra falta de poder lo que nos impide gozar las bendiciones de Dios o adorar a Dios con todo el corazón; es nuestra falta de fe en *Su* poder. Cuando confiamos en nosotros mismos y basamos nuestro caminar con Dios en nuestros propios cálculos en vez de simplemente obedecer, nos encontramos tomando decisiones como las de Judá. Otoniel atacó una ciudad con el poder de Dios; la tribu de Judá concluyó que no podía atacar con su propio poder. Es discipulado ejercido a medias, y Jueces nos mostrará que este tipo de discipulado precede al abandono del discipulado por completo. ¡La advertencia para nosotros es clara!

No, tampoco, no

El contagio de la obediencia a medias, de confiar a medias en las promesas de Dios, se extiende. Los de la tribu de Benjamín fracasaron en que “no lograron expulsar a los jebuseos” (**v 21**). La casa de José hace pactos con un cananeo en lugar de confiar en las promesas del pacto de Dios (**v 22-26**). Manasés fracasa en expulsar a varios habitantes y después, cuando son lo suficientemente fuertes, decide explotarlos con trabajos forzados (**v 27-28**). La razón implícita es que tenía más sentido económico y requería menos esfuerzo esclavizarlos que expulsarlos. La conveniencia triunfa sobre la obediencia.

Los de Efraín permiten que los cananeos vivan entre ellos (**v 29**). Zabulón opta por someterlos a trabajos forzados (**v 30**). Al pueblo de Aser le fue todavía peor: en vez de permitir que los cananeos vivieran entre ellos, ellos vivieron entre los cananeos (**v 31-32**), como lo hace Neftalí (**v 33**). Por último, a la tribu de Dan la “hicieron retroceder... hasta la región montañosa” (**v 34**). Lo que importa en el **versículo 36** no son las fronteras de la herencia asignada a Israel, sino la frontera de los amorreos, las áreas donde ellos “estaban decididos a permanecer” (**v 35**). Aquí, no hay ningún alarde de mayores recursos o números militares. Más bien, la razón que se da es una mayor fuerza de voluntad y una osadía superior en tenacidad. El pueblo de Dios se ha vuelto menos valiente que los pueblos que no conocen a Dios.

De muchas maneras, y en la primera lectura, este es un capítulo sobre una gran conquista. Israel vive en la tierra prometida y se ha establecido

en grandes áreas de la misma. Dos generaciones antes, cuando los israelitas sufrían bajo el yugo de esclavitud en Egipto, ellos no pudieron haber soñado que así serían las vidas que sus nietos vivirían, pero (y es un gran “pero”) Israel no ha confiado ni obedecido por completo. Los israelitas ahora viven junto a los cananeos que adoran **ídolos**. Como minas enterradas, estos ídolos permanecen en un estado latente en Jueces 1, listos para explotar en las vidas espirituales del pueblo de Dios.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Puedes recordar momentos en tu vida en los que hayas sido valiente gracias a tu fe?
2. ¿Cuándo se te hace más difícil seguir los mandatos de Dios en vez de seguir tu propio “sentido común”? ¿Por qué?
3. Piensa en las áreas de tu vida en las que estés gozando del “éxito”. ¿Sigues dependiendo todavía de Dios de manera radical y sigues obedeciéndolo en esas áreas?

* Las palabras en **gris** se definen en el [glosario](#).

† Todas las referencias a los versos de Jueces que se estudian en cada capítulo están escritos en **negrita**.

PARTE DOS

Dios habla

Cuando Jueces 1 se lee a través del lente del libro de Josué, tenemos a la vista el discipulado a medias. Pero cuando se lee de manera aislada, sí parece que hay razones muy plausibles de por qué los israelitas no tuvieron éxito en su campaña: tenían un poder militar inferior, un acuerdo sensato y un interés económico. ¿Cómo podían echar fuera carros de hierro cuando ellos no tenían? (**1:19**).

Tomado en sus propios términos, el capítulo 1 se lee un poco como una colección de comunicados de prensa de Israel acerca de su campaña. Es su “interpretación favorable” de por qué razón no tuvieron tanto éxito como nosotros (y Dios) podríamos haber esperado. Los lectores pueden sentir empatía por los israelitas. Cuando se nos dice que ellos “no pudieron expulsar” (**v 19**) a los cananeos, podemos entenderlos y estar de acuerdo. Hicieron su mejor esfuerzo.

Justo después somos confrontados e impactados con la evaluación que Dios hace. El capítulo 1 nos da los hechos. Ahora tenemos la explicación del cielo cuando “el Ángel del Señor subió de Guilgal a Boquín y dijo...” (**2:1**). Muchas veces las narrativas de la Biblia se estructuran de esta forma. Al comienzo de la vida de Jesús, después de los escasos detalles de Su nacimiento en Belén (Lc 2:4-7) le sigue la explicación del ángel de su significado (2:8-14). En el otro extremo de Su ministerio terrenal, la fría realidad de la tumba vacía confronta a las mujeres (Mr 16:4) y después dos mensajeros celestiales les explican lo que sus ojos están viendo: la tumba está vacía porque “¡ha resucitado! No está aquí” (v

5-7).

Es importante la ruta que el Ángel toma. ¿Por qué “subió de Guilgal”, una ciudad al oeste del río Jordán, cerca de la ciudad de Jericó (Jue **2:1**)? ¿Seguro que el Ángel del Señor no vive en Guilgal?! ¿Por qué la referencia? Porque fue en Guilgal, en Josué 5, que el pueblo hizo un pacto con Dios donde Él dijo: “Hoy he hecho rodar sobre ustedes el oprobio de Egipto” (Jos 5:9 BTX; “Guilgal” quiere decir “rodar”). Este fue el lugar donde Dios había perdonado su pecado, los había vinculado a Él como Su pueblo y había entrado en un relación con ellos por gracia, motivado solo por Su propia bondad amorosa.

Así que cuando el Ángel sube de Guilgal es un recordatorio para los israelitas de que son salvos por **gracia**. Es un recordatorio de que, como lo dice el Ángel en Jueces **2:1**, el Señor es un Dios que rescata, cumple Su promesa y es fiel.

Me han desobedecido

La evaluación que el Dios de gracia hace en cuanto al desempeño de Su pueblo es mordaz: “Me han desobedecido” (**v 2**). Punto.

¿De qué manera ha desobedecido Israel a Dios? Por lo que han hecho: hicieron un “pacto con la gente de esta tierra,” a pesar de que se les había dicho que no lo hicieran. Y por lo que ellos no han hecho: han fracasado en “derribar sus **altares**” (**v 2**). Este es el objetivo de la campaña. Esta campaña militar no es una limpieza étnica; a Rajab, la prostituta cananea, se le permitió quedarse (Jos 2:17-20; 6:25); los quenitas se establecieron con Judá (Jue **1:16**). Y la campaña no es una conquista imperialista ya que a nadie se le permite saquear o tomar esclavos. El propósito es limpiar a Canaán de los ídolos para que Israel pueda vivir en fidelidad al pacto con el Señor. Al dejar que los cananeos sigan viviendo en el territorio, o al hacer pactos con ellos (por la razón que sea) el resultado final es que se está adorando a los ídolos en medio de los israelitas.

La enseñanza básica es que Dios quiere el señorío sobre cada área de nuestras vidas, no solo sobre algunas de ellas. Dios quería que Israel limpiara todo Canaán para que Su pueblo no terminara viviendo con los ídolos y a la vez con Él. Que no lo hicieran revela que, aunque ellos no habían rechazado por completo a Dios, tampoco lo habían aceptado por completo. Este discipulado y compromiso a medias se muestra a lo largo de Jueces como un componente inestable. No puede durar. Al fin de cuentas, o le damos a Dios *toda* nuestra vida en obediencia agradecida y

amorosa o no le damos *nada*. La obediencia parcial, como veremos, tiende hacia la no obediencia.

¿No pueden o no quieren?

En **1:19** leemos que los israelitas “no pudieron”. Jueces **2:2** es una contradicción contundente de esta afirmación. En esencia, los israelitas dijeron: *No pudimos*. Y Dios aquí contesta: *No quisieron*.

Vale la pena que nos preguntemos: *¿Dónde estoy diciendo “no puedo” pero Dios está diciendo “no quieres”?* El fracaso de Israel en obedecer se basó en que lo que ellos vieron como buenas razones, Dios dijo que eran excusas endebles. ¿Por qué? Porque “Dios es fiel, y no permitirá que ustedes sean tentados más allá de lo que puedan aguantar” (1 Corintios 10:13). Dios nunca nos pondrá en una situación donde no lo podamos obedecer. Nunca existe un verdadero momento de “no puedo”.

Así que estos versículos son muy inquisitivos y desafiantes para ponerlos en práctica. Puede haber toda clase de cosas en nuestras vidas que pensamos que no podemos hacer pero que en realidad estamos rehusando hacer. Gran parte del libro de Jueces muestra cómo Dios es fiel con nosotros a pesar de nuestra desobediencia; esto es reconfortante. Pero Jueces también nos muestra que Dios, en Su gracia, insistirá en quitarnos el engaño que tenemos acerca de nuestros motivos y acciones.

Existen tres categorías generales de excusas del tipo “no puedo” que se usan para desobedecer:

1. Perdón: *No puedo perdonar esto o no puedo perdonarlo a él o a ella.*

Pero Dios ordena el perdón (Mt 18:35). Así que podemos, de hecho, decidir desechar la ira y suavizar nuestros corazones con el

conocimiento del **evangelio** de la gracia; debemos actuar como si el mal no hubiera sucedido. Cuando decimos que no podemos, realmente estamos diciendo que no lo haremos, que queremos estar firmes en nuestra ira, nuestra amargura, nuestro “derecho” a desquitarnos bajo la excusa de que somos “incapaces”.

2. Difícil decir la verdad: *Es que no puedo decirle la verdad. Lo devastaría / me devastaría.* Dios nos dice que debemos decir “la verdad con amor” (Ef 4:15, 25). Muchas veces estamos excusando la cobardía bajo el “no puedo”. Lo que realmente queremos decir es: *Si le digo eso, es posible que ya no le caiga bien. Eso me humillaría. Él se molestaría. No voy a correr el riesgo. Mejor desobedezco.*

3. Tentación: *No puedo resistir hacer esto aunque sé que está mal.* Aquí debemos de tener cuidado porque el pecado tiene un poder adictivo. Es cierto que podemos no ser capaces de dejar de hacer algo por nosotros mismos a través de la pura fuerza de voluntad. Pero podemos conseguir ayuda, admitir nuestro problema, humillarnos, clamar a Dios por misericordia y transformación, y volvernos responsables. Dios siempre nos da una salida (1Co 10:13); ningún pensamiento o acción es inevitable e irresistible. Si no lo hacemos, lo más probable es que simplemente seguiremos pecando de esa manera, poniendo como excusa nuestra “incapacidad” de hacer otra cosa.

¿Cómo tratamos nuestros “no lo haré”? Dios ve que cualquier fracaso en obedecer es un fracaso en *recordar*. Dios es el Dios que rescata –“Yo los saqué a ustedes de Egipto” (Jue **2:1**); y Dios es el Dios que permanece fiel:

“Nunca quebrantaré Mi pacto con ustedes”. La raíz de nuestra desobediencia es, en esencia, dejar de recordar quién es Él. Y lo opuesto es verdad: mientras recordemos quién es Él, lo serviremos de manera incondicional, radical y gozosa.

Los israelitas habían fracasado en hacer esto. Y las consecuencias fueron claras y catastróficas. “Pues quiero que sepan [puesto que han desobedecido y roto el pacto] que no expulsaré de la presencia de ustedes a esa gente; ellos les harán la vida imposible, y sus dioses les serán una trampa” (v 3).

Esta es una descripción muy reveladora de lo que es la **idolatría** y de lo que hace. La idolatría es convertir un buen aspecto de la creación (el matrimonio, las montañas, los negocios, etc.) en la máxima fuente de seguridad, identidad y poder. Y así los dioses falsos son una espina. Cuando convertimos algo en un ídolo, esto continuamente nos hace miserables. Si fallamos en alcanzar nuestras metas, o si pensamos que podemos fallar en completarlas, eso nos roba el gozo. Si nuestros hijos son nuestro dios falso, cuando sus vidas estén en problemas perderemos nuestro gozo. Incluso cuando sus vidas pudieran estar en problemas (¡lo que sucede todo el tiempo!), nos preocuparemos y perderemos nuestro gozo.

Los ídolos son **trampas**. Nos atrapan. Cuando convertimos algo en un ídolo, nos ata y nos esclaviza. *Tenemos* que tenerlo, así que no podemos decirle que *no*. Nos volvemos adictos a eso. Es por esta razón por la que muchas personas trabajan demasiado duro, sacrificando a su familia, amistades y salud en el altar de su profesión, o se entregan a ciertas

relaciones que son destructivas, etc.

En Jueces 2, el pueblo respondió llorando (**v 4**) y ofreciendo **sacrificios** (**v 5**). Esta primera generación después de Josué no se había apartado por completo del Señor, aunque habían fracasado en obedecerlo totalmente. En realidad son discípulos a medias, y esto los deja a ellos y (como veremos) a sus hijos rodeados de espinas y trampas por la tentación constante de comprometer su amor y obediencia al Dios fiel que los rescató. El escenario está listo para el libro de Jueces: el pueblo de Dios buscando y con más frecuencia fracasando en vivir vidas **santas** que lo agraden en medio de una cultura idólatra.

La tensión de Jueces

Hay una tensión entre el “dije” de Dios del **versículo 1** y Su “quiero que sepan” del **versículo 3**. Esta tensión es más fuerte de lo que la mayoría de las traducciones hacen ver, como lo explica Michael Wilcock:

“2:1 y 2:3 se deberían leer así: ‘Dije: Nunca quebrantaré mi pacto con ustedes... y también dije, Si ustedes hacen concesiones con estas naciones, no las echaré fuera’. Es como si el Señor estuviera diciendo: ‘He jurado darles toda esta tierra; sin embargo, también he jurado no dársela a un pueblo desobediente’”.

(El Mensaje de Jueces, p. 27)

Así es como deberíamos entender el final del **versículo 2**: “¿Por qué han actuado así?”. Dios le está diciendo a Su pueblo: *Me han puesto en una situación imposible. He jurado bendecirlos como mi pueblo amado y he jurado no bendecirlos como un pueblo desobediente. ¿Cómo voy a resolver este dilema?*

Por un lado, Dios es santo y justo y no puede tolerar vivir con o bendecir el mal. Por el otro, Dios es amoroso y fiel y no puede tolerar la pérdida del pueblo con el que Él mismo se ha comprometido. En la narrativa, esta tensión es tremenda y aparentemente una que no se puede resolver –una tensión que aparece también en toda la Biblia (ver, por ejemplo, Éxodo 34:6-7 y Oseas 11:1-11). Esta tensión es lo que nos debe mantener en suspenso a lo largo de Jueces. ¿Va Dios finalmente a

abandonar a Su pueblo (pero entonces qué va a pasar con Su fidelidad)? O, ¿va finalmente a ceder ante Su pueblo (pero entonces qué va a pasar con Su santidad)?

Es solo en la cruz que podemos entender cómo Dios puede resolver esta tensión. En la cruz, nuestro pecado le fue dado (**imputado**) a Él, para que Su justicia nos pudiera ser imputada a nosotros. En la cruz, “al que no cometió pecado alguno, por nosotros Dios lo trató como pecador, para que en Él recibiéramos la justicia de Dios” (2Co 5:21). En la cruz Dios derramó Su **ira** sobre Su pueblo en la persona de Su Hijo. Él satisfizo tanto la justicia (porque el pecado fue castigado), como la amorosa fidelidad (porque ahora Él puede aceptarnos y perdonarnos). Solo por medio de la cruz Dios puede ser ambos: “justo y, a la vez, el que justifica a los que tienen fe en Jesús” (Ro 3:26). Esta es la única manera en que se puede resolver la tensión de Jueces, la única forma en la que Dios nos puede amar de manera condicional e incondicional.

Sin el evangelio de Cristo crucificado siempre cederemos de manera complaciente ya sea al pecado (debido a la incondicionalidad de Sus promesas) o a vivir bajo una carga de culpa y temor (debido a la condicionalidad que se encuentra en Sus leyes). Es en la cruz donde encontramos que la tensión se resuelve y de esta manera podemos vivir vidas perdonadas y obedientes, a pesar de también vivir vidas pecadoras y desobedientes. La cruz es el lugar donde encontramos la libertad para aceptarnos sin ser orgullosos, y para desafiarnos sin ser aplastados.

Preguntas para reflexionar

4. ¿En qué áreas de tu vida y de tu pensamiento necesitas recordar que Dios es un Dios de gracia?
5. ¿En dónde le estás diciendo a Dios: *No puedo*? ¿Necesitas aceptar que en realidad estás diciendo: *No quiero*? ¿De qué manera cambiarás?
6. ¿Cómo puede la cruz motivarte para hacer estos cambios?

JUECES 2 V 6 A JUECES 3 V 6

2. VIVIENDO ENTRE ÍDOLOS

La sección de los capítulos 2:6 – 3:6 es una segunda introducción al libro de Jueces que se lee mejor en paralelo con 1:1 – 2:5. Pero no es solamente una introducción; es un resumen de todo el libro. En ella el narrador expone el ciclo de la experiencia espiritual de Israel que veremos que se repite a lo largo del libro. Mientras que 2:4-5 ofreció alguna esperanza para el futuro de Israel, cuando el pueblo poco entusiasta lloraba por su desobediencia y ofrecía sacrificios a Dios, esta segunda introducción, que nos lleva más allá en el tiempo, termina con una nota mucho más deprimente sobre el estado espiritual del pueblo de Dios (3:5-6).

Una vida bien vivida

La segunda introducción, como la primera, comienza con Josué, el tremendo estándar de comparación para el libro de Jueces. Después de haber “despedido al pueblo, los israelitas se fueron a tomar posesión de la tierra” (v 6), “el pueblo sirvió al Señor” durante el tiempo de vida de Josué y sus lugartenientes. Esta fue una generación que “había visto todas las grandes obras que el Señor había hecho por Israel” (v 7) cuando Él los introdujo en la tierra y derrotó a sus enemigos.

La vida de Josué fue una vida bien vivida. Él fue un “siervo del Señor” en el más alto grado (v 8). A diferencia de cada líder de Israel desde **José** hasta Moisés, él tuvo el privilegio de morir y ser sepultado en la “tierra de su heredad” (v 9).

Pero en estos versículos vemos algo inquietante. El capítulo ya ha mostrado que el establecimiento de las tribus de Israel y su servicio al Señor se hicieron de manera poco entusiasta e incompleta. El mismo Josué había advertido a estas personas: “Ustedes son incapaces de servir al Señor [...] Si ustedes lo abandonan y sirven a dioses ajenos, Él se les echará encima y les traerá desastre [...] Desháganse de los dioses ajenos que todavía conservan. ¡Vuélvanse de todo corazón al Señor, Dios de Israel!” (Jos 24:19-20, 23).

Si esta generación imperfecta y defectuosa, que sin duda ya estaba luchando con “dioses ajenos que están entres ustedes” y que era “incapaz de servir al Señor”, se puede describir en términos positivos en Jueces **2:6-9**, donde se plantea la pregunta: *¿Cómo luciría una generación*

verdaderamente idólatra? La respuesta no se hace esperar...

Otra generación

Los **versículos 10-11** describen una rebelión. Tuvo dos etapas. La primera, la generación después de la Josué “no conocía a Jehová, ni la obra que Él había hecho por Israel” (**v 10** RV60). La palabra “conocía” probablemente no significa que no supieran *acerca* del **Éxodo**, el **Mar Rojo**, el **cruce del Jordán** y la caída de las **murallas de Jericó**, sino más bien que los hechos salvíficos de Dios ya no eran preciosos o fundamentales para ellos. No habían aprendido a venerar y a gozarse en lo que Dios había hecho. En otras palabras, habían olvidado el “evangelio” que explica que habían sido salvados de la esclavitud en Egipto y que habían sido introducidos a la tierra prometida por los hechos misericordiosos y poderosos de Dios. En pocas palabras, ellos *olvidaron*.

La segunda, y como resultado de haber olvidado el evangelio, ellos “hicieron lo malo ante los ojos de Jehová, y sirvieron a los Baales” (**v 11** RV60). Este es un paralelismo interesante. ¿Qué es lo que Dios dice que es malo? Recurrir a amar y servir a ídolos, a mini-dioses, y a no-dioses. ¡Esta es una definición muy diferente de “hacer lo malo” a la que por lo general usamos! También es mucho más desafiante para nosotros. La palabra “Baal” es una palabra cananea para “señor”. Esta nueva generación olvidó todo acerca del Señor y en su lugar servía a mini-señores.

Es sorprendente que esto suceda en el transcurso de una generación. Sus padres, aunque imperfectos y a veces poco entusiastas, tenían fe;

ellos “servían al Señor”. Sus hijos “servían a los mini-señores”. ¿Quién es responsable?

Es imposible culpar de forma prolija a una generación cuando fracasa en transmitir su fe a la siguiente generación. ¿La primera generación no consiguió alcanzarla o la segunda generación endureció sus corazones? Por lo general la respuesta es ambas. Los errores que una generación cristiana comete muchas veces se magnifican en la siguiente generación **nominal**. Reemplazan el compromiso por la complacencia y después terminan cediendo todo.

De ninguna manera Jueces 2 es la última o la única ocasión en que esto ha sucedido. Otro ejemplo interesante es la Nueva Inglaterra colonial. Casi todos los colonizadores entre 1620–1640 eran cristianos bíblicos sustanciales. Pero alrededor de 1662 la primera generación se dio cuenta de que muchos de sus hijos y nietos solo eran creyentes en teoría. Tuvieron que instituir el “Pacto a medias”, permitiendo que votaran las personas que solo habían sido bautizadas de niños, pero que como adultos no eran miembros de la iglesia.

Deuteronomio 6:4-9 y 20-25 nos instruye indicándonos qué necesitamos hacer para transmitir nuestra fe:

- Nosotros mismos debemos amar a Dios de todo corazón. Debemos tener estos mandamientos en nuestros corazones (v 6). Eso quiere decir que no seamos hipócritas o incongruentes en nuestro comportamiento. Los mandamientos no solo se guardan de manera mecánica o parcial. Mejor dicho, Dios tiene un efecto en todos nosotros, de pies a cabeza. Las personas más jóvenes son

sensibles a cualquier incongruencia. Esta es la primera razón por la cual una generación más joven se puede apartar de la fe de una generación anterior. Un ejemplo es cómo la juventud del “**baby boom**” se apartó del cristianismo cuando vio cómo las iglesias, tácita o incluso activamente, apoyaron políticas y prácticas racistas, y cuando vio que muchas iglesias establecidas se oponían al **movimiento por los derechos civiles**.

- Debemos aplicar y reflejar el evangelio de forma práctica, no solo de manera académica o abstracta. ¡Deuteronomio 6:7 no está promoviendo los sermones familiares regulares! Las referencias a “estando”, “andando”, “al acostarte”, “te levantes” se refieren a la vida diaria, rutinaria y concreta. La instrucción en la verdad de Dios, por consiguiente, no debe ser una serie de conferencias y clases. Más bien, debemos “grabarles” las verdades acerca de Dios mostrando cómo se relaciona Dios con la vida práctica y diaria. Este es un llamado a ser sabios y prudentes para que, de forma muy particular, los valores y las virtudes del evangelio influyan nuestras decisiones y prioridades.
- Tercero, los versículos 20-25 nos dicen que debemos conectar las **doctrinas** de la fe con las acciones salvíficas de Dios en nuestras vidas. Debemos dar un testimonio personal de la diferencia que Dios hizo en nosotros, cómo nos trajo de la esclavitud a la libertad: “Éramos esclavos [...] pero el Señor nos sacó”. No debemos solo hablar de creencias y comportamiento, sino de nuestra experiencia personal de Dios. Debemos ser sinceros sobre nuestras propias

luchas por crecer. Debemos ser transparentes sobre cómo el **arrepentimiento** obra en nuestras vidas. No debemos ser formales e impersonales en las expresiones de nuestra fe.

En resumen, debemos ser coherentes en nuestro comportamiento, sabios acerca de la realidad y afectuosamente personales en nuestra fe. Tanto la historia como la experiencia personal nos muestran que estas tres cosas son muy difíciles de cumplir a gran escala. La mayoría de los cristianos dependen de las instituciones y de la instrucción formal para “transmitir la fe”. Pensamos que si instruimos a nuestros hijos en la doctrina verdadera, si los protegemos del comportamiento inmoral y si los involucramos en las actividades de la iglesia y de las organizaciones religiosas, entonces hemos hecho todo lo que podemos. Pero los jóvenes se desaniman, no solo por los malos ejemplos, sino también con los padres que no conocen sus vidas ni el mundo en que sus hijos están viviendo o que no pueden ser transparentes con las intimidades de sus propias vidas espirituales.

En Jueces 2 no se nos dice exactamente qué hizo la primera generación de creyentes con sus hijos. Sin embargo, **2:10** es clave. La siguiente generación no conocía al Señor, relacional ni personalmente. Fue para evitar este resultado que Deuteronomio 6 se escribió. Deuteronomio 6 no es una “técnica” para garantizar que los hijos de alguien serán creyentes, puesto que las propias voluntades y preferencias de estos juegan un papel importante. Sin embargo, cuando toda una generación se aparta tenemos que suponer que los padres han fracasado en modelar la fe auténtica y en discipular a sus hijos.

El ciclo repetitivo

Jueces **2:10-13** es la primera etapa del ciclo que se repite en la historia de Israel a lo largo de Jueces, que abarca el tiempo entre la muerte de Josué y el momento en que Dios le da a Su pueblo un rey. **El pueblo se rebela.** Abandonan al Señor, el Dios que sus padres habían adorado y que los había rescatado como lo había prometido. Ellos deciden ser como los pueblos que no saben nada del Señor y adoran a otros dioses (**v 12**).

¿Cómo respondería Dios? “Provocando así la ira del Señor [...] se enfureció contra los israelitas” (**v 12, 14**). **Dios se aíra** cuando las personas en Su mundo ponen otras cosas en el lugar de Él. Su ira no es contra un grupo o tipo de personas en particular (aquí está airado con Su propio pueblo). La ira no siempre es lo opuesto al amor; la ira puede ser la manifestación del amor. Aquí Dios es como un padre cuyo hijo lo ha rechazado por completo.

Así que, como resultado de la rebelión de Israel y de la ira de Dios, hay **opresión por los enemigos**: “El Señor [...] los entregó en manos de invasores que los saquearon” (**v 14**). Varios pueblos se levantaron o invadieron y saquearon o esclavizaron a los israelitas. Ellos “ya no pudieron hacerles frente” (**v 14**) porque “la mano del Señor estaba en contra de ellos para su mal” (**v 15**). No te pierdas aquí la ironía: estos enemigos son los mismos pueblos cuyos dioses Israel ha escogido servir. Este puede ser el mejor ejemplo en la historia de que la idolatría conduce a la esclavitud.

Después viene el **arrepentimiento**. “Así llegaron a verse muy

angustiados” (v 15). Como veremos, esta angustia hizo que el pueblo clamara al Señor (3:9). Y así, finalmente, Dios “hizo surgir jueces que los libraron” (2:16). El Señor envió Su **salvación por medio de un líder escogido**, que liberaba al pueblo de sus esclavizadores y devolvía la paz a la tierra (v 18). Pero no prestaban atención al liderazgo de los jueces de una forma duradera: “Muy pronto se apartaron del camino [...] de la obediencia” (v 17). Y, como veremos, este ciclo fue de hecho una espiral descendente: “Cuando **el juez moría**, ellos volvían a corromperse aún más que sus antepasados” (v 19). Las espinas se enterraban cada vez más y más profundo; las trampas apretaban a Israel cada vez con más fuerza. Veremos, conforme progresa Jueces, que la rebelión se vuelve peor, la opresión más pesada, el arrepentimiento menos sincero, los jueces mismos más imperfectos, la salvación y los “avivamientos” que trajeron más débiles.

Es un recordatorio, por supuesto, de que necesitamos algo mejor que un juez humano; algo más permanente que un líder que muere; algo que pueda liberar el alma así como el cuerpo. ¡No vamos a encontrar a semejante salvador en el libro de Jueces!

Preguntas para reflexionar

1. ¿Cuál sería tu epitafio espiritual? ¿De qué forma estás viviendo tu llamado a ser un “siervo del Señor”?
2. *Si eres padre o madre:* ¿Cómo estás transmitiendo tu fe a tus hijos? ¿Qué te ha alentado hoy y que te ha desafiado? *Si no eres un padre o una madre con hijos que viven en casa:* ¿Cómo estás orando por y compartiendo tu fe en tu iglesia con las generaciones más jóvenes?
3. ¿De qué modo has visto en tu propia vida cristiana el “ciclo de Jueces”? ¿De qué manera la realidad de tu pecado y de la gracia de Dios te motiva para alabarlo y darle las gracias hoy?

PARTE DOS

Bien vale la pena pasar un poco más de tiempo en los **versículos 16-19** en vista de que nos enseñan mucho sobre la naturaleza de la idolatría.

Una prostituta casada

¿Qué está haciendo el pueblo de Dios cuando no escucha al líder que Dios le da (en aquel entonces, los jueces; para nosotros hoy en día, el líder supremo, Jesucristo)? ¿Qué estamos haciendo cuando adoramos a otros dioses en vez de adorar al verdadero Dios? Nos hemos “prostituido” (v 17).

Esta es una imagen sorprendente e impactante. Las prostitutas de entonces (y con frecuencia también las de hoy) son personas cuyas vidas están fuera de control, que están desesperadas y que se están ofreciendo sin obtener a cambio ningún amor ni placer verdadero. El uso de la palabra “prostituyeron” nos dice aquí que cuando servimos a un ídolo entramos en una relación intensa con él, en la cual este nos usa sin realmente preocuparse por nosotros. Nos volvemos completamente vulnerables a él, poco más que sus esclavos.

Esta imagen también nos dice que Dios ve *todo* el pecado (toda la idolatría) como “adulterio”. Él no solo quiere que lo conozcamos y lo obedezcamos como los ciudadanos deben obedecer a su rey, o que solo lo sigamos como una oveja debe seguir a su pastor. Quiere que lo conozcamos y lo amemos como una esposa ama a su esposo. Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, el mismo Dios se hace llamar nuestro novio (Ez 16; Ef 5; Ap 19). Un matrimonio es un compromiso legal y exclusivo, pero no es *solo* eso; el matrimonio verdadero se trata de un amor profundo, íntimo y desinteresado.

Israel, entonces, era una prostituta casada. Así es como Dios describe

a Su pueblo en uno de los pasajes más sorprendentes en las Escrituras, Oseas 1-3. Dios quiere que Israel “¡se quite del rostro el maquillaje de prostituta, y de entre los pechos los adornos de ramera!” (2:2); ella “quemaba ofrendas a sus falsos dioses, cuando se adornaba con zarcillos y joyas, y olvidándose de Mí, se iba tras sus amantes, afirma el Señor” (v 13). Y Él le dice a Su profeta, Oseas, que se case con una prostituta, Gómer, para que su matrimonio pueda servir como un cuadro de lo que Dios va a hacer por Su pueblo y cómo responderán ellos: “Dios volvió a decirme: Oseas, tu esposa te es infiel: tiene un amigo que es su amante. También los israelitas me son infieles, pues adoran a dioses falsos y comen de las ofrendas que presentan. Sin embargo, ve y ama a tu esposa, así como Yo amo a los israelitas [...] La compré entonces para mí [sin duda Gómer se había vendido como esclava para la prostitución...] Y le dije: Tú serás mía durante muchos días; no fornicarás, ni tomarás otro varón; lo mismo haré yo contigo” (3:1 TLA; 3:2-3 RV60).

Esto nos muestra por qué Dios responde a Su pueblo que “volvía a corromperse aún más que sus antepasados, pues se iba tras otros dioses, a los que servían y adoraban” (Jue **2:19**), y “el Señor se enfureció contra Israel” (**2:20**). Su enojo no se opone a Su amor; es la expresión de Su amor. Es porque Él ama a Su pueblo y se preocupa por Su relación con ellos, que Él responde con un enojo justo cuando se apartan de Él y se prostituyen. Su enojo es el del amante inocente al que dejan plantado. Su amor es el del esposo que es maravillosamente perdonador. La relación que Dios quiere que disfrutemos con Él (y la única relación que evitará la idolatría) es una relación de amor apasionada y personal.

¿El juez o los ídolos?

Para Israel, lo opuesto a prostituirse con otros dioses (la manera de expresar amor a Dios) era que “oyeran a sus jueces” (**v 17**). En esencia, en cada área de sus vidas y a lo largo de sus vidas, cada israelita tenía que escoger si obedecía, servía y seguía a los dioses de las naciones a su alrededor o al juez que Dios había enviado. Tenían que escoger dónde buscar la salvación: en el juez que Dios les había levantado para salvarlos (**v 18**) o en un dios falso (ver 10:14).

En este sentido, los dioses falsos y los jueces enviados por Dios son semejantes entre sí. Ambos ofrecen ser gobernantes que salvan.

Pero son diferentes entre sí en que la salvación de los jueces era por la pura gracia y misericordia de Dios: Él “era movido a misericordia por sus gemidos” (**2:18**). ¡Gemir no es propiamente una manera de ganar tu salvación! Dios envía la salvación solo porque los corazones de las personas se están quebrantando y porque a Él le preocupa eso. A pesar de su infidelidad hacia Él, Él los salva. Pero no existe ningún indicio en ningún lado de que los dioses cananeos “sean movidos a misericordia”. Los dioses falsos pueden convertir a las personas en siervos (**v 19**) que están profunda y obstinadamente esclavizados. Pero los dioses falsos no pueden mostrar gracia o perdonar. Prometen mucho, pero no dan nada.

Múltiples dioses

Una de las bellezas de Jueces es la sutileza de la narrativa. En el **versículo 19** vemos no que Israel decidiera servir a uno que otro dios (intercambiando por completo al Dios verdadero por una alternativa) sino que estaba “siguiendo a dioses ajenos”. Los israelitas decidieron ser infieles al Señor para servir “a Baal y a Astarté” (**v 13**). La enseñanza es que es posible (quizá incluso natural) que los seres humanos adoren a muchos dioses al mismo tiempo.

La vida espiritual de Israel era en aquel tiempo más compleja que una simple decisión de dejar de adorar al Señor y comenzar a adorar a un dios diferente. De hecho, lo que los israelitas hicieron fue combinar la adoración al Señor con la adoración a los ídolos. Como veremos en Jueces 17, una mujer israelita le da sus objetos de gran valor a su hijo y le dice: “Solemnemente consagro mi plata al Señor para que mi hijo haga una imagen tallada y un ídolo de fundición” (17:3).

La cosmovisión **pagana** era que había muchos dioses (por ejemplo, el dios de la agricultura, de los negocios, del amor, de la música, de la guerra), cada uno de los cuales tenía *una* área de influencia en particular y ninguno de estos dioses exigía el señorío sobre *cada* área de la vida. En esta visión cada quien tiene su propio dios o sus propios dioses, escogidos y descartados en base a sus propios intereses y necesidades. Era una religión de “mezclar y combinar” en la que el adorador parecía **soberano**.

Por lo tanto, el paganismo podía aceptar la existencia del Señor,

aunque no Su soberanía exclusiva. Él podía ser uno de muchos. Él podía ser el primero entre iguales. Pero no podía reclamar que Él era el único Dios verdadero, que Sus adoradores le dieran el señorío absoluto sobre cada centímetro cuadrado de sus vidas, o que adorar a cualquier otro dios era prostitución espiritual.

Fue este sistema de creencias el que había llevado a Israel a fracasar en su conquista de todo Canaán; fue este sistema de creencias el que fomentó y facilitó la coexistencia que se estaba dando con los cananeos. La tierra prometida iba a ser un lugar para la exclusiva adoración del Señor; sin embargo, se volvió la tierra de adoración del Señor más otras cosas.

El fracaso del pueblo de tomar posesión de todo Canaán resultó de su fracaso de darle a Dios el señorío exclusivo sobre sus vidas en su totalidad. No es difícil ver cómo esto podría suceder el día de hoy, ya que nosotros los creyentes vivimos en un mundo pagano que nos ofrece una amplia gama de “dioses” alternativos. El mayor peligro (puesto que es una tentación tan sutil que nos permite continuar como miembros de la iglesia y sentir que nada está mal) no es que nos volvamos ateos, sino que le pidamos a Dios que coexista con ídolos en nuestros corazones.

¿Cómo podemos saber si Cristo es el Señor de cada área de nuestras vidas? Primero, tenemos que identificar los dioses falsos de la cultura a nuestro alrededor. A los cristianos en occidente probablemente no nos atrae una estatua que nos prometa la fertilidad. Pero si un creyente vive en una ciudad donde el comercio no solo es una práctica sino un dios **funcional** (que da a la gente identidad y seguridad), corre el peligro de

mantener sus creencias doctrinales y sus prácticas **éticas** y al mismo tiempo dividir la adoración de su corazón entre el Señor y el dinero o su carrera profesional.

Segundo, tenemos que examinar con honestidad cada área de nuestras vidas (nuestras familias, nuestras carreras, nuestras posesiones, nuestras ambiciones, nuestro tiempo, etc.) y hacernos dos preguntas al respecto:

- ¿Estoy dispuesto a hacer lo que Dios me *diga* en relación a esta área?
- ¿Estoy dispuesto a aceptar lo que Dios me *envíe* en esta área?

Donde quiera que la respuesta sea “no”, ahí está el área de nuestras vidas y corazones que le hemos abierto o entregado a un dios alterno.

La misericordia del juicio

El juicio de Dios sobre la falta de compromiso de Israel y su atracción por los ídolos es que: “tampoco Yo echaré de su presencia a ninguna de las naciones que Josué dejó al morir” (2:21). El trabajo se quedará sin completar.

Pero aunque Dios no echa fuera a los cananeos, Él ahora usa Su presencia para lograr dos propósitos en Israel. El primero, “para probar con ellas a Israel, si procurarían o no seguir el camino de Jehová” (v 22 RV60). Las pruebas se pueden reprobar, ¡pero las pruebas también se pueden pasar! Una prueba nos obliga a aprender, estudiar, volvernos disciplinados y mejorar hasta cumplirla. La presencia de un enemigo que se opuso a Dios y a Su pueblo forzó a Israel a pensar en su relación con Dios, en sus propios fracasos, en la sabiduría de Sus caminos, en la singularidad a la que Él llama a Su pueblo.

En segundo lugar, el narrador registra que “las naciones que el Señor dejó a salvo [...] lo hizo solamente para que los descendientes de los israelitas, que no habían tenido experiencia en el campo de batalla, aprendieran a combatir” (3:1-2). ¿Por qué?

“Con la esperanza de que esto desarrollaría su dependencia de Él en cada situación de necesidad”.

(David Jackman, *Jueces, Rut*, p. 61)

Cuando entraron a la tierra prometida bajo el mando de Josué, el pueblo

había aprendido a confiar en que Dios cumplía Sus promesas, a pelear confiando en Él. En ningún lado se ilustra esto mejor que en Jericó donde Dios le dijo a Su pueblo que marchara mas no peleara; y después le concedió la victoria (Jos 6). Esta era la lección que Israel había olvidado para el cuando se da Jueces 1. La misericordia de Dios era usar a las naciones alrededor de Israel para llevarlos a momentos donde pareciera que todo estaba perdido y así llevarlos a una mayor dependencia de Él. Rodeado por pueblos que adoraban ídolos, Israel se enfrentaría constantemente con esta pregunta: *¿Obedeceremos los mandatos del Señor (3:4)?*

Trágicamente, Israel fracasó en aprender la lección y en pasar la prueba. Vivieron entre las otras naciones (**v 5**) y se volvieron como las otras naciones (**v 6**). Sucumbieron a sus deseos pecaminosos y vivieron vidas que no se distinguían de las vidas de los paganos a su alrededor, haciendo el mal y glorificando a los ídolos. El desafío para nosotros hoy en día como pueblo de Dios es hacer lo contrario: reconocer que somos “extranjeros y peregrinos en el mundo, que se aparten de los deseos pecaminosos y mantengan entre los incrédulos una conducta tan ejemplar que [...] ellos observen las buenas obras de ustedes y glorifiquen a Dios” (1P 2:11-12).

Preguntas para reflexionar

1. ¿De qué manera la descripción del pecado como prostitución espiritual te hace tomar más en serio tu propio pecado?
2. Ve a las [preguntas sobre las áreas de nuestra vida](#). ¿En qué aspectos de tu vida luchas para contestar “sí”?
3. ¿Ves el hecho de vivir entre los no creyentes como un problema, una posibilidad o ambos? ¿Cómo puedes vivir el día de hoy una buena vida entre los no creyentes?

JUECES 3 V 7-31

3. OTONIEL Y AOD: ESPERA LO INESPERADO

En la doble y larga introducción, el autor, al mostrar que Israel fracasó en echar fuera de su tierra a los ídolos, resalta la “tensión” dramática entre los mandatos santos de Dios y Su promesa amorosa y fiel. Dios demanda obediencia; sin embargo, Él ha prometido salvar a Su pueblo. Como resultado de esta “tensión”, los hijos de Israel entraron en un patrón cíclico de decadencia (causado por su idolatría) y restauración (llevada a cabo por la misericordia salvadora de Dios). Dios los **castiga** continuamente por su pecado, pero después los libera del peligro. Él nunca se deshace de ellos, sino que continúa obrando de manera benigna y severa para su crecimiento.

Ahora en el capítulo 3 tenemos “historias de casos” específicos que revelan estos principios. Conocemos a los tres primeros jueces: Otoniel, Aod y (¡en un versículo!) Samgar.

De corazón olvidadizo

“Hicieron, pues, los hijos de Israel lo malo ante los ojos de Jehová” (v 7 RV60). Como ya hemos visto, lo que Dios llama malo es una decisión que tiene dos caras: apartarse de Él y “olvidarse” de Él sirviendo a mini-dioses falsos –Baal y Aserá (Aserá era la diosa de la fertilidad).

En la Biblia, “recordar” y “olvidar” tienen un significado espiritual. Cuando las personas en el Antiguo Testamento le pedían a Dios, “Acuérdete, Señor, de Tu ternura y gran amor” (Sal 25:6) o “No te acuerdes siempre de nuestras iniquidades” (Is 64:9), ¡ellos no creían que Dios podía literalmente olvidar cómo es Él o lo que alguien ha hecho! ¿Qué quieren decir, entonces, “olvidar” y “recordar”? Cuando a Dios se le pide: “Acuérdete, Señor, de Tu ternura y gran amor”, se le está pidiendo que actúe de acuerdo a Su carácter. Cuando alguien le pide a Dios: “no te acuerdes siempre de mis iniquidades,” él o ella le está pidiendo a Dios que no actúe de acuerdo a lo que sabe.

Por lo tanto, decir que los israelitas se “olvidaron” de Dios es decir que ya no estaban dirigidos por lo que ellos sabían. Lo podríamos poner de otra forma. Aunque ellos sabían quién era Dios y qué quería, esas cosas no eran reales para ellos. Hoy en día este es un problema espiritual también. Lo que sabemos con nuestra mente no es “real” a nuestros corazones y a todo nuestro ser. Intelectualmente podemos reconocer que algo es verdad pero en el interior de nuestros corazones no nos atrapa, ni penetra a nuestras profundidades, ni nos dirige. Así que, la razón por la cual los israelitas (como todos nosotros) continuamente

necesitaban la restauración era porque las verdades acerca de Dios, que una vez habían sido vibrantes y reales, con el tiempo se habían vuelto irreales. Nuestros corazones son como baldes de agua en un día muy frío (se congelarán a menos que con frecuencia rompamos la capa de hielo que se está formando). Aunque conocemos las verdades acerca de Dios, con mucha facilidad podemos perder el sentido de su realidad en nuestros corazones. Las conocemos, pero no las “probamos” o “vemos” o “sentimos”. Por lo tanto, otras cosas (los ídolos) se vuelven, en cambio, más reales en nuestros corazones y les servimos.

El remedio es dar marcha atrás al olvido del corazón; en otras palabras, recordar. 2 Pedro 1:5-7 insta a los cristianos a crecer en su carácter: en afecto fraternal y dominio propio. Pero, ¿y si no lo hacen? Pedro no dice: *Su problema es que no lo están intentando lo suficiente*. Él dice: “El que no las tiene [estas cualidades] se olvida de que ha sido limpiado de sus antiguos pecados” (v 9). Y así: “Por eso siempre les recordaré estas cosas, por más que las sepan” (v 12). Pedro está diciendo que si para ti el perdón y la salvación de Cristo son reales, los vivirás en tu carácter y en tu vida. Necesitas que se te recuerde lo que ya sabes; necesitas que estas verdades obren en tu corazón del mismo modo que se entienden en tu cabeza. El problema que los israelitas tuvieron lo tenemos aún nosotros, incluso aquellos de nosotros que creemos en Cristo y tenemos el Espíritu Santo.

¿Cómo nos podemos asegurar de que recordamos? Hay muchas respuestas. Estas son solo tres sugerencias.

- Jesús nos ha dado una imagen visual de lo que Él ha hecho por

nosotros: la Cena el Señor. Cuando Él dice: “Hagan esto en memoria de mí” (Lucas 22:19), Él nos está diciendo que este cuadro de la Cena es Su manera de renovar continuamente la realidad del evangelio en nuestro corazón.

- Siempre que leamos la Biblia, no deberíamos estudiarla solamente por el contenido, sino que deberíamos aprender a meditar y reflexionar en ella para que no solo reconozcamos las verdades, sino para que las “recordemos”, las sintamos y nos conmuevan.
- La intención de Jesús era que la Cena del Señor fuera realizada en comunidad. Necesitamos que las verdades de Dios se nos recuerden, que las estudiemos y las apliquemos en grupo. Cuando varias personas examinan una verdad, por lo general una persona (por lo menos) es capaz de decir *¡Increíble!* La emoción que esa persona tiene por la verdad se puede esparcir a aquellos de nosotros que estamos estancados o secos.

De qué manera Dios trae restauración

Jueces **3:7** se enfoca en lo que los israelitas están haciendo: se están olvidando del Señor y están adorando a los ídolos. Del **versículo 8** en adelante, Dios es el director principal. “El Señor se enfureció contra Israel” (**v 8**), así que ¡Él les envía problemas!, “los vendió a Cusán Risatayin”, tal como el pueblo ya se había vendido en las manos de Baal y Aserá. Pero aun al juzgar a Su pueblo, Dios está actuando benignamente. Si Él no hubiera traído el sufrimiento y la dificultad, el pueblo no habría visto su verdadero estado. Los israelitas no hubieran visto qué tan espiritualmente esclavizados estaban y a qué juicio se estaban enfrentando si Dios no los hubiera dejado degustar ese juicio, permitiéndoles que físicamente los esclavizaran. Él les envía a los israelitas el sufrimiento, no para pagarles con la misma moneda, sino para redimirlos. Él sigue haciendo esto por Su pueblo hoy (1Co 11:32).

Al pelear contra la opresión física, finalmente ellos (¡después de ocho años, según relata Jueces **3:8**!) “clamaron al Señor, y Él hizo que surgiera un libertador” (**v 9**). Con la única cosa que las personas contribuyen a su rescate es con clamar a Dios. Esto implica que ellos echaron marcha atrás a su lealtad anterior, apartándose de los ídolos y regresando al Señor como su Dios; es decir, se arrepintieron. El arrepentimiento es crucial para la renovación y la restauración. El pueblo no esperó que el problema se resolviera solo. Quizás se preguntaban: *¿Por qué ha surgido este problema? ¿Qué defectos en nosotros podría Dios estar revelando y de qué manera podríamos necesitar la renovación espiritual?* Esta es la

respuesta correcta a la opresión: ver cómo la mano de Dios está obrando detrás y por medio de ella, y examinarnos con honestidad y clamar al Señor pidiéndole la restauración.

Después de haber enviado el problema, Dios envía el liderazgo espiritual. Su líder escogido es Otoniel, el discípulo incondicional que conocimos en 1:13; la clase de líder que esperaríamos que Dios escogiera para Su pueblo. El primer “ciclo de jueces” es el ideal y es el único que contiene completamente cada “etapa” que se trazó en 2:11-19. Aparte de Josué, Otoniel es el único hombre en todo Jueces cuya vida se relata en cada detalle y que explícitamente no tiene imperfecciones. Literalmente, el final de **3:9** (RV60) se lee: “y los libró”. No queda claro a quién se refiere –a Dios o a Otoniel– lo cual nos recuerda que Dios salva a Su pueblo por medio de Su líder escogido y que se puede decir que ambos traen la salvación.

Así como Dios envía el problema y el liderazgo espiritual, Él envía Su Espíritu (**v 10**). Él le da a Otoniel el poder para su posición y su obra: el Espíritu fue enviado y “se convirtió en caudillo de Israel y salió a la guerra”. (Es interesante hacer notar una diferencia importante entre los avivamientos del Antiguo Testamento y los avivamientos del Nuevo Testamento en el libro de Hechos. Aquí, como a lo largo del Antiguo Testamento, Dios envía Su Espíritu a un líder; en el Nuevo Testamento, Dios envía Su Espíritu a todo el pueblo, la iglesia –compara el **versículo 10** con Hechos 4:31).

Así que, en resumen, Dios envía los problemas, el liderazgo y el Espíritu de Dios. Y esto trae la restauración: “El Señor entregó a Cusán

Risatayin, rey de Aram, en manos de Otoniel, quien prevaleció sobre él” (**Jueces 3:10**). Y esto trae como resultado la restauración espiritual: “El país tuvo paz durante cuarenta años” (**v 11**). Esta es la paz de la opresión física pero también de la opresión espiritual auto-infligida de la idolatría que había causado, en primer lugar, la opresión física. Israel ha regresado a una obediencia unida a Dios el Señor. Más adelante en el libro veremos que esta paz se pone en peligro por la desunión y la idolatría; pero no aquí.

Él salvó... él murió

El ciclo “ideal” de Otoniel, que trae una restauración verdadera y completa al pueblo de Dios, está estructurado para que el énfasis caiga en dos frases clave. En el **versículo 7** los israelitas sirven a los ídolos. En el **versículo 8**, “el Señor... los vendió” en manos de un enemigo que los oprimió. Después, en el **versículo 9**, Él “hizo que surgiera” un libertador. Esto se refleja en el **versículo 10** –“se convirtió en caudillo de Israel”. Después Dios “entregó” al rey enemigo “en manos de Otoniel, quien prevaleció sobre él”. Por último, la tierra que comenzó con idolatría y después sufrió el sometimiento “tuvo paz”.

Esta estructura hace que destaquen dos declaraciones. La primera, “los libró” (**v 9** RV60). La restauración y el avivamiento solo llegan al pueblo de Dios cuando Dios obra por medio de Su libertador escogido. La “paz” que se obtiene al gozarse por servir a Dios en vez de esclavizarse miserablemente a los dioses falsos viene solo por medio de Sus acciones salvíficas. No podemos forzar o fabricar el avivamiento, solo podemos clamar a Dios para que nos salve.

La segunda, este episodio no termina con la paz. Concluye con la muerte. Las cosas marcharon bien “hasta que murió Otoniel hijo de Quenaz” (**v 11**). La salvación y la paz dependen del liderazgo del juez de Dios. Otoniel es un buen juez (la narrativa no señala defectos en su carácter o en su liderazgo); la paz es real. Pero no puede perdurar porque Otoniel no perdura. Solo es temporal. Los ciclos de avivamiento a lo largo de la historia de la iglesia también han sido temporales. A fin de

que la restauración y la paz de servir al Señor sean permanentes, el pueblo de Dios necesita un líder que no muera. El **versículo 11** nos señala el problema de todo líder humano de la iglesia de Dios, no importa qué tan facultado esté por el Espíritu. Eso nos apunta a ver a Aquel que le dice a Su pueblo: “[Yo soy] el que vive. Estuve muerto, pero ahora vivo por los siglos de los siglos” (Ap 1:18). Los cuarenta años de paz que Otoniel trajo antes de su muerte hacen que nosotros le demos las gracias a Jesucristo por la paz eterna que Él nos da más allá de Su muerte.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Qué estás haciendo para asegurarte de recordar con tu *corazón* lo que sabes en tu *cabeza* acerca de Dios?
2. ¿Disfrutas conscientemente la “paz” de haber sido salvado por Dios y de haber sido liberado de la esclavitud a los ídolos? ¿Qué harás para acordarte de disfrutarla esta semana?
3. “[Yo soy] el que vive. Estuve muerto, pero ahora vivo por los siglos de los siglos” (Ap 1:18). Como creyente, ¿cómo te hace sentir hoy esta verdad sobre tu Líder?

PARTE DOS

Un libertador zurdo

Con la muerte de Otoniel (Jue **3:11**), otra vez comienza el ciclo: “Volvieron los hijos de Israel a hacer lo malo ante los ojos de Jehová” (**v 12** RV60). Esta vez Dios los entrega a Eglón, rey de Moab. El pueblo de Dios se enfrenta no solo con un rey sino con una alianza de enemigos (**v 13**). Y el sometimiento es peor: “se apoderó de la Ciudad de las Palmeras” (**v 13**), la ciudad que se conocía como Jericó. Este fue el lugar donde, de manera soberana, Dios le había dado a Su pueblo obediente la victoria sobre sus enemigos (Jos 6); ahora este es el lugar donde Dios “le dio” a Eglón la victoria sobre ellos. Además, el sometimiento dura una década más que el anterior (Jue **3:14**).

Como en el último ciclo, cuando Dios les envió problemas, el pueblo respondió clamando a Él (**v 15**). “Y el Señor les levantó un libertador, Aod hijo de Guerá, de la tribu de Benjamín, quien era zurdo”. Para los primeros lectores de Jueces, la más grande sorpresa de esta narrativa es que Aod, el hombre que Dios usó, era zurdo. Si buscas las referencias en la Biblia para “diestro”, encontrarás que todas son bastante positivas. Dios jura por Su mano derecha, tiene delicias a Su diestra y Su escogido se sienta a Su diestra (Is 62:8-9; Sal 16:11; 110:1). ¿Por qué? Ya que la mayoría de las personas eran diestras, la mano derecha era un símbolo de poder y habilidad. Peleabas con tu espada en tu mano derecha. Pero Jueces **3:15** (TLA) literalmente dice que Aod estaba “impedido de la mano derecha”. Es muy posible que la mano derecha de Aod estuviera paralizada o de alguna manera discapacitada.

Otoniel fue el típico “líder-tipo”: un guerrero de una familia de hombres fieles de la tribu de Judá (que fueron escogidos por Dios para ser “los primeros en subir” a su heredad, 1:1-2). Aod es una elección inesperada; en una sociedad que era incluso más cruel que la nuestra con las personas que estaban físicamente discapacitadas, él hubiera sido considerado incompetente. Nadie lo hubiera buscado ni hubiera escogido seguirlo. Sin embargo, él es el elegido de Dios.

El hombre diestro (zurdo)

De hecho, no obstante, Aod es especialmente adecuado para la tarea de liberación para la que Dios lo ha escogido. Él fue enviado con “tributo a Eglón, rey de Moab” (3:15); y se nos dice que Eglón no podía saber que “Aod se había hecho una espada de doble filo y de medio metro de largo, la cual sujetó a su muslo derecho por debajo de la ropa” (v 16). Esto introduce una tensión dentro de la historia. Los diestros llevaban sus espadas en el lado izquierdo. ¿Pasará desapercibida la espada de Aod escondida en su lado derecho? ¿Se podrá acercarlo lo suficiente a Eglón para usarla?

En el **versículo 17** no puede. Él “le presentó el tributo a Eglón”. Pero aquí se agrega el detalle (que después probará ser crucial y bastante gracioso) de que Eglón “era muy gordo”. Aod y su delegación se fueron, pero entonces Aod los despide y él regresa ante el rey con “un mensaje secreto para usted, Majestad” (v 19). ¡Nosotros sabemos cuál es ese “mensaje”!

Ahora vemos cómo Aod está calificado para su papel. “¡Silencio!, ordenó el rey. Y todos sus servidores se retiraron de su presencia”. Wilcock señala que Eglón no espera de ninguna manera que un hombre discapacitado sea peligroso:

“Si Aod no puede empuñar un arma con su mano derecha, todos asumen que no puede empuñar un arma. Es por esta razón... que él es admitido a la presencia del rey [cuando] pide una audiencia privada con Eglón. Debido a su deformidad, no representa ningún riesgo de

seguridad para el moabita”.

(*El Mensaje de Jueces*, p. 41)

De esta manera, con la espada escondida en su “lado equivocado”, Aod se acerca al rey “que estaba sentado solo en la habitación” para entregar el mensaje (**v 20**). El narrador aclara muy bien en el **versículo 21** que es el hecho de que Aod sea zurdo lo que le permite derribar de un golpe al tirano que ha demandado el pago (tributo) del pueblo de Dios: “Aod extendió la *mano izquierda*, sacó la espada que llevaba en el *muslo derecho*, y se la clavó al rey en el vientre” (**v 21**). Es la obesidad del rey (¿quizá ha engordado con el tributo que ha exigido?) la que sella su destino (**v 22**). Aquí la Nueva Versión Internacional (NVI) es demasiado educada: el final del versículo debería leerse “se le derramó el estiércol” (RVC). Esto explica por qué, mientras Aod pone en marcha su escapatoria (**v 23**), los guardias se quedan afuera, suponiendo (basados en lo que pueden oler) que Eglón “tal vez está haciendo sus necesidades” (**v 24**). En el momento en que abren las puertas y ven a su señor muerto (**v 25**), Aod “se escapó [...] y huyó” (**v 26**).

A muchas personas les entristece que el agente escogido por Dios sea un asesino que mata a un hombre después de haberlo embaucado para reunirse con él a solas. Sin embargo, Aod mismo dice que Dios estaba obrando por medio de él (**v 28**). Israel nunca lo hubiera seguido en la batalla (**v 28-29**) si no hubiera asegurado él mismo el resultado, matando él solo a Eglón. Y nos recuerda que Dios no siempre obra por medio de lo que nosotros llamamos métodos “normales” u “obvios”. Él liberó a Su

pueblo, dándoles el triunfo sobre sus enemigos y paz por ochenta años (**v 30**), por medio de un líder inesperado y a través de un medio impredecible.

Aod: El tipo de líder que Dios usa

Quizá Aod nos enseña más sobre cómo Dios salva a Su pueblo que Otoniel y Samgar (**v 31**), los jueces más predecibles.

Después de Otoniel vemos que cada juez “cíclico” (es decir aquellos, a diferencia de Samgar, cuya historia no se resume solamente en uno o dos versículos; ver también 10:1-5; 12:8-15) es “inesperado” en lo que respecta al mundo. Y también veremos de manera creciente que cada juez tiene que llevar a cabo la salvación por él mismo o por ella misma. Como juez de Israel, Otoniel “salió a la guerra” (**3:10**) implícitamente con todos los guerreros que había en Israel a sus espaldas. Por su cuenta, Aod derribó de un golpe al rey enemigo antes de conducir a los “israelitas” en la batalla (**v 27-29**). Los siguientes jueces, Débora y Barac, juntos guían a solo dos tribus (4:9-10), y el último juez, Sansón, tiene que liberar a Israel sin la ayuda de nadie (16:29-30).

Todo esto apunta hacia el camino de la persona más inesperada y “zurda” de todas. Cuando el Juez vino, “No había en Él [...] nada en Su apariencia que lo hiciera deseable. Despreciado y rechazado por los hombres” (Is 53:2-3). Logró Su victoria Él solo en representación de Su pueblo, pero de ninguna manera ayudado por ellos. Y Él aplastó a los enemigos de Su pueblo por medio de Su propia debilidad como Aod.

Todos los jueces desde Aod en adelante nos apuntan a Cristo. A diferencia de ellos, Cristo no usó el engaño (Aod), no necesitó ayuda (Débora / Barac), no mostró ambición egoísta (Gedeón), imprudencia (Jefté) ni debilidad sexual (Sansón). De hecho, en cada aspecto Él fue tan

libre de defecto como aparece Otoniel en las páginas de Jueces. Y, sin embargo, como todos los jueces principales después de Otoniel, Jesús fue un extraño, alguien que el mundo no podía creer que fuera el Gobernante escogido de Dios o Su Salvador (ver, por ejemplo, Lucas 23:35-39 y 1 Corintios 1:18, 22-23). Jesús sigue siendo más bien un Libertador insólito y absoluto. Él liberó a Su pueblo, no por medio de un gran triunfo, sino por medio de una derrota aplastante.

En estas narrativas históricas, por consiguiente, Dios le está mostrando al mundo que Su salvación para nada vendrá de una forma “hollywoodense”. Vendrá de un extraño nacido en un pesebre; por medio de la debilidad, no de lo que el mundo llama fortaleza; por medio de la derrota, no de lo que el mundo llama victoria; por medio de la locura, no de lo que el mundo llama sabiduría. No debemos cometer el error que cometió Eglón cuando vio al libertador escogido de Dios y “no lo estimó” (Is 53:3); vemos a Cristo y vemos “el poder de Dios y la sabiduría de Dios” (1Co 1:24).

Recuerda lo que eras

Aod nos señala a Jesús: también nos apunta hacia nosotros mismos. ¡Dios usa a un libertador “zurdo”... para salvar a un pueblo “zurdo”! “Consideren su propio llamamiento: No muchos de ustedes son sabios, según criterios meramente humanos; ni son muchos los poderosos ni muchos los de noble cuna. Pero Dios escogió lo insensato del mundo” (1Co 1:26-27).

Dios es un Dios de gracia, no de obras. Él toma y usa a personas que están marginadas con el fin de mostrar que la salvación es de Él, no por nuestra propia habilidad humana. Pablo dice que Dios tiende a escoger y a usar personas que sean débiles social, física e incluso moralmente. ¿Por qué? “A fin de que en Su presencia nadie pueda jactarse” (v 29).

Saber esto destruye completamente la base de la “**mentalidad** idólatra” que con frecuencia traemos al adorar al verdadero Dios. Si nosotros adoramos un ídolo, estamos tratando de permanecer completamente al control de nuestras vidas, negociando con el dios-ídolo, dándole lo que quiere para que él nos dé lo que nosotros queremos. No es una sumisión por amor, sino una cínica **manipulación**. Con esta mentalidad idólatra es fundamental que la adoración sea una técnica confiable y consistente. Tenemos que saber que si hacemos X por el ídolo entonces resultará Y. ¡Qué fácil es tratar a Dios así! *Si yo hago X, Él me salvará. O, más sutilmente: Si yo hago X, Él me bendecirá.*

Pero cuando verdaderamente nos volvemos a Dios, vemos que Él demanda una entrega de corazón, no concesiones y negociaciones

parciales. No podemos hacer tratos con Dios porque no tenemos nada que ofrecerle. Recordamos lo que éramos, según 1 Corintios 1:26. Nos damos cuenta de que Él ya nos ha salvado y nos ha bendecido de la forma más inesperada –por medio de un “zurdo”, y que nosotros somos los más inesperados receptores de Su gracia, “zurdos” como somos. Nos damos cuenta que solo podemos depender totalmente de Dios y amamos hacer eso. Como lo dice el antiguo himno escrito por Augustus Toplady, Roca de la Eternidad:

Nada traigo en mi mano,

solo a tu cruz me aferro.

Preguntas para reflexionar

1. En tu propia experiencia, ¿cuándo has visto a Dios usar personas inesperadas y/o medios impredecibles para hacer grandes cosas?
2. Recuerda lo que eras, según 1 Corintios 1:26. ¿De qué manera eres “zurdo”? ¿Cómo es esto una lección de humildad?
3. ¿Alguna vez has intentado hacer tratos con Dios? ¿En que área necesitas solo entregarte a Él y disfrutar el rescate que Él te da gratuitamente?

JUECES 4 V 1 A JUECES 5 V 31

4. DÉBORA Y BARAC: GOBERNANTE Y LIBERTADOR

Los capítulos 4 y 5 de Jueces son muy interesantes no solo por los eventos que describen, sino porque cada capítulo trata con los mismos eventos: uno desde la perspectiva del historiador y otro desde la perspectiva del poeta. Pasaremos la mayor parte de nuestro tiempo en el capítulo 4 y después pondremos la debida atención en cómo la calidad estética y el énfasis en la canción del siguiente capítulo nos proveen una perspectiva más rica y más profunda.

Una gobernante piadosa

Con la muerte de Aod, “los hijos de Israel volvieron a hacer lo malo ante los ojos de Jehová” (4:1 RV60). Así que el ciclo comienza una vez más, encontrándose Israel bajo el talón de Jabín, un rey de Canaán (v 2), un gobernante que, si Israel hubiera confiado y obedecido a Dios completamente en el capítulo 1, ni siquiera hubiera estado ahí. El principal agente de la opresión de Jabín es Sísara, el jefe de su ejército, quien tiene “novecientos carros de hierro” (las bombas inteligentes y los aviones no tripulados de la época) a su disposición (v 3). La opresión es peor que la de Cusán Risatayin o la de Eglón; es “cruel” y dura veinte años (v 3). Y por esta razón “los israelitas clamaron al Señor” para que los ayudara.

Entra en escena “una profetisa llamada Débora” (v 4). Como profetisa, ella predica y enseña la palabra de Dios (la vemos hacer esto en el **versículo 6**: “El Señor, el Dios de Israel, ordena...”). Y “gobernaba a Israel” (v 4) –“tenía su tribunal”. Esta no es la corte de una reina; más bien, es un verdadero tribunal donde los israelitas venían para “resolver sus disputas” (v 5). Sin duda, era reconocida como consejera sabia y jueza, y el pueblo venía a ella para resolver toda clase de casos sociales, legales y relacionales.

De esta manera, Débora es muy diferente a todos los otros jueces, antes y después de ella. Ella gobernaba con sabiduría y carácter en vez de con pura fuerza. Mientras que Otoniel “salió a la guerra” (3:10) y Aod hizo su plan de asesinato (3:16), Débora aconsejaba y guiaba al pueblo.

Así que ella se acerca más al rol de una *líder* piadosa del pueblo en vez de simplemente un general. Fue una jueza que guio más allá del campo de batalla. Todo esto nos recuerda que el líder escogido por Dios no solo rescata, también gobierna. En este sentido, Débora fue la más grande pista hacia la monarquía e incluso hacia el Cristo que puede llevar el reinado sobre Sus hombros y es llamado "Consejero admirable [...], Príncipe de paz" y que establece y sostiene Su reino "con justicia y rectitud" (Is 9:6-7).

Un libertador piadoso

De hecho, Débora es única entre los jueces. *No* es guerrera. No es la que, con la fuerza de Dios, rescata a Israel al derrotar a sus opresores. En lugar de eso, “mandó llamar a Barac” (Jue **4:6**) y le pasó la comisión de Dios. Es Barac quien debe tomar diez mil hombres y llevarlos al Monte Tabor (**v 6**) y es a él a quien Dios le dará la victoria sobre Sísara (**v 7**).

El gobernante no será el libertador; y el libertador no es el gobernante. Y, como lo veremos en los **versículos 17-21**, ni Débora ni Barac serán los que tengan el honor de eliminar al principal enemigo, Sísara. En todos los demás casos, desde Otoniel hasta Sansón, hay un solo “héroe” humano. Aquí hay tres. Como lo veremos en la canción del capítulo 5, esto quiere decir que nosotros podemos ver a dónde debería ir el principal honor: no a uno, a dos o a tres personas usadas por Dios (aunque es una bendición recibir tal privilegio, **5:24**), sino al Señor que obra por medio de aquellos a quienes Él escoge para rescatar y gobernar a Su pueblo.

La respuesta de Barac al llamado de Dios por medio de Débora y como Débora le contesta a Barac se han leído de dos formas; una más pesimista sobre Barac, la otra más optimista.

1. El punto de vista más pesimista ve al hecho de que Barac le pide a Débora que vaya con él, y que se niega a ir si ella no va (**4:8**) como una tímida falta de fe. Esto tiene sentido por la manera en que la NVI traduce el **versículo 9**: Débora está de acuerdo en ir con él “pero, por la manera en que vas a encarar este asunto [es decir,

rehusando solo confiar y obedecer a Dios], la gloria no será tuya, ya que el Señor entregará a Sísara en manos de una mujer”. Entonces Barac manda llamar a las tropas y se prepara para pelear, pero solo porque Débora está con él (**v 9, 10**). No es sino hasta el **versículo 14** –después de que Sísara ha reunido su impresionante maquinaria de guerra (**v 12-13**) y Débora otra vez le ha dicho a Barac: “¡Adelante! Este es el día en que el Señor entregará a Sísara en tus manos. ¿Acaso no marcha el Señor al frente de tu ejército?”– que Barac embiste con sus hombres en el Monte Tabor. Es solo en este punto que él muestra la fe por la que se le alaba en Hebreos 11:32; y de esta manera la privación del honor en Jueces **4:9** es una reprimenda para Barac por su falta de fe obediente y radical en el **versículo 8**.

2. El punto de vista más optimista depende del hecho de que la oración hebrea que se usa en el **versículo 9** también se puede traducir como: “el honor no será tuyo en la jornada que vas a emprender” (LBLA). Así que Débora no está reprendiendo a Barac, sino que simplemente le está diciendo que aunque él tendrá que embestir por la ladera contra la fuerza de novecientos carros de hierro, ¡él no obtendrá el honor de esto! Es una declaración profética de los hechos, no un veredicto sobre su fe.

En esta última lectura, la cual prefiero, Barac es un héroe y un ejemplo de fe no solo en el **versículo 14**, sino de principio a fin. Su deseo de llevar a Débora con él no es desobediencia; lo hace porque reconoce que Débora es una mujer piadosa que habla las palabras de Dios. ¿Por qué no

querría que ella estuviera con él?! Así que, en primer lugar, Barac nos muestra que la fe es escuchar a Dios en cada etapa de la vida y en cada circunstancia.

En segundo lugar, la fe es mostrar valor a pesar de las probabilidades humanamente abrumadoras. Un carro de hierro podía cortar a los soldados de infantería como un cuchillo caliente corta la mantequilla. En cada ocasión novecientos carros vencerían a diez mil hombres. Pero aun así, Barac pelea.

En tercer lugar, la fe es humilde y no busca el honor. Él obedece a Dios y conduce a sus hombres por la montaña, sabiendo que la victoria se le dará a otro y que después el reinado no será suyo. En su fe, Barac prefigura al gran Libertador quien, aunque siendo por naturaleza Dios (el Gobernante legal, a diferencia de Barac), “no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. Por el contrario, se rebajó voluntariamente [...] se humilló a Sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte, ¡y muerte de cruz!” (Fil 2:6-8).

En el Monte Tabor, como el siervo obediente de Dios que va a la batalla contra un enemigo que parece tener todos los ases (novecientos de ellos), “el Señor desbarató a Sísara a filo de espada, con todos sus carros” (Jue **4:15**). Las fuerzas de Barac no eran rivales para las de Sísara; ¡pero las de Sísara no eran rivales para Dios! Sísara, tan confiado en sus carros, abandona a los suyos (**v 15**); todas sus tropas “cayeron a filo de espada” (**v 16**). La victoria es casi total; todo lo que queda es que Barac alcance a Sísara, quien se dio a la fuga. Pero para el momento en que lo haga, Sísara estará muerto.

Débora y el ministerio de las mujeres

Antes de que veamos el final espantoso de Sísara, tenemos que hacer una pausa por un momento y sacar el tema del liderazgo de las mujeres, puesto que la carrera de Débora, de manera muy obvia, nos lleva a reflexionar sobre este asunto.

Aquí son útiles unas cuantas palabras para dar una explicación y una advertencia. Primero, este no es un espacio lo suficientemente amplio para tratar este tema de modo exhaustivo. Segundo, debemos leer los pasajes dentro del contexto del libro, del Testamento y de la Biblia de la que forman parte. Tercero, debemos ser cautelosos de no leer la narrativa (el registro de lo que sucedió) de forma demasiado prescriptiva, como si fuera un registro de lo que *debería* suceder. Cuarto, debemos usar una enseñanza clara de la Escritura para ayudar a informar nuestro punto de vista en relación a pasajes más ambiguos.

Al considerar a Débora, la tercera “advertencia” es un buen lugar para empezar. Jueces 4 y 5 están escritos solo para decirnos qué sucedió, no qué debería haber sucedido (y mucho menos qué debe suceder hoy). Así que un punto de vista “tradicionalista” sobre el papel de las mujeres llamaría a esto una **anomalía**, provocada por la tímida renuncia de la responsabilidad de los hombres (como Barac, por ejemplo). Los hombres deben tener el liderazgo; Débora tiene que tomar cartas en el asunto porque los hombres no lo hacen. Pero el capítulo no dice eso. De hecho, Débora sin duda es llamada por Dios para ser la persona que ponga orden en las disputas y para ser una profetiza. Es una **inferencia** y

siempre es imprudente sacar una doctrina firme de una inferencia vaga.

Pero el punto de vista “liberal” (que insiste en que “cualquier cosa que un hombre pueda hacer, una mujer también lo puede hacer” y que descarta las diferencias de género como si fueran ficciones socialmente construidas) también encuentra desafíos aquí. Débora, la única de entre los jueces, no pelea –no es una guerrera, no puede conducir al ejército y tiene que reclutar a alguien cuyas habilidades complementarán las de ella (lo que hace de forma admirable).

Además, la cuestión es complicada por el hecho de que Israel, en este punto de la historia, era tanto una nación como el pueblo de Dios. Hay aspectos de la vida del Israel del Antiguo Testamento que se refieren a Israel como un Estado (por ejemplo: los castigos por cometer crímenes) y que todavía son funciones del Estado hoy en día pero no de la iglesia (el pueblo de Dios); otros aspectos son ahora funciones de la iglesia pero no del Estado (por ejemplo: celebrar la Pascua y la Cena del Señor). Así que, si basándonos en la carrera de Débora incluso aceptamos (como lo hago yo) que no hay razón de por qué las mujeres no deban liderar en cargos civiles (de negocios, de la política, etc.), eso no quiere decir que el día de hoy nosotros *debamos* llevar eso a la vida del pueblo reunido de Dios: la iglesia.

Es aquí donde la segunda advertencia es útil. En el Israel del Antiguo Testamento había tres grandes “oficios”: profeta, sacerdote y líder (rey / juez). Algunas mujeres (por ejemplo Débora) fueron profetizas; algunas fueron juezas / reinas (¡otra vez Débora!). Ninguna fue sacerdotisa (Números 3:10 y Levítico 21 demuestran que todos los sacerdotes eran

hombres, descendientes de Aarón). El Antiguo Testamento nos dice que las mujeres son iguales en valor, dignidad y habilidad, creadas, como lo son, a la imagen de Dios y a quienes se les ha dado dominio, por debajo de Él, sobre Su creación (Gn 1:26-28). También nos muestra que las mujeres eran libres de usar sus dones en cualquier papel excepto el de sacerdote. Dios le muestra a Su pueblo del Antiguo Testamento que los hombres y las mujeres son iguales, pero no equivalentes.

El Nuevo Testamento y el ministerio de las mujeres

Este es un patrón que también encontramos en el Nuevo Testamento. Las mujeres sirven a Dios como profetas y **diáconos** (1Ti 3:11 –incluso si consideras a estas como esposas de diáconos, en vez de “diaconisas”, es importante saber que existen requisitos para este papel, mientras que no existen requisitos para ser la esposa de un anciano / supervisor / obispo en los versículos 1-7). Dios reserva un papel para los hombres (1Ti 3:1): el papel de anciano / supervisor / obispo, dependiendo de la forma de gobierno de la iglesia. (Por comodidad, y como presbiteriano que soy, de ahora en adelante simplemente llamaré a este cargo “anciano”).

Esta es la razón por la cual Pablo, habiendo supuesto que las mujeres hablarían en público en las reuniones de la iglesia, tanto profetizando como orando (1Co 11:5), les dice a las mujeres que “guarden silencio” en la iglesia (1Co 14:34). Esto no puede significar el silencio verbal literal durante la reunión; el contexto no es el ministerio público en general, sino la evaluación de la doctrina por parte de la persona que habla. Cuando alguien habla, debe haber “otros” para que “examinen con cuidado lo dicho” (v 29), para declarar si es cierto o falso; en otras palabras, para tener autoridad disciplinaria. Este es el papel de los ancianos; y de esta manera, en este punto, “guarden las mujeres silencio”.

Esto también es lo que Pablo está enseñando en 1 Timoteo 2:11-12 cuando dice que las mujeres no deberían “enseñar o tener autoridad”. La pregunta aquí es si Pablo les está prohibiendo dos cosas a las mujeres –

enseñanza y autoridad– o una cosa, expresada en dos frases (una hendíadis^{*}, como cuando decimos: “El bebé está calentito y comodito”, queremos decir la misma cosa dos veces, no que el bebé tiene un temperamento tranquilo y que es un bebé cálido). Yo acepto el último criterio (porque la palabra vinculante en griego, *oude*, con frecuencia une expresiones que son mutuamente concluyentes). Esto cuadra con la otra evidencia del Nuevo Testamento: que las mujeres sí enseñaban pero no enseñaban con poder disciplinario.

Para resumir, el patrón del Nuevo Testamento es el mismo que el del Antiguo. Las mujeres son libres de usar sus dones en cada papel excepto el que Dios ha reservado para los hombres: sacerdotes en el Antiguo Testamento y luego los que enseñan con autoridad en el Nuevo (esto no quiere decir que estos papeles sean directamente equivalentes). Esto nos guarda contra los extremos equivocados en ambas direcciones (así como lo hace la carrera de Débora). Dios prohíbe *una* clase de papel en la iglesia para las mujeres así como lo hizo en Israel. Así que no debemos apresurarnos a prohibir *toda* enseñanza y tareas a las mujeres; y no debemos afirmar que todo tipo de tareas específicas están fuera de los límites (por ejemplo: trabajar fuera del hogar, no enseñar a varones mayores de 12 años, no hablar desde el frente en los cultos dominicales, etc.). En ningún lado la Biblia da tales detalles; es mejor decir que las mujeres pueden hacer cualquier cosa que un hombre que no tenga el cargo de anciano puede hacer. De igual manera, Dios *sí* prohíbe un papel a las mujeres en la iglesia. Pero esto *no* significa que las mujeres son menos valiosas, ya que nuestro valor como humanos se encuentra en

que somos hechos a la imagen de Dios y no en lo que hacemos (de otra manera un presidente sería intrínsecamente más valioso que alguien que está desempleado).

Otra (¡última!) palabra de advertencia. La manera en que el principio bíblico de “igual pero no equivalente” se pueda ejercer en cada iglesia variará dependiendo de su forma de gobierno, su temperamento y su cultura. No debemos ser demasiado rápidos en juzgar a aquellos cuya práctica sea diferente; ni siquiera a aquellos cuyos principios sean diferentes.

Los que están en contra de la **ordenación** de las mujeres muchas veces condenan y son fríos con los que están en desacuerdo con ellos; en otras palabras, no los tratan como hermanos y hermanas en Cristo. Por otro lado, los que sí creen en la ordenación de las mujeres a veces desestiman a otros también cuando presentan a sus oponentes como sexistas de una manera tan escandalosa como el racismo.

Pero Dios nos ha dado unidad en torno a las doctrinas que Él ha escogido, en Su sabiduría, hacerlas claras como el cristal: la deidad de Cristo, Su naturaleza trina, la necesidad de la gracia para el perdón, la **inerrancia** de las Escrituras, etc. No debemos abandonar esa unidad porque no podemos estar de acuerdo con cuestiones tales como el bautismo, el gobierno de la iglesia, hablar en lenguas, etc. El tema de los roles de las mujeres es una de estas cuestiones que siguen vigentes. La iglesia probablemente nunca llegará a un consenso sobre esto. Lo debemos tratar como importante pero no como una excusa para las denuncias hirientes. Queremos que las personas con puntos de vista

diferentes sobre esto sean capaces de convivir juntas. Eso haría a nuestras iglesias muy, pero muy extraordinarias. Si podemos decir: *Estoy en desacuerdo contigo pero estoy de acuerdo contigo en lo que verdaderamente es importante; tú eres mi hermano o mi hermana, y serviremos y adoraremos juntos*, entonces modelaremos para el mundo un cuadro de la unidad y del amor de Cristo que tanto se necesita.

Preguntas para reflexionar

1. En tu vida, ¿qué es lo que haces de manera diferente porque tienes fe, aunque no obtienes el honor o el reconocimiento por hacerlo?
2. ¿Hay momentos en el pasado en los que has corrido un riesgo por obedecer al Señor y lo has visto proveyendo lo que necesitabas mientras lo hacías? ¿Hay formas en las que estás / deberías estar haciendo esto ahora?
3. ¿Qué piensas sobre el papel de las mujeres en la iglesia? ¿Crees que eres más propenso a ser influenciado por el tradicionalismo no bíblico o por el liberalismo no bíblico?

* Figura por la cual se expresa un solo concepto con dos nombres coordinados; por ejemplo: "Estará aquí en carne y hueso".

PARTE DOS

Muerto por una estaca

Hay una interrupción deliciosamente inexplicable en la narrativa de la victoria de Barac sobre Sísara en Jueces **4:11**. Diez mil hombres están listos para la batalla (**4:10**)... Sísara está a punto de convocar a sus conductores de cuadrigas (**v 12-13**)... y el narrador nos dice que “Héber el quenita se había separado de los otros quenitas que descendían de Hobab, el suegro de Moisés, y armó su campamento” junto al campo de batalla (**v 11**). No se nos dice por qué razón hizo esto, y él no juega ningún papel en la batalla. Su esposa, sin embargo, de repente se convierte en parte integral de la trama.

Sísara, huyendo a pie, llega a “la carpa de Jael”, la cual significa seguridad, porque Jabín y Héber son aliados (**v 17**). Sin embargo, con los ecos del asesinato de Eglón por parte de Aod, Jael, después de haberle dado la bienvenida y una bebida y después de haberlo dejado ir a dormir (**v 18-21**), “tomó una estaca de la carpa y un martillo [...] Entonces ella le clavó la estaca en la sien y se la atravesó, hasta clavarla en la tierra” (**v 21**). ¡Casi sobran las siguientes tres palabras: “Así murió Sísara”!

El método del ataque de Jael a Sísara hace aún más profunda la ironía del pasaje. Poner y quitar las tiendas se consideraba el trabajo de las mujeres. Por lo tanto, ¡la estaca y el martillo eran esencialmente los aparatos electrodomésticos de una mujer! Por supuesto que en esa época, la muerte a manos de una mujer era particularmente humillante. Probablemente todo esto lo diseñó Jael para hacer de la muerte de Sísara la derrota más devastadora posible.

También quiere decir que la profecía de Débora en el **versículo 9** demuestra ser verdad. El honor no será para Barac; tampoco será para ella (ella no es la mujer a quien Dios le entrega a Sísara). Cuando Barac pasa por la tienda, Jael le promete: “te mostraré al hombre que buscas” (**v 22**). Podemos imaginar a Barac, espada en mano, entrando en la tienda protegiéndose en frente de Jael, para descubrirlo en el piso, muerto, con una estaca atravesando su cabeza.

Humanamente hablando, el honor ha sido compartido. Pero realmente el honor de ninguna manera es para algún humano. Fue el Señor el que habló a y por medio de Débora; fue el Señor el que envió a Barac y después le dio la victoria (**v 14-15**); y fue el Señor el que entregó a Sísara en manos de Jael (**v 9**). Es una conclusión justa decir que “aquel día Dios [no Débora, Barac ni Jael] humilló en presencia de los israelitas a Jabín, el rey cananeo” (**v 23**). Dios es el Libertador, que actúa de acuerdo a Su voluntad, no de acuerdo a los méritos de Su pueblo; así que Él se merece la gloria. El hecho de que obre por medio de las personas es un privilegio para ellas, no una fuente de alabanza; y toda la salvación la hace Dios, todo “según la voluntad de nuestro Dios y Padre” así que es a Él “a quien [se le debe dar] la gloria por los siglos de los siglos” (Gá 1:4-5).

Sin embargo, no podemos pasar por alto el hecho de que el método de Jael sea una clara violación de dos de los diez mandamientos (ella miente y mata). Algunos pueden decir que ya que ella no era creyente, no era responsable de obedecer la ley de Dios. Pero Jael también rompió las políticas y las reglas sumamente estrictas de la hospitalidad en el Medio Oriente. Fue traición según los estándares de cualquier cultura. Tenemos

que recordar que Dios muchas veces usa a personas para hacer lo que Él quiere que suceda sin infringir la responsabilidad personal de esta gente o sin justificar sus métodos.

Dios gana

Con Jabín destruido (**4:24**), esperamos leer sobre la paz para Israel en la tierra. Ese relato viene (**5:31**), pero no hasta que hayamos leído los mismos eventos desde un ángulo diferente. La diferencia básica en el capítulo 5 es que esta es una canción y el enfoque es más **teológico**. Observa por debajo de la superficie de la historia y revela que la mano de Dios, mencionada indirectamente en el capítulo 4, estaba detrás de todo.

En el capítulo 4 se nombra al Señor solo en cuatro versículos, tres de ellos mientras Débora habla (4:6, 9, 14 –el otro está en el v 15); en el capítulo 5 está en todos lados. Él recibe la alabanza y el cántico mientras Débora y Barac (**5:1**) cantan de los “príncipes” (es decir, los jefes) de Israel guiando a sus hombres (**v 2-3**). ¿Por qué? Porque cuando ellos marchaban, significativamente Él estaba en la marcha, mostrando Su poder por medio de la lluvia (**v 4**). Conforme Su pueblo avanzaba descendiendo por la montaña, Aquel delante de quien las montañas tiemblan, estaba yendo a la guerra (**v 5**).

Esto es así porque Él es el Dios verdadero; este es el mensaje del siguiente versículo de la canción. “Quedaron abandonados los caminos” en Israel (**v 6** RV60) y las “aldeas quedaron abandonadas en Israel” (**v 7** RV60) porque “cuando escogieron nuevos dioses, llegó la guerra a las puertas de la ciudad” (**v 8**). Con la adoración a los ídolos, Israel no solo cayó bajo opresión, sino en una decadencia social. El hecho de que las “aldeas quedaron abandonadas” quiere decir que cada familia e incluso cada individuo tenía que salvarse como pudiera. La única esperanza

estaba en Débora, quien se “levantó como una madre en Israel”, para comenzar a restaurar el tejido social (**v 7**) y después para motivar a “los voluntarios del pueblo” para ir a la guerra y así quitarse de encima la opresión (**v 9**). Sus acciones realmente serían, como hemos visto, las acciones de Dios (**v 10-11**); los **versículos 11b-12** sugieren que no solo fue Débora la que clamó por un líder que se levantara contra Sísara.

Los **versículos 13-18** revelan que no todo Israel se sumó al estandarte de Barac. Algunas de las tribus de Efraín y Benjamín lo hicieron, así como lo hizo Isacar (**v 14-15**). Pero Rubén siguió pastoreando ovejas (**v 15-16**); y Galaad, Dan y Aser también se quedaron en casa (**v 17**). El mayor honor es para Zabulón y Neftalí, los que “arriesgaron la vida [...] en las alturas del campo” (**v 18**).

Ahora bien, en los **versículos 19-22**, Débora y Barac regresan al tema con el que comenzaron: que esta era la victoria del Señor. “Los reyes de Canaán lucharon”, pero no ganaron ningún botín porque no ganaron ninguna victoria (**v 19**). El Dios que gobierna la naturaleza (incluso las estrellas) estaba peleando contra ellos (**v 20**). Y el **versículo 21** revela cómo fue que los invencibles carros de Sísara quedaron inservibles. El Dios que hizo que las “las nubes derramaran agua” (**v 4**) hizo que el río se desbordara, barriéndolos conforme Barac avanzaba (**v 21**). Aquí, sin embargo, ¡ni siquiera se menciona a Barac! Realmente esta fue la victoria de Dios. Sísara nunca habría ordenado sus carros cerca de un río si hubiera estado esperando que lloviera. Esta debió haber sido la temporada de sequía, no de lluvias; pero Dios, por medio de Débora, le dijo a Israel justo dónde pelear (**4:6**), atrayendo al ejército de Sísara al

lugar donde Él los destruiría (**v 7, 5:21-22**).

¿Cuál es la lección para el pueblo de Dios? Que Dios gana; y así la bendición se encuentra en pelear por y con Él, poniéndonos a Su servicio cualesquiera que sean los riesgos o los costos probables. A la inversa, hay una maldición para los que hacen lo contrario, para los que se quedan en casa (**v 23**). No es que el Señor necesite ayuda (¡la canción ha demostrado esto más allá de cualquier duda!), sino que el Señor permite que Su pueblo “ayude”. Y de esta manera “sea Jael [...] la más bendita entre las mujeres” (**v 24**) quien, a pesar de ser una quenita y no una israelita, tomó su lugar en la historia y mató al enemigo de Dios (**v 24-27**).

Débora describe cómo la madre de Sísara y sus damas de honor esperan el regreso victorioso de Sísara. Mientras ellas intercambian opiniones de cómo “debería” ir la campaña, aprendemos que a Sísara le gusta robar, violar y esclavizar mujeres (**v 28-30**), lo que ellas piensan que explica la demora en su regreso. La traducción que hace la NVI de “muchacha” en el **versículo 30** no ayuda mucho; el hebreo se acerca más a “sirvienta” o “esclava”. Sísara capturaba jóvenes para convertirlas en esclavas sexuales.

Todo este ciclo de Jueces se enmarca en torno a las acciones de mujeres: Débora dirige a Israel bajo la opresión de Sísara, que se ve más horrible en la manera en cómo él trata a las mujeres de Israel; y Jael, otra mujer, es el medio por el cual su reinado de violación y terror acaba. Después de convertir las vidas de muchas mujeres en pesadillas infernales, son dos mujeres quienes lo destruyen. Hay una gran ironía en que el hombre que usó a las mujeres como objetos es asesinado por un

objeto femenino. “¡Así perezcan todos tus enemigos, oh Señor!”, concluye la mujer que ha dirigido y continuará dirigiendo a Israel (**v 31**). “Entonces el país tuvo paz durante cuarenta años”.

Viviendo con dos perspectivas

Poniendo Jueces 4 y 5 uno junto al otro, el narrador nos alienta a tener en nuestras propias vidas una perspectiva como la del capítulo 5, así como una del capítulo 4. El capítulo 5 ve la mano de Dios detrás de todas las cosas, celebra el éxito y lo honra a Él en el más alto grado, y tiene una continua nota de alabanza.

Nosotros podemos, y debemos, vivir nuestras vidas y ordenar nuestros recuerdos no solo histórica sino teológicamente; no solo recopilando lo que pasó, o lo que hicimos, sino buscando lo que Dios estaba haciendo. Esto nos guarda de honrarnos en exceso en el éxito o desesperarnos en nuestras luchas. Parte de la clave para disfrutar la paz es estar continuamente alabando al Señor por lo que Él ha hecho y está haciendo por nosotros, puesto que la historia que contamos de nuestras vidas no se trata tanto de nosotros, sino de Él.

¿Qué hay sobre amar a nuestros enemigos?!

Es evidente lo cruel y sangrienta que es esta canción, que pone a la vista la cuestión más amplia de cuán frecuente los textos del Antiguo Testamento (sobre todo algunos de los salmos) parecen hablar con odio acerca de los enemigos. ¿Cómo puede eso cuadrar con el mandato de Jesús de amar, bendecir y orar por nuestros enemigos (Lc 6:27-28)?

Vale la pena mencionar tres cosas sobre esta cuestión. La primera, el triunfo de Dios sobre el mal, y el hecho de que un día todas las personas estarán de pie ante Él y darán cuenta de sus acciones, son aspectos del mensaje del evangelio a los que debemos dar la bienvenida y gozarnos en ellos (aunque temblemos mientras lo hagamos, sabiendo que también estaremos ahí de pie, solo que con Jesús como nuestro **abogado**). El Nuevo Testamento es bastante claro en que Jesús debe ser alabado por Su victoria sobre el pecado y sobre Satanás, y por Su juicio final (Ap 11:15-18).

En segundo lugar, sin embargo, vemos que el juicio por venir nos libera de la necesidad de ver la justicia hecha en esta vida. Habrá, más allá de esta vida, **vindicación** para aquellos que han actuado correctamente y castigo por la maldad. No tenemos que buscarlos ahora: “No tomen venganza, hermanos míos, sino dejen el castigo en las manos de Dios, porque está escrito: Mía es la venganza; yo pagaré, dice el Señor” (Ro 12:19, haciendo referencia a Deuteronomio 32:35). Somos libres para poner manos a la obra y desviarnos de nuestro camino para bendecir a los que nos maldicen (v 14, 20).

¿Cómo podemos saber que Dios es un Dios que “pagará”? Porque, en tercer lugar, hemos visto que el pecado ya ha sido juzgado en la cruz. La cruz no es solo el lugar donde somos **justificados**; es la prueba de que Dios *sí* juzga y castiga el pecado (Ro 3:25-26). La resurrección nos dice que habrá un juicio para todos aquellos cuyo pecado no haya sido castigado en la muerte del Señor Jesús; la resurrección es la prueba de que Dios *juzgará y castigará* el pecado (Hch 17:31).

La muerte y la resurrección de Cristo cambian, en lo fundamental, nuestra actitud hacia nuestros enemigos. Queremos ver que se haga justicia y sabemos que se hará, pero no por nosotros (por supuesto, los creyentes del Antiguo Testamento solo podían tener una visión mucho más débil que esta). Podemos sentir nostalgia por eso, mientras todavía oramos por nuestros enemigos y los bendecimos. *Por* la cruz podemos tener la actitud que Jesús tuvo *en* la cruz, mientras veía a los que lo estaban matando y exclamaba: “Padre, perdónalos” (Lc 23:34).

Preguntas para reflexionar

1. ¿De qué manera es una lección de ánimo y humildad saber que Dios obra por medio de personas imperfectas?
2. ¿Qué pasa si solo tenemos en nuestra vida una perspectiva como la de Jueces 4? ¿Qué diferencia haría para ti si siempre mantuvieras tanto la perspectiva de Jueces 4 como la de Jueces 5?
3. ¿Hay áreas en las que necesitas dejarle la justicia a Dios y poner manos a la obra para amar a tus enemigos, bendecirlos y orar por tus ellos? ¿Cómo usarías la cruz para liberarte a hacer esto?

JUECES 6 V 1-40

5. GEDEÓN: EL DÉBIL GUERRERO PODEROSO

“Los hijos de Israel hicieron lo malo ante los ojos de Jehová” (v 1 RV60). Ahora nos estamos familiarizando hasta el cansancio con el inicio de otro “ciclo de Jueces” cuando el pueblo de Dios deja de recordar de corazón quién es Él y qué ha hecho y se vuelven a adorar a los ídolos (que es lo que quiere decir “hacer lo malo”). Esta vez el ciclo ocupará tres capítulos, tanto en el libro de Jueces como en este libro. Ya que las etapas esenciales del ciclo ahora nos son familiares, la narrativa nos alienta a examinar los detalles particulares de este ciclo y cualquier diferencia que haya en él.

El sermón antes de la salvación

Esta vez, Dios “los entregó en manos de los madianitas” (v 1). Es la peor opresión hasta ahora; los israelitas son forzados a dejar sus hogares y “se hicieron escondites” en las montañas y en las cuevas (v 2). Los madianitas no estaban interesados en el control político, sino más bien en la explotación económica, saqueando a la tierra de sus cosechas (v 3). “No dejaban en Israel nada con vida” (v 4); el pueblo se estaba muriendo de hambre y la tierra estaba devastada (v 5). Con el tiempo, “era tal la miseria de los israelitas por causa de los madianitas, que clamaron al Señor pidiendo ayuda” (v 6).

Hasta aquí, aunque más opresivo, el ciclo está siguiendo su curso normal. Ahora esperamos que Dios levante a un liberador, un juez (como en 3:9, 15; 4:4, 6-7). Pero en cambio, “cuando los israelitas clamaron al Señor a causa de los madianitas, el Señor les envió un profeta” (6:7-8). La primera respuesta de Dios al clamor del pueblo *no* es mandar un salvador o la salvación, sino ¡darles un sermón! Antes de que puedan valorar el rescate que vendrá, el pueblo tiene que entender por qué razón necesita el rescate. El profeta llega y los ayuda a entender por qué causa están sumidos en ese problema. Quiere que entiendan a dónde los ha llevado su idolatría –su pecado.

La naturaleza del sermón muestra que Dios está tratando de convencer al pueblo de su pecado para que ellos verdaderamente se arrepientan, lo que sugiere que el “clamaron” de los **versículos 6-7** no es una señal de un verdadero arrepentimiento. Su historia, después de la

muerte de Otoniel, Aod y Débora, es una fuerte evidencia de que su dolor era superficial y no de corazón. Así que Dios les recuerda dos cosas: lo que Él ha hecho y lo que ellos han hecho. ¿Qué ha hecho Él? *Yo los saqué de Egipto, liberándolos de la esclavitud. Los saqué de toda opresión y les di esta tierra cuando expulsé a sus enemigos. En repetidas ocasiones les recordé que Yo soy el Señor y que Yo soy su Dios quien demanda y se merece su obediencia exclusiva. Y por esta razón les dije que no adoraran otros “dioses” (v 8-10). ¿Qué ha hecho Israel? “Ustedes no me obedecieron” (v 10).*

Dios les envía al profeta para probar la culpabilidad del pecado *antes* de que Él les envíe al juez para rescatarlos de la opresión, pues el pueblo está apesadumbrado pero no arrepentido. La Biblia hace una clara distinción entre la tristeza y el arrepentimiento: “La tristeza que proviene de Dios produce el arrepentimiento que lleva a la salvación, de la cual no hay que arrepentirse, mientras que la tristeza del mundo produce la muerte” (2Co 7:10). Ambos se caracterizan por una tristeza muy profunda y una aflicción, pero son completamente diferentes. La primera, la tristeza “del mundo” o pesar no produce ningún cambio real, mientras que el arrepentimiento sí. ¿Por qué? El pesar es la tristeza por las consecuencias de un pecado pero no por el pecado en sí. Si no hubiera consecuencia, no habría tristeza. No hay tristeza por el pecado por lo que este es en sí mismo, por la manera en que entristece a Dios y afecta nuestra relación con Él. Todo el enfoque es horizontal (“del mundo”), no vertical (interesado en cómo afecta la relación con Dios). Por lo tanto, tan pronto como las consecuencias desaparecen, el comportamiento regresa. El corazón no ha producido repugnancia por el pecado mismo;

por esta razón el pecado permanece enraizado.

La segunda, la tristeza “del mundo” se queda apesadumbrada mientras que el arrepentimiento quita todo el pesar acerca del pasado. ¿Por qué? El verdadero arrepentimiento se enfoca en el único resultado real y permanente del pecado: la “pérdida” del Señor. El arrepentimiento siempre nos capacita más para aceptar y “superar” las cosas que sucedieron. Cuando nos damos cuenta que Dios nos ha perdonado y que no lo hemos “perdido”, sentimos que los resultados terrenales son más bien pequeños en comparación. Decimos: *Me merezco algo mucho peor de lo que ha pasado. El castigo verdadero cayó sobre Jesús y nunca caerá sobre mí.*

Después del verdadero arrepentimiento y de la restauración con Dios, no nos odiamos a nosotros mismos ni odiamos nuestras vidas. Cuando alguien está inconsolable, quiere decir que ha hecho de otra cosa, que no es Dios, su dios y salvador verdadero (por ejemplo: el dinero, los amigos, la carrera, la familia). Es un ídolo, y su pérdida, por lo tanto, es imposible de sanar si no se **repudia** como un ídolo.

Todo el pesar se trata de “nosotros”: cómo me están lastimando, cómo se está arruinando mi vida, cómo se está rompiendo mi corazón; pero el arrepentimiento es todo acerca de Dios: cómo Él ha sido entristecido, cómo Su naturaleza como Creador y Redentor está siendo pisoteada, de qué manera se están trivializando Sus repetidas acciones salvíficas y cómo se están usando de manera manipuladora.

¿Qué podemos aprender de esto? ¡Muchas cosas! La más importante, para verificar de qué estamos arrepentidos: ¿de las consecuencias del

pecado en nuestras vidas o del pecado mismo?; ¿de la pérdida del placer que el ídolo nos ofrecía o del daño a nuestra relación con Dios? Estas son otras dos implicaciones:

- Tenemos que escuchar la palabra de Dios. Es interesante que el pueblo clamó por un milagro dramático y Dios les envió un sermón, una exposición de la palabra de Dios. No hay que rehuir del estudio de la Biblia. Ahí es donde aprendemos quiénes somos; ese es el medio a través del cual Dios trae el avivamiento espiritual a nuestras vidas.
- Tenemos que discernir en nosotros la diferencia entre los errores que cometemos en el camino hacia el crecimiento de la madurez cristiana, y el quedarnos “atascados” (como un patrón de errores que se repiten, lo cual señala que no hay un progreso verdadero). Si continuamente estás cayendo en el mismo hoyo espiritual, y tus caídas no están disminuyendo en número o intensidad, entonces puede que estés respondiendo con pesar en vez de responder con arrepentimiento. En otras palabras, simplemente puedes estar apesadumbrado por los problemas que tu pecado ha traído, pero no dispuesto a identificar y rechazar el ídolo que yace debajo del pecado que todavía te es atractivo. El gran problema aquí es que muchas veces, por nosotros mismos, no podemos tener una buena perspectiva en nuestros corazones. Muchas personas que están progresando sienten que no lo están, y muchos que no progresan niegan esta realidad. Es por esta razón por la que necesitamos varios amigos cristianos y líderes cristianos fuertes que nos ayuden

a ver la diferencia.

La gracia antes que el arrepentimiento

¿Responde Israel arrepintiéndose? ¡No hay señal de esto! Jueces **6:11** no nos habla del arrepentimiento de corazón del pueblo, de que hayan quemado sus ídolos, etc. En cambio, “el Ángel del Señor vino y se sentó [... donde] Gedeón estaba **trillando** trigo en un lagar, para protegerlo de los madianitas” (un pequeño detalle que describe de manera fantástica el nivel de temor bajo el cual están trabajando los israelitas). Dios está comisionando a Su juez, aunque el pueblo no se ha arrepentido. Dios no espera a que nos arrepintamos para que Él comience a salvarnos: “Cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros” (Ro 5:8). Dios no comienza a salvarnos porque nos arrepentimos. Nosotros nos arrepentimos *porque* Él ha comenzado Su obra de salvación en nosotros por medio de la obra externa de Su Hijo y la obra interna de Su Espíritu.

Estos versículos nos muestran la maravillosa verdad de que Dios es más justo y más misericordioso que nosotros. Él responde a un clamor por ayuda enviando a un profeta para hablarles acerca de su pecado, para explicarles por qué están sumidos en el lío en el que están. Esta parece una respuesta mucho más severa que la que nosotros le daríamos a alguien que estuviera implorando misericordia. Por supuesto, si vemos que alguien cae al río una y otra vez, ¿sería un acto de amor hablarle y hacerle ver su necesidad de caminar por la orilla! Pero Dios se pone en camino de reclutar y preparar a Su libertador incluso cuando no hay evidencia de un arrepentimiento verdadero. Esta es una respuesta mucho más misericordiosa de la que nosotros le daríamos a alguien que

continuamente nos lastima y no muestra señales de querer dejar de hacerlo.

Dios nunca comprometerá Su santidad ni Su gracia. Sin embargo muchas veces enfatizamos una a expensas de la otra (*Dios nunca me aceptaría a mí / a ellos después de hacer eso; o, Dios es puro amor y acepta a cualquiera sin importar nada más*). O a veces, en nuestra experiencia, vacilamos entre la una y la otra varias veces durante el día. La manera de mantenerlas unidas y valorarlas a ambas (es decir, tanto los estándares perfectos de Dios como Su compasión infinita) es entender de manera más profunda la cruz de Cristo, donde ambas se encuentran cara a cara de forma tan gloriosa.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Hay cosas en tu pasado o en tu presente por las cuales te sientes apesadumbrado pero no arrepentido? ¿Te arrepentirás?
2. ¿Hay alguna área en tu vida en la que estás clamando por salvación, pero en realidad Dios primero te está indicando que escuches alguna clase de sermón?
3. ¿De qué manera el saber que Dios está actuando con gracia, incluso antes de que nos volvamos a Él, te motiva para arrepentirte y escucharlo?

PARTE DOS

El resto del capítulo 6 consiste en tres partes: una conversación entre Gedeón y el Ángel del Señor, la construcción y destrucción de dos altares, y una conversación entre Gedeón y Dios.

Si Dios está con nosotros, ¿por qué...?

La primera conversación tiene que ver con dos comprensiones diferentes del problema de Israel y de la habilidad de Gedeón.

En respuesta a la confianza inicial del Ángel: “El Señor está contigo” (Jue **6:12**), Gedeón sugiere que no lo está. Su argumento es: *Sin duda Dios no está con nosotros porque Él nos ha puesto en las manos de los madianitas en vez de rescatarnos como lo hizo con nuestros antepasados*. Por supuesto, nosotros (los lectores) sabemos que Dios los puso en las manos de los madianitas porque Él *no* los había abandonado y, de esta manera, estaba obrando en sus circunstancias para mostrarles la pobreza de la idolatría y para provocarlos a que clamaran a Él en arrepentimiento para que los rescatara. El punto de Dios ya ha sido presentado, en los versículos 9-10, por medio de Su profeta: *Yo no los he abandonado a ustedes, sino que ustedes me han abandonado a Mí*. Ahora, en respuesta a la sugerencia implícita de Gedeón de que necesitan un libertador estilo Egipto, otro Moisés, Dios dice: *Tú eres la salvación que Yo estoy enviando. Tú eres mi guerrero valiente (v 12). Tú eres el Moisés para esta generación de Mi pueblo*.

¡Qué fácil es que nosotros cometamos los dos errores de Gedeón! Primero, tendemos a ver nuestros problemas como una evidencia de que Dios nos ha abandonado, en vez de preguntar cómo Dios está obrando en ellos y por medio de ellos para nuestro bien como Él lo promete (Ro 8:28). Segundo, con frecuencia esperamos que Dios haga algo *por* nosotros o *para* nosotros, o nos preguntamos por qué Él no usa a alguien para traer ayuda. En esencia decimos: *Señor, ¿por qué no quitas este*

problema? en vez de decir: *Señor, por favor, hazme la persona que pueda tratar con este problema.*

De esta manera Dios le dice a Gedeón que él es aquel que está siendo enviado a “salvar a Israel del poder de Madián. Yo soy quien te envía” (Jue **6:14**). Esto provoca el segundo “desacuerdo”. Gedeón objeta que él es “el más insignificante de mi familia” (**v 15**): él es, económica y socialmente, el miembro más pobre del clan más débil de una tribu israelita que no es prominente. “¿Cómo va a salvar a Israel?” (**v 15**).

Sin embargo, el Ángel ya ha llamado de una forma muy directa a Gedeón un “guerrero valiente” (**v 12**). ¿Por qué? ¡Gedeón es la clase de hombre que se esconde con miedo en un lagar a trillar trigo! Algunos piensan que Dios se está burlando de Gedeón; ¡es poco probable que estar en cuclillas en ese lagar sea la forma en que actúa un guerrero intrépido! Otros sugieren que Gedeón está siendo deliberadamente modesto (*¿Quién? ¿Yo? ¡No, yo no podría!*) o que simplemente no se ha dado cuenta cuánto potencial tiene.

Pero todo esto deja de tomar en serio el poder de Dios y Su palabra. Si Dios dice que Gedeón es un guerrero valiente, entonces lo es. Él debe usar sus propias habilidades (**v 14**). Pero el potencial de Gedeón (se percate de él o no) no es suficiente por sí solo. Tiene que combinarse con el conocimiento de que “Yo soy quien te envía [...] Yo estaré contigo” (**v 14, 16**). Gedeón está en lo correcto al sugerir que él no puede salvar a Israel con su propia fuerza. Dios está en lo correcto al decirle que salvará a Israel usando su propia fuerza, aunada con el hecho de saber que Dios lo ha llamado a esta tarea y está con él. Como el pueblo de Dios el día de

hoy, necesitamos la misma actitud en las áreas de servicio a las que Dios nos ha llamado.

El Ángel del Señor: ¿quién es?

Bien vale la pena hacer una pausa aquí para preguntarnos: ¿Quién es, exactamente, el Ángel del Señor? Encontramos varias veces al Ángel en Jueces (2:1-3; 13:3-21 y aquí) y a lo largo del Antiguo Testamento (por ejemplo: Génesis 18; Éxodo 3; 34; Josué 5:13-15). En apariencia física el Ángel del Señor no parece haber sido tan sobrecogedor. No es sino hasta el milagro de Jueces **6:21** que Gedeón está seguro que esta es una figura divina. Por lo tanto tiene una apariencia muy humana. Pero hay un misterio y una “tensión” considerables en todas las descripciones bíblicas de quién es el Ángel.

Por un lado, se nos dice que “el Ángel [...] dijo” (**v 12, 20**); pero también se nos dice que “el Señor dijo” (**v 14, 16, 18**). ¿Quizá el Ángel es un canal de comunicación, una especie de altavoz telefónico divino?! Pero después pasamos al **versículo 14**: “El Señor lo encaró y le dijo [...]”.

Esto es sorprendente (¡y confuso!). Esta figura es el Ángel del Señor y, no obstante, también es el Señor. ¿Qué quiere decir esto? Este es uno de los misterios del Antiguo Testamento que es imposible de entender sin el Nuevo. Si hay un Dios, ¿cómo puede estar en el cielo si ha *enviado* esta figura visible y al mismo tiempo *ser* la figura visible? Si esta figura solo era Dios en forma humana, ¿por qué no solo dice que Él es el Señor en vez de decir también que es uno enviado por el Señor? (La palabra “ángel” significa mensajero).

La única explicación que tiene sentido es que aquí tenemos una señal de que nuestro único Dios es, no obstante, múltiples personas. Tenemos

una pista profunda de la **Trinidad**. Existe una buena razón para ver esta figura como Dios Hijo. Su interés, incluso en ese tiempo, era traer salvación y paz a Su pueblo.

Dos altares

La evidencia final de que el Ángel del Señor sea una persona divina no creada es la reacción de Gedeón ante Él. En el **versículo 16**, es “el Señor” el que “contestó”. Y “respondió Gedeón” queriendo una señal de que “en realidad eres Tú”, realmente Dios mismo (**v 17**). Él quiere que Dios lo deje que “traiga mi ofrenda y la ponga ante Ti” (**v 18-20**); y después el Ángel la quema y desaparece (**v 21**).

Gedeón ahora sabe con certeza con quién ha estado hablando exactamente: “¡Ay de mí, Señor y Dios! ¡He visto al Ángel del Señor cara a cara!” (**v 22**). Al ver al Ángel, ha visto a Dios mismo, y Dios lo tiene que tranquilizar asegurándole que no morirá (**v 23**).

La respuesta de Gedeón es de enorme gratitud. Él sabe que debió haber muerto por haber visto la faz del Dios santo (ver Éxodo 33:20). Pero él también sabe que de alguna manera Dios ha provisto la gracia para que él pueda estar en paz con Él. “Entonces Gedeón construyó allí un altar al Señor, y lo llamó El Señor es la Paz” (Jue **6.24**). Ya no cree que Dios ha abandonado a Su pueblo a la opresión, sino que sabe que Dios está con Su pueblo para darles paz cuando lo adoren.

Gedeón construyó un altar al Dios verdadero que salva; ahora debe derribar uno usado para servir a un dios falso, reemplazándolo con uno dedicado al Señor (**v 25-26**). Este altar pertenece a *su propio padre*.

No es sorpresa que Joás tenga un altar y un poste dedicado a la adoración de las **deidades** cananeas. Al mismo tiempo que, sin duda, les había enseñado a sus hijos acerca del éxodo de Egipto y del Señor que

había rescatado a sus antepasados (**v 13**), él también había escogido servir a Baal y a Aserá (**v 25**). Los israelitas no habían *abandonado* la adoración a Dios *por* los ídolos. Habían *combinado* la adoración a Dios *con* los ídolos. Formalmente adoraban a Dios pero de hecho sus vidas giraban alrededor de los ídolos de la agricultura (si eran agricultores) o de los ídolos del comercio (si estaban en los negocios) o de los ídolos del sexo y la belleza, etc. Aquí vale la pena citar extensivamente a Miguel Wilcock:

“Los dioses no han cambiado porque la naturaleza humana no ha cambiado, y estos son los dioses que la humanidad con regularidad recrea para sí misma. ¿Qué quiere? Si su deseo es modesto –seguridad, comodidad y placer razonable; si es ambicioso –poder, riqueza y autoindulgencia desenfrenada. En cada época existen fuerzas trabajando que prometen cumplir nuestros deseos, ya sean programas políticos, teorías económicas, opciones de carreras, filosofías, opciones de estilos de vida, programas de entretenimiento, teniendo todos una característica en común: prometen que pueden hacer mejores nuestras vidas de lo que nosotros mismos podemos. Sin embargo, al mismo tiempo, dan la apariencia de ser susceptibles a que los manipulemos de tal manera que podamos obtener lo que queramos sin perder nuestra independencia... aquí está el enemigo entre nosotros. Decimos que adoramos al Señor... pero el mundo ha entrado poco a poco en nuestro corazón y lo controla”.

(*El Mensaje de Jueces*, pp. 80-81)

Antes de que puedan deshacerse de los enemigos a su alrededor (los madianitas), tienen que deshacerse de los enemigos entre ellos (los ídolos falsos de Canaán). Este es siempre el modo principal en que obtenemos el avivamiento en nuestras vidas. Dios no nos sacará de un apuro de entre nuestros problemas que son obvios y visibles (problemas de dinero, problemas en las relaciones, etc.) hasta que veamos los ídolos que estamos adorando justo a la par con el Señor. Primero tienen que ser erradicados.

En esencia a Gedeón se le está diciendo aquí que haga de Dios el Señor de cada área de su vida. No debemos agregar nada a Jesucristo como un requisito para ser felices. No debemos usar a Dios para obtener lo que realmente queremos, sino que debemos ver y hacer de Dios lo único que realmente queremos.

Gedeón comienza a hacer una alianza con su fuerza y con la presencia del Señor, “e hizo lo que el Señor le había ordenado”, aunque de noche (**v 27**). La reacción es veloz y pareciera como si el fin de Gedeón también lo fuera (**28-30**). Pero Joás salió en defensa de su hijo; Baal, si es un ser divino, podrá defenderse por sí solo (**v 31**). Al darle el apodo de “que Baal se defienda contra él” (**v 32**), los aldeanos, sin darse cuenta, señalan la lucha fundamental que continuamente se repite en Israel: la elección entre seguir al libertador y líder escogido por Dios, o seguir a los dioses falsos de las naciones a su alrededor. El Señor contendrá con Baal por los corazones del pueblo, cuando el juez del Señor, que está lleno del Espíritu, contienda con los “pueblos del oriente” que adoran ídolos (**v 33-35**).

Los famosos vellones

Todavía Gedeón está inseguro del llamado de Dios y de Su promesa (**v 36**). Así que él coloca afuera un vellón y le pide a Dios que confirme Sus planes haciendo que este se moje y el suelo quede seco (**v 37**), y después le pide a Dios que reconfirme esto poniendo al revés la petición (**v 39**). Dios contesta ambas peticiones (**v 38, 40**). Muchas personas han criticado a Gedeón por esta acción. Si, como quiera que sea, fue tan mala y pecaminosa, ¿por qué respondió Dios? Otras han imitado a Gedeón en esta acción. Dicen: *Señor, si Tú quieres que tome este trabajo, haz que reciba una llamada telefónica de ellos hoy.*

Pero debemos tener cuidado. Cuando Satanás le pidió a Jesús que “probara” a Dios pidiendo una “señal”, Jesús lo reprendió (Mt 4:5-7). Así que, ¿qué está pasando aquí?

Gedeón, de una manera muy específica, le estaba pidiendo a Dios que le mostrara que Él no era una de las fuerzas de la naturaleza (como los otros dioses), sino que era soberano sobre las fuerzas de la naturaleza. Gedeón, entonces, no estaba buscando “pequeñas señales” para ayudarlo a tomar una decisión. Realmente estaba buscando entender la naturaleza de Dios. Tenemos que recordar que él no tenía la Biblia ni muchos de los “medios de gracia” que nosotros tenemos ahora (la Palabra, el bautizo y la Cena del Señor, la comunión cristiana). Se está refiriendo, de manera muy específica, a las áreas donde su fe era débil y estaba mal informada.

No podemos usar esto como una justificación para pedir pequeñas

señales y señas. Gedeón no estaba haciendo eso; estaba pidiendo la revelación sobrenatural de Dios para que le mostrara quién realmente es Él. Esto, por lo tanto, no se trata de cómo tomar una decisión, sino de cómo tenemos que pedirle a Dios que nos dé la gran perspectiva de quién es Él. Viviendo en el periodo de la historia en el que vivimos, tenemos la ventaja sobre Gedeón de conocer a Jesucristo, el Hijo de Dios, tal como Él se revela en Su palabra: “Dios, que muchas veces y de varias maneras habló a nuestros antepasados en otras épocas [incluyendo la época de Gedeón] por medio de los profetas, en estos días finales nos ha hablado por medio de Su Hijo” (Heb 1:1-2).

La petición de Gedeón solicitaba ayuda para fortalecer su fe. Dios, en Su gracia, respondió (¡dos veces!). Cuando nosotros hacemos la misma petición, Dios, en Su gracia, nos responde al llevarnos a la revelación plena y final de Su carácter y propósitos: el Señor Jesús. Cuando nosotros nos encontremos dudando de las promesas de Dios o de Su presencia, tal como Gedeón dudó, podemos pedirle que nos lleve de nuevo ante Su Hijo: “Creo; ayuda mi incredulidad” (Mr 9:24 RV60). Esto es lo que Gedeón necesitaba y recibió. Dios hará lo mismo por nosotros.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Qué problemas estás enfrentando? ¿Los verás como problemas que tienen que ser quitados o como posibles formas en las que Dios te haga cambiar y madurar?
2. ¿Cuáles son los dioses falsos que te están exigiendo que los adores al lado del único Dios verdadero?
3. ¿Hay áreas en tu vida donde tengas que pedirle a Dios que te guíe hacia Su Hijo para que puedas confiar de una forma más plena en Sus promesas?

JUECES 7 V 1-25

6. GEDEÓN: EL TRIUNFO EN LA DEBILIDAD

La jactancia (instar a otros y a nuestros propios corazones a darnos la gloria) se opone a la fe verdadera y la minimiza. La soberbia (estar hambrientos de honor y gloria) es prima de la jactancia. Y antes de que Gedeón, investido del Espíritu y escogido por Dios para guiar y salvar a Israel, vaya a la batalla, Dios quiere enseñarle a él y al resto de Su pueblo quién se merece la gloria por la salvación. Es una lección que hoy tenemos que aprender continuamente como pueblo de Dios.

Necesitas menos hombres

Los dos ejércitos (los hombres de Gedeón y los madianitas que han aterrorizado a Israel durante siete años, 6:1) están acampados el uno al lado del otro (**7:1**). La batalla se acerca, y hasta ahora damos por sentado que Israel necesitará a cada hombre si es que el enemigo ha de ser derrotado.

Y sin embargo Dios quiere que Gedeón tenga menos hombres, ¡no más! “Tienes demasiada gente para que Yo entregue a Madián en sus manos” (**v 2**). ¡Este consejo no se incluye en ningún manual militar! ¿Por qué quiere reducir la fuerza del ejército?

“A fin de que Israel no vaya a jactarse contra Mí y diga que su propia fortaleza lo ha librado” (**v 2**). El pueblo de Dios o alabará a Dios por esta victoria o se alabará a sí mismo (se jactará). Gedeón le dará el honor o a Su Señor o lo buscará para él mismo. La naturaleza humana es tal que, si existe la más pequeña oportunidad de jactarse en nuestro propio trabajo, lo haremos. Observa que Dios dice que cualquiera de tales jactancias es “contra Mí”. Tan pronto como comenzamos a creer que merecemos el mérito por rescatarnos o liberarnos, le quitamos a Dios la gloria que Él merece. Nos colocamos como salvadores alternativos. Este es el mayor peligro espiritual que existe: que podamos creer que somos capaces de salvarnos, o que nos hemos salvado. La lección que siempre necesitamos aprender es que la salvación es por la acción misericordiosa de Dios, y no porque nosotros la ganemos con nuestras acciones.

Dios no reduce el tamaño del ejército solo para que Él pueda obrar

por medio de ellos para ganar la victoria. Él puede obtener la victoria por medio de un hombre (como lo hará por medio de Sansón) o por medio de miles (como lo hizo por medio de los ejércitos de Débora y Barac). Dios reduce el número de los soldados porque Él sabe que los hombres son “demasiados” para que Israel vea, sin duda, hacia dónde debe dirigir la alabanza y la gloria por la victoria que vendrá.

Entonces Dios le dice a Gedeón dos maneras para disminuir el número de los que pelean con él. El primer grupo enviado a casa son los que “estén temblando de miedo” (**v 3**). Estos fueron 22,000 de los 32,000 hombres; ¡más de dos tercios! Estas fueron personas que fueron capaces de admitir públicamente que no tenían corazón para la batalla. Gedeón empleó un buen dispositivo psicológico de selección cuando, en obediencia a Dios, ofreció liberar a cualquiera que tuviera miedo para pelear. Sin duda había muchos que estaban muy asustados pero que no estaban dispuestos a admitirlo. Los que estaban dispuestos a admitir su temor en público tenían mucha más probabilidad de retroceder en la batalla.

La razón por la que fue bueno enviarlos a casa es una razón práctica. El miedo es contagioso, tal como lo podemos ver muchas veces en Jueces. Cuando cualquier grupo importante de soldados entra en pánico y huye, puede restar fuerza a la determinación de todos los demás y llevar a una derrota. Aunque seguramente era desalentador perder estos números, era muy práctico dejarlos ir. Este movimiento tenía que ver con el estado de ánimo del ejército. Aquí el mandato de Dios y la lógica humana se alinean.

Pero ese no es el caso con el segundo grupo, el cual es enviado a casa por razones mucho más oscuras. “Todavía hay demasiada gente” (v 4), le dice el Señor a Gedeón. Él debe hacerlos “bajar al agua, y allí los seleccionaré por ti” (v 4). Gedeón debe seguir completamente la selección de Dios. Una vez más Gedeón obedece separando a los 9,700 que se arrodillaron para beber con sus bocas en el agua de los 300 que usaron sus manos para llevar el agua a su boca (v 5-6).

Son solo los 300 que lamieron los que han de permanecer. Con estos pocos hombres “Yo los salvaré; y entregaré a los madianitas en tus manos” (v 7). “Entonces Gedeón mandó a los demás israelitas a sus carpas, pero retuvo a los trescientos” (v 8). Había comenzado el día con 32,000 hombres a sus espaldas. Ahora hay 300, ¡una reducción de más del 99%! Observa qué gran fe muestra Gedeón en los versículos 3-8 al confiar en Dios y no en los números. Esta es la fe por la cual él es elogiado en Hebreos 11:32-34: “Me faltaría tiempo para hablar [por completo] de Gedeón, [quien] por la fe conquistó reinos [...] sacó fuerzas de flaqueza; se mostró valiente en la guerra y puso en fuga a ejércitos extranjeros”.

Muchos han discrepado sobre por qué Dios puso la prueba de “la forma de beber”. Es típico que las personas concluyan que los 300 estaban siendo más alertas y vigilantes. Con frecuencia se supone que tenían bien cogidas sus armas y se mantuvieron de pie mientras los demás bebían de tal manera que quedaban indefensos. Pero eso es una exageración. El texto no dice nada acerca de quedarse con las armas. La primera reducción pudo haber tratado de la calidad de los hombres

guerreros; la segunda, no.

Lo que el texto sí dice, por supuesto, se encuentra en Jueces **7:2** que, en última instancia, ambas reducciones se hicieron “a fin de que Israel no vaya a jactarse contra Mí y diga que su propia fortaleza lo ha librado”. Gedeón debe mirar hacia atrás y pensar: *Esta victoria fue de Dios, no mía. Mi única parte fue confiar en Él y obedecerlo. La gloria es Suya y el privilegio es mío.* Y de igual manera los 300 hombres deben decir después de la batalla: *Era imposible que nosotros ganáramos, pocos como éramos; esta victoria tiene que haber sido dada por Dios. La gloria es Suya y el privilegio es nuestro porque Dios nos permitió ser parte de lo que Él estaba haciendo.* Y el resto de Israel debe pensar: *¡Ni siquiera estuve ahí! Dios me rescató sin que yo hiciera nada. ¡Alabado sea Él!*

Otra vez vemos el principio sobre la salvación que continuamente aparece en Jueces y en el resto de la Biblia. Dios no salva a través de medios esperados o a través de la fuerza. La mayoría de los jueces son inverosímiles y las victorias desafían la lógica del mundo. Gedeón es un hombre que proviene de una familia débil de una tribu débil, y debe enfrentar a los madianitas solo con un puñado de hombres.

Mi debilidad, Su fortaleza

Otra forma de expresar este principio se encuentra en 2 Corintios 12:7-9. Pablo ha sido privilegiado con una visión del cielo (v 2-6) y sin embargo ha sufrido por lo que él llama “una espina [que] me fue clavada en el cuerpo, es decir, un mensajero de Satanás, para que me atormentara” (v 7). Pablo le ha “rogado al Señor que me la quitara”; pero ha sucedido lo contrario: le ha quitado a Pablo su salud física al dejarle esta “espina”. ¿Por qué? “Para evitar que me volviera presumido”, para que no tuviera hambre de su propio honor, jactándose en su propia fuerza. En cambio, él aprende lo que Dios quiere que Gedeón aprenda: “Te basta con Mi gracia, pues Mi poder se perfecciona [es decir, se revela con mayor claridad] en la debilidad” (v 9).

La respuesta de Pablo es una de absoluta confianza, una respuesta de humildad, opuesta a la soberbia: “Por lo tanto, gustosamente haré más bien alarde de mis debilidades, para que permanezca sobre mí el poder de Cristo [...] cuando soy débil, entonces soy fuerte” (v 9-10). En otras palabras, Pablo dice: *Vean qué débil soy. Todo lo que ha sido logrado ha sido logrado por Dios. ¡Vean qué fuerte es Él para poder obrar por medio de mí! ¡Alabado sea Él!*

Dios no solo obra *a pesar* de nuestra debilidad, sino *por causa* de ella. Él dice que Su poder salvador no obra cuando somos fuertes o pensamos que somos fuertes, sino, más bien, cuando somos débiles y sabemos que lo somos.

¿Cómo opera esto en la práctica? En primer lugar, este principio es la

base para la salvación misma. No podemos ser salvados si pensamos que somos buenos o capaces. El poder salvador de Dios solo obra en nosotros cuando admitimos que no tenemos ningún mérito o que no hay nada bueno en nosotros.

En segundo lugar, este principio explica cómo funciona el arrepentimiento. **Paradójicamente**, es solo cuando nos arrepentimos y nos entristecemos por nuestros fracasos ante Dios (solo cuando conocemos nuestras propias debilidades) que este amor y gracia se vuelven más preciosos y reales para nosotros. Si alguien te dice: *Pagué una de tus cuentas mensuales*, no sabes qué tan contento estar hasta que escuchas qué tan grande era la cuenta. Entre más comprendas qué tan grandes son tus deudas, mayor será tu alegría por su pago. Así que es solo cuando vemos nuestra debilidad que nos llega la fuerza de conocer la gracia y el amor de Dios. Como lo señaló el Señor Jesús, alguien que piensa que hay poco en él para perdonar, tendrá poco amor por su Perdonador (Lc 7:47).

En tercer lugar, este principio explica cómo, casi siempre, crecemos como cristianos. Nuestros problemas llegan porque las cosas buenas se han vuelto demasiado importantes para nosotros. La ira, el temor o el desaliento llegan por causa de los “ídolos”. Las cosas buenas se han vuelto cosas que sentimos (a nivel emocional) que realmente nos salvarán y nos darán valor. Es solo cuando estas cosas se ven amenazadas o son quitadas que nos volvemos y encontramos nuestra seguridad y sentido en el Señor. Esto nos hace personas estables y profundas. Este principio se refleja perfectamente en esta historia.

Gedeón y todo Israel iban a estar tentados a poner su confianza en sus guerreros, pero Dios quita a prácticamente todos los guerreros para que la victoria los lleve a confiar en Dios de nuevas maneras. Mientras se preparan para la batalla contra las hordas madianitas y ven a su alrededor a los otros 300 hombres, ¡seguramente se sentirán extremadamente débiles! ¿Cómo irán a la batalla? Solo si saben que ellos son débiles, pero que Dios es más fuerte que el más grande ejército.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Has vivido momentos donde Dios te ha debilitado para que puedas ver con mayor claridad que Él es quien salva? ¿De qué forma te conmueve esto para que lo alabes?
2. ¿Has vivido momentos donde Dios te ha debilitado y después ha obrado *por medio de* tu debilidad? ¿De qué forma te conmueve esto para que lo alabes?
3. ¿Con qué frecuencia pasas tiempo apreciando la gravedad de tu pecado para que puedas apreciar más completamente el perdón de Dios? ¿Cómo te lleva esto a amar más a tu Perdonador?

PARTE DOS

El pan de cebada

¿Seguro que ahora es el momento en que los 300 irán a la batalla?! No precisamente. Dios una vez más le habla a Gedeón, pero esta vez el propósito no es quitar su potencial para jactarse en sí mismo, sino para darle la seguridad de la victoria.

De nuevo Dios le dice a Gedeón: “Voy a entregar en tus manos a los madianitas” (Jue **7:9**). Pero, con una maravillosa consideración, el Rey del universo dice: “Si temes atacar, baja primero al campamento [...] y escucha lo que digan. Después de eso cobrarás valor para atacar” (**v 10-11**).

A primera vista, ¡esto lo aterra! Los madianitas y sus aliados son “numerosos como **langostas**”. Y sus camellos (las bestias que han usado para subyugar a Israel) “eran incontables, como la arena a la orilla del mar” (**v 12**). ¿De qué manera esto alentará a Gedeón para que ataque con 300 hombres?!

Porque Dios lo ha enviado al campamento “precisamente en el momento en que un hombre le contaba su sueño a un amigo” (**v 13**), en el que un pan de cebada golpeó una tienda madianita con tal fuerza que se vino abajo. Esto es, por supuesto, muy poco probable. Nadie se preocuparía de que una barra de pan pudiera derribar su tienda; de igual modo, los madianitas no estarían muy preocupados por los 37,000 hombres de una nación que habían aterrorizado por ocho años. No obstante, este es el contenido del sueño; y “su amigo le respondió: ‘Esto no significa otra cosa que la espada del israelita Gedeón hijo de Joás.

¡Dios ha entregado en sus manos a los madianitas y a todo el campamento!” (v 14).

Cuando sabemos qué tan débiles somos, debemos recordar que Dios es fuerte. También debemos recordar la verdad de que esas cosas que se oponen a nosotros no son tan fuertes como muchas veces parecen. Satanás *no* nos puede obligar a pecar; el poder de los ídolos se *puede* romper; los que se burlan de nosotros o nos persiguen muchas veces están confundidos y quebrantados a pesar de la confianza que muestran. Dios, de manera misericordiosa, le da a Gedeón la oportunidad de ver esto: que este vasto ejército, “numeroso como langostas”, oculta debajo de su armadura corazones temblorosos. Ellos saben de lo que ahora Gedeón está convencido: “Dios ha entregado en sus manos a los madianitas”.

El Dios que da confianza

La respuesta de Gedeón es adorar a Dios (**v 15**). Dios ha ido adelante de él en todos los sentidos. Lo único que puede hacer es alabarlo. Su confianza en Dios para darle la victoria lo estimula a la acción: “Luego volvió al campamento de Israel y ordenó: ¡Levántense! El Señor ha entregado en manos de ustedes el campamento madianita” (**v 15**).

¿Qué nos dice este incidente acerca de nuestras vidas como cristianos? Primero, que Dios es el gran Confortador. Él es quien toma la iniciativa aquí. Gedeón necesita esta visita al temeroso campamento del enemigo para llevarlo a la adoración, a la confianza y al ataque, pero él no lo había pedido.

Dios se sale de Su camino para tranquilizar a Su pueblo. Todo el libro de 1 Juan, por ejemplo, está escrito para asegurarnos que “sabemos que nosotros le conocemos” (1Jn 2:3 RV60). El Espíritu Santo obra en nosotros para asegurarnos que somos hijos de Dios (Ro 8:16). Un buen esposo le recuerda a su esposa: *Te amo y estoy aquí para ti*, y en especial le da confianza de esto en los tiempos difíciles; nunca le dice: *Ya te dije el día de nuestra boda que estoy comprometido contigo. ¡Deberías saber que te amo!* Si amas a alguien, estás dispuesto a asegurarle tu amor. Y Dios así lo hace.

Observa, sin embargo, que Dios nos puede pedir que corramos riesgos en el camino a la seguridad. Para Gedeón y su siervo ir al campamento enemigo es peligroso. Pero es el lugar donde Dios le da confianza, lo lleva a adorar y lo mueve a la acción. Con frecuencia Dios

nos da lo que necesitamos cuando hacemos lo que Él nos ha pedido que hagamos. Jesús les mandó a Sus discípulos, “vayan y hagan discípulos de todas las naciones” (Mt 28:19) y después prometió: “les aseguro que estaré con ustedes siempre”. Pablo trabajó duro para poder llevar a sus iglesias a la madurez: “Por lo cual también trabajo” escribió, trabajando él mismo mucho y duro, con frecuencia con luchas, y mientras lo hacía encontró toda “la potencia de Él, la cual actúa poderosamente en mí” (Col 1:29 RV60). Quizás no sentimos la seguridad de la presencia de Dios y de Su poder porque nunca corremos riesgos ni llevamos a cabo actos valientes en obediencia a Él. Nunca damos un paso de fe para encontrarlo a Él.

Nosotros, como Gedeón, estamos en una continua necesidad de seguridad. Gedeón no puede mantener su dirección ni energía sin las repetidas lecciones y el sinfín de confirmaciones de la presencia, guía y poder de Dios. Cuando vemos el despliegue de la narrativa (como se despliega un telescopio), la impresión es que Gedeón es muy débil. Necesitó al Ángel para quemar su ofrenda, dos milagrosos episodios con el vellón, el sueño de este madianita y su interpretación ¡antes de que pudiera atacar! Pero si pensamos en nuestra propia historia espiritual, veremos lo mismo. A menudo pensamos: *Nunca más volveré a olvidarme o dudar de Dios*; y después, muy pronto, una vez más nos volvemos indiferentes o nos sentimos ansiosos. ¿Cuántas resoluciones hemos hecho de vivir radicalmente para Dios que no hemos cumplido? No somos diferentes a Gedeón. Casi nunca nos relajamos y confiamos en Él. No importa qué hace Dios por nosotros, nuestros corazones son

bastante obstinados y se nos hace muy difícil confiar y vivir por Sus promesas de una manera gozosa y confiada.

Necesitamos la continua seguridad de Dios y recordar que Él está con nosotros y por nosotros. ¿De qué manera Dios nos da seguridad? Primero, Él nos da confianza por medio de Su palabra: a Gedeón directamente (Jue **7:9-11**); a nosotros por medio de Su Escritura. Cuando leemos Su palabra, y sobre todo Sus promesas, muchas veces hallamos que el Espíritu Santo viene y hace que esas promesas nos sean reales y dulces.

Segundo, a menudo Dios nos da confianza por medio de otras personas. Aquí Dios no le da Su promesa a Gedeón directamente. Más bien, Él se la da por medio de la boca de otro. Es importante contar con amigos cercanos que puedan hacer esto: personas con las que pasamos tiempo y que permitimos que nos alienten en relación a quiénes somos como hijos de Dios y hacia dónde se dirigen nuestras vidas (Heb 10:25).

Tercero, muchas veces Dios nos da confianza por medio de las circunstancias de la vida, como en este caso. En un sentido, lo único que pasa es que Gedeón está en el lugar correcto, en el momento correcto, para escuchar esta conversación. Pero, por supuesto, esta no es una coincidencia. Dios lo ha traído a este lugar con el fin de que escuche estas palabras para que encuentre consuelo.

¿Cómo sabemos que hemos sido consolados? Jueces **7:15** nos lo muestra: cuando hemos sido llevados a la genuina alabanza y adoración a Dios, y a la obediencia radical y confiada en Él.

El guerrero valiente

La confianza recién descubierta por Gedeón lo lleva a la batalla. Se levanta con su plan de guerra, dividiendo a su pequeño ejército en tres grupos y equipándolos con trompetas y antorchas escondidas en cántaros (**v 16**). Al llegar al campamento, en el cambio de guardia (**v 19**), tocan sus trompetas, hacen pedazos sus cántaros para mostrar sus antorchas y gritan (**v 19-20**).

Es un plan brillante. En primer lugar, invalida el tamaño de la disparidad entre los ejércitos. Los israelitas parecen y se oyen mucho más grandes en tamaño de lo que realmente son.

En segundo lugar, invalida la diferencia en fuerza. Hace que los camellos no sean un factor (de hecho, es posible que aumentaron la confusión y el caos en el campamento).

En tercer lugar, toma ventaja del momento en que el enemigo es más débil. Probablemente la noche estaba dividida en tres vigilias de cuatro horas cada una, con un tercio del ejército haciéndose cargo de cada vigilia. En el cambio de guardia, un tercio del ejército estaría caminando de regreso a sus tiendas mientras que otro tercio habría estado durmiendo. De esta manera, cuando los que estaban dormidos escucharon el ruido, salen de sus tiendas a ver su campamento lleno de hombres armados caminando hacia ellos. Dada la oscuridad, era difícil saber que estos hombres eran compañeros madianitas hasta que fue demasiado tarde.

De muchas maneras esta estrategia fue de Gedeón. Después de todo,

él sí es un “guerrero valiente”, justo como Dios lo había dicho (6:12). Pero realmente esta estrategia fue de Dios. Obviamente Gedeón jamás hubiera escogido a 300 de 32,000 hombres si Dios no se lo hubiera dicho. Y Gedeón nunca se hubiera enterado del espíritu de nerviosismo que había entre los numerosos madianitas si Dios no le hubiera dicho que visitara su campamento. Dios nos da dones para que los usemos en Su servicio, tal como el ingenio militar (nunca antes visto) de Gedeón. Pero Él también nos da las circunstancias que nos permiten usar estos dones. Incluso en nuestros éxitos podemos y debemos alabar a Dios por darnos tanto los medios como la oportunidad para tener éxito.

Victoria

El resultado de la batalla es, por supuesto, una conclusión sabida de antemano puesto que Dios ya ha anunciado su resultado (6:16; **7:7**). El plan de Gedeón funciona a la perfección; todo lo que los israelitas tienen que hacer es mantener su posición. “Todos los madianitas salieron corriendo y dando alaridos mientras huían. Al sonar las trescientas trompetas, el Señor hizo que los hombres de todo el campamento se atacaran entre sí con sus espadas. El ejército huyó...” (**v 21-22**). Al final, ¡ni siquiera los trescientos mataron a ningún soldado enemigo! Ninguno de ellos podía regresar a casa cantando lo que había hecho, sino solo lo que el Señor había hecho mientras ellos observaban.

La victoria se completa cuando los madianitas corren perseguidos por Israel (**v 23**) solo para descubrir, cuando llegan a la frontera oriental del país, que Gedeón ha organizado a la tribu de Efraín para hacer una fiesta de bienvenida en el río Jordán (**v 24**).

Hay una maravillosa circularidad en este relato correspondiente a la narrativa de Gedeón. La primera vez lo encontramos protegiéndose de los madianitas en un lagar (6:11). La primera muestra de confianza de que la presencia de Dios estaba con él se llevó a cabo en una roca, cuando el Ángel del Señor quemó su ofrenda. Dios usó a Gedeón para derrotar a los reyes de los enemigos, que ahora son muertos en una roca y en un lagar (**7:25**). ¡Los enemigos del pueblo de Dios realmente no son tan fuertes como parece!

Preguntas para reflexionar

1. ¿De qué manera te alienta recordar hoy que las cosas que se oponen a tu fe y obediencia pueden ser más fuertes que tú pero que no son más fuertes que Dios?
2. ¿De qué formas estás siendo desafiado para dar un paso de fe, encontrando la fuerza de Dios y Su seguridad para hacerlo?
3. ¿Qué dones te ha dado Dios para que lo sirvas? ¿Qué circunstancias te ha dado Él en las cuales puedes usar esos dones?

JUECES 8 V 1 A JUECES 10 V 5

7. GEDEÓN Y ABIMÉLEC: GOBERNANDO COMO REYES

En el caso de los jueces anteriores, una vez que Dios ha rescatado a Su pueblo de la opresión de los ídolos y de los enemigos, el único detalle adicional que se da es la duración de la paz que disfrutaron bajo el liderazgo de ese juez. Con Gedeón no es tan sencillo. En general, Israel ahora está en una espiral descendente. En la carrera de Gedeón vemos dos cosas por primera vez: el pueblo “volviendo a las andadas” durante el gobierno de un juez salvador (y no después); y los defectos profundos en el gobierno del juez salvador. Así que, en vez de resumir en un versículo el liderazgo de Gedeón después de la victoria, el escritor del libro le dedica dos capítulos.

Enseñando una lección

Efraín es una de las tribus más poderosas de Israel, y Gedeón los ha llamado para que lo ayuden a interceptar la huida de los madianitas (7:24-25). Pero los de la tribu de Efraín están descontentos con él: “¿Por qué no nos llamaste cuando fuiste a luchar contra los madianitas?” (8:1). De hecho, es poco probable que hubieran estado dispuestos a marchar bajo el mando de Gedeón: ellos eran una de las tribus más fuertes, económica y militarmente, y él era del clan más débil de la tribu de Manasés (6:15).

Su crítica aquí nace de la frustración de haberse perdido la gloria de la victoria. Irónicamente revela dos verdades: la primera, que Dios estaba absolutamente en lo correcto al decir que Israel quería “jactarse contra” Él y gloriarse ellos mismos en la victoria; la segunda, que Efraín no hubiera respetado o aceptado al juez escogido de Dios.

La respuesta que Gedeón les da es respetuosa y diplomática. Muestra cuánto más poderosa es la tribu de Efraín que el clan de Gedeón (8:2), y que ellos (a diferencia de él) ya han capturado y matado a dos líderes madianitas (v 3). El desaire y el regaño de Efraín debieron haber sido difíciles de aceptar, pero Gedeón refrena su lengua. Y satisfecho el deseo de Efraín para su propia gloria y alabanza, “se calmó el resentimiento de ellos contra él” (v 3).

En este punto podríamos querer alabar a Gedeón por su humildad y calma, pero la siguiente sección muestra que estas no fueron las que motivaron su diplomacia hacia Efraín. Agotado de perseguir a los reyes

madianitas Zeba y Zalmuna (**v 4**), Gedeón le pidió a la gente de la ciudad de Sucot que alimentara a sus hombres. Pero ellos se negaron a ayudar (**v 5**). Igual que los de Efraín, muestran una completa falta de gratitud hacia Gedeón por derrotar a su enemigo. En esencia le dicen: *¿Ya tienes en tus manos a estos reyes madianitas? ¿No? ¡Entonces no nos busques para pedirnos ayuda!* Ellos saben que si Gedeón no es capaz de atrapar y matar a los líderes madianitas, se reagruparán y regresarán, y cualquier ciudad que haya ayudado a Gedeón será destruida. Efraín estaba molesto por el hecho de que Gedeón no los hubiera llamado antes. ¡Sucot hubiera preferido que no los hubiera llamado hasta más tarde! Mientras Gedeón avanza con sus hombres, encuentra esa misma respuesta en Peniel (**v 8**).

Gedeón les contesta a Sucot y a Peniel de una forma muy diferente que a Efraín. “Cuando el Señor haya entregado en mis manos a Zeba y a Zalmuna, les desgarraré a ustedes la carne con espinas y zarzas del desierto [...] Cuando yo vuelva victorioso, derribaré esta torre” (**v 7, 9**).

Esto revela que la diplomacia de Gedeón en relación a Efraín no fue porque él no quisiera atacarlos, sino porque no podía. Y revela que, a pesar de que Dios se aseguró que la victoria fuera tan milagrosa como para que cualquiera que la hubiera visto supiera que Dios la había dado (y no que Gedeón la había ganado), el mismo Gedeón ha olvidado “la lección de los 300”. Él siente que debe recibir la admiración y el honor por lo que ha hecho. La ira de Gedeón con los pueblos de Sucot y Peniel muestra que espera que le den la gloria por sus logros (que está olvidando que fueron, en realidad, de Dios). Cuando Sucot y Peniel dejan de confiar en que Gedeón triunfará sobre Madián, él no les dice: *Sí, sé que*

es difícil creer que los podemos vencer. Pero Dios, en Su gracia, nos está usando para ganar la batalla; así que no confíen en mi fuerza, sino en la fuerza de Dios. En cambio les dice: ¿Se atreven a dudar de mí? Les mostraré mi poder cuando regrese. Así aprenderán a respetarme.

Y así, cuando regresa después de derrotar (otra vez) a una fuerza mucho más poderosa con sus trescientos hombres y de capturar a Zeba y a Zalmuna (**v 10-12**), Gedeón es fiel a su palabra. Él captura a un miembro de su propio pueblo, Israel (**v 14**), descubre los nombres de los ancianos de Sucot, les recuerda que “se burlaron de mí” (**v 15**) y después “tomó espinos y zarzas del desierto, y castigando con ellos a los hombres de Sucot les enseñó quién era él” (**v 16**). En Peniel las cosas se ponen todavía peores; allí “derribó la torre de Peniel y mató a los hombres de la ciudad” (**v 17**).

Los **versículos 18-19** agregan un nuevo detalle a la narrativa: los reyes madianitas habían matado a los propios hermanos de Gedeón, lo cual explica por qué Gedeón está tan decidido a capturarlos. Esta despiadada y extraordinaria persecución ha sido motivada no tanto por un deseo de cumplir la liberación del pueblo de Dios, sino por un deseo de venganza personal, por el honor de su propia familia. Es por esto que Gedeón pide a “Jéter, su hijo mayor”: “¡Vamos, mátalos!”. Quiere humillar a estos reyes al ser asesinados por un joven muchacho. Al final, Gedeón mismo lleva a cabo la ejecución (**v 21**) y con estas muertes la victoria está consumada. Pero su conducta apunta hacia un futuro bajo Gedeón que no estará marcado por la paz verdadera.

El peligro del éxito

La necesidad que Gedeón tenía de respeto y honor (y su ira violenta cuando no se le da lo que él piensa que se merece) muestra que su éxito en las batallas ha sido lo peor para él. Se ha vuelto adicto a su éxito y dependiente de él. Existe un terrible peligro espiritual que conlleva el recibir cualquier bendición. El éxito fácilmente puede hacernos olvidar la gracia de Dios porque nuestros corazones están desesperados por creer que nosotros nos podemos salvar. La victoria que Dios nos da fácilmente se puede usar para confirmar la creencia de que nos hemos ganado la bendición por nosotros mismos y que debemos recibir la alabanza y la gloria por ese éxito.

Por ejemplo, imagina a un hombre que trabaja extremadamente duro en su trabajo porque tiene que demostrar, por medio del éxito financiero, lo que es capaz de lograr. ¿Qué es lo peor que le puede pasar? La respuesta aparentemente obvia es el fracaso en su vida profesional. Por supuesto, alguien que está basando su felicidad y su identidad en su trabajo será devastado por un fracaso en su vida profesional. Pero por lo menos, por medio del fracaso, puede dejar de idolatrar el ascenso profesional. Se puede dar cuenta que el estatus y el dinero nunca lo podrán satisfacer. No, lo peor que le puede pasar es el *éxito profesional*. El éxito solo confirmará su creencia de que él se puede satisfacer y de que puede controlar su propia vida. Será más esclavo al éxito y al dinero que si fracasa. Se sentirá orgulloso y superior a los demás. Esperará la consideración y “las reverencias y la exagerada cortesía” de los demás.

En el 7:15, cuando Gedeón era consciente de su propia debilidad y entendía que la victoria solo podía ser por gracia, adoró y honró a Dios. Pero es la última vez que lo vemos hacer eso. Ahora, adora el éxito y el honor que estos le darán. Ha olvidado completamente quién es el que lo llamó, equipó, le dio confianza y ganó la batalla por él. A nosotros, también, se nos hace demasiado fácil olvidar que todo acerca de nuestra salvación y todas nuestras buenas obras son dones de gracia, no de nuestro propio éxito. Se nos olvida que “por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe; esto no procede de ustedes, sino que es el regalo de Dios, no por obras, para que nadie se jacte. Porque somos hechura de Dios, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios dispuso de antemano a fin de que las pongamos en práctica” (Ef 2:8-10). Cuando fracasemos tenemos que recordar que somos salvos por gracia. Pero lo tenemos que recordar mucho más cuando tengamos éxito.

¿El rey Gedeón?

Ahora Israel le pide a Gedeón que sea rey: “Gobierna sobre nosotros, y después de ti, tu hijo y tu nieto; porque nos has librado del poder de los madianitas” (Jue **8:22**). Así como Gedeón ha comenzado a olvidar quién le había dado la victoria sobre Madián, al resto de Israel se le había olvidado también. Su razonamiento es: *Gedeón, tú debes ser nuestro rey porque tú venciste a Madián.*

Israel quiere rechazar el método que Dios ha escogido para gobernarles. Dios unge a un juez para que trate con la crisis actual y para llevar al pueblo de regreso a vivir bajo Su reinado. Pero si Gedeón dice “sí”, Israel tendrá un rey designado por humanos y el reinado pasará sucesiva y automáticamente a otros.

Gedeón **discierne** el motivo oculto que hay en pedir un rey: querían ser gobernados por un hombre, no por Dios (**v 23**). Con un rey, no tendrían que buscar a Dios para la salvación y esperar en Él para que les enviara un salvador. El deseo de un rey es en realidad otro esfuerzo de auto-salvación. Gedeón rechaza la petición del pueblo: “Yo no los gobernaré [...] Sólo el Señor los gobernará” (**v 23**). No necesitan un rey a quien obedecer; ¡más bien tienen que obedecer al Rey que ya tienen!

El **versículo 23** es realmente la última vez que Gedeón recuerda quién es Dios y quién es él. Irónica y trágicamente, casi de inmediato contradice lo que justo acaba de decir. Él se ha negado a ser el rey de Israel porque esa posición y honor solo le pertenecen a Dios. Pero entonces comienza a suponer el honor que se le debe a un rey. Él pide

una recompensa financiera por la liberación del pueblo (**v 24**) y se vuelve un hombre muy rico (**v 25-26**; aquí hay ecos de cuando Israel se hizo un becerro de oro para adorarlo al pie del Monte Sinaí en el camino a la tierra prometida, ver Éxodo 32:1-4). Después “Gedeón hizo un efod, que puso en Ofra, su ciudad” (Jue **8:27**).

¿Qué está pasando aquí? El efod lo usaba el **sumo sacerdote** en el tabernáculo, la tienda donde Dios estaba presente entre Su pueblo, que en ese momento se localizaba en Siló (18:31). En la parte delantera del efod estaban el Urim y el Tumim, dos piedras que se usaban para recibir las respuestas “sí” o “no” de Dios (pueden haber sido como monedas que eran lanzadas al aire; probablemente, dos caras iguales hacia arriba significaban “sí”, las otras dos caras hacia abajo significaban “no”, una de cada una significaba “sin respuesta”). El efod designaba el verdadero lugar de la morada de Dios y era una forma de discernir la voluntad de Dios en tiempos de crisis.

Al hacerse su propia copia, Gedeón en esencia establece su ciudad natal como un lugar rival de adoración. Quiere animar al pueblo a venir a él para ser guiados, a ver a su ciudad natal como el lugar donde se puede encontrar a Dios. Gedeón ha usado a Dios para consolidar su propia posición, en vez de usar su posición para servir y ser usado por Dios.

¿Qué efecto tiene esto? Jueces **8:27** nos lo explica: “Todo Israel se prostituyó al adorar allí”. Se supone que el juez debe hacer que el pueblo deje su infidelidad y vuelva al Dios verdadero. Gedeón los guía hacia la infidelidad.

Es solo en este punto que se nos dice que “durante cuarenta años,

mientras vivió Gedeón, el país tuvo paz” (v 28). Pero a estas alturas nosotros sabemos que es una paz bajo peligro. Es una paz sin adoración, y una paz sin obediencia.

Y Gedeón sigue actuando más y más como un rey. La estructura que dio a su familia (tiene setenta hijos de muchas esposas y un hijo de una **concubina**, v 29-31) es de alguien que aspira al reinado. Incluso llama a su hijo ilegítimo “Abimélec” (v 31), que quiere decir ¡“mi padre es rey”!. Lo que Gedeón ha rechazado de nombre, después lo vive en la realidad.

Sin embargo, esto viene solo un par de versículos después de que Gedeón rechazó el reinado porque, como él dice, “el Señor los gobernará”. ¿Cómo pudo Gedeón rechazar convertirse en un rey al saber que Dios es el Rey, y luego actuar como si fuera rey? La respuesta es bastante simple: Gedeón conocía este principio de manera intelectual, pero la verdad no había cautivado su corazón. Tiene un entendimiento mental de la doctrina de la gracia de Dios y de Su reinado, y podía dar la respuesta correcta en algunas situaciones. Pero su corazón no había realmente entendido cómo esta verdad llegaba a funcionar en todas las áreas la vida. Había una enorme y creciente brecha entre lo que él creía acerca de Dios en su cabeza y los motivos de su corazón junto con las acciones de sus manos. El error de Gedeón fue el fracaso de no vivir lo que él sabía que era verdad, lo que Pablo en Gálatas 2:14 llamó el fracaso (literalmente) de “actuar rectamente, como corresponde a la integridad del evangelio”.

El predicador del siglo diecinueve, C.H. Spurgeon, una vez advirtió a los cristianos más jóvenes: “No entren al ministerio para salvar su alma”.

Él sabía que nos es muy fácil usar el liderazgo de la iglesia, no para servir y honrar a Dios, sino para ganar influencia y honor para nosotros mismos. Por supuesto, como Gedeón, nosotros siempre decimos que Dios es Rey; pero queremos que las personas nos busquen para recibir dirección, respuestas y salvación. Necesitamos que nos necesiten. Hacemos un efod y lo usamos. Qué sutil. Qué mortal.

Y qué maravilloso es ver a Aquel de quien cada juez es una sombra ¡y ver cómo usó *Su* posición! A diferencia de Gedeón, Él tenía todos los derechos para exigir el servicio como Rey. A diferencia de Gedeón, Él es el tabernáculo, la última morada de Dios en la tierra. Sin embargo, Jesús resistió la tentación de gobernar con poder sobre las naciones (Lc 4:5-8) porque Él “no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mr 10:45 RV60). Nos ha **rescatado** de nuestras reacciones de *honrarnos* por el éxito y de *odiarnos* por el fracaso. Él usó Su posición como el Hijo de Dios para liberarnos de nuestra *necesidad* de respeto y para liberarnos de ser aplastados por la *falta* de respeto. A diferencia del efod, ¡aquí está Aquel a quien sí debemos venir a adorar!

Preguntas para reflexionar

1. ¿Hay aspectos de tu vida y de tu trabajo en los que piensas que deberías obtener más reconocimiento y honor? ¿De qué manera el evangelio de la gracia te ayudará a lidiar bien con tus éxitos?
2. ¿En qué áreas de tu vida tienes que caminar más cerca o con más claridad en conformidad con el evangelio?
3. ¿De qué manera ver el gran corazón servicial de nuestro Salvador nos libera de ver al ministerio como la salvación de uno mismo?

PARTE DOS

El hijo de Gedeón

Hasta este capítulo se ha presentado una secuencia de eventos ya familiar para nosotros. Pecado, opresión, clamor, levantamiento de un juez, victoria, paz. Pero ahora tenemos una completa desviación de la secuencia. Es un episodio horrendo en la historia de Israel.

Abimélec es el hijo de Gedeón que nació de su concubina, la cual vivía en Siquén (**8:31**). Esto quiere decir que desde su nacimiento, Abimélec ha sido un extraño para su propia familia. A diferencia de los otros setenta hijos de Gedeón, él era ilegítimo. No le correspondía recibir herencia. Conforme se desarrolla la historia, vemos a un hombre que siente que lo que se vaya a obtener de la vida, lo tendrá que obtener por él mismo, y está completamente decidido a obtener todo lo que pueda.

Es importante conocer el escenario donde se desarrolla la mayor parte de la acción. Así como Gettysburg^{*} y Montgomery[†] son lugares de gran importancia histórica y nacional para los estadounidenses, así Siquén era un lugar de enorme importancia para Israel. Era el lugar donde Dios se le apareció a **Abram** para decirle que esta era la tierra que había prometido darle, así que fue el primer lugar en la tierra prometida que tuvo un altar construido en adoración al Señor (Gn 12:6-7). También era el primer lugar donde los descendientes de Abram se habían juntado para adorar al Señor después que habían cruzado para entrar en la tierra bajo el mando de Josué (Jos 8:30-35; Siquén se ubicaba al pie de dos montañas que aquí se mencionan). Históricamente, entonces, es el centro espiritual y el termómetro de Israel. Lo que sucede en Siquén en

Jueces 9 es como si los norteamericanos decidieran reinstituir la esclavitud en una reunión en Gettysburg o como si se hiciera un llamado a una segregación racial en Montgomery.

Tomando el poder

Todos los otros líderes de Jueces son llamados por Dios sin buscar ese rol. Abimélec lo toma para sí mismo cuando va a los hermanos de su madre en Siquén (Jue **9:1**) y les demuestra que él es un hijo de su padre cuasi-rey y un pariente de ellos (**v 2**). Su argumento es: *¿No sería mejor tener solo un gobernante? ¿Y no sería bueno asegurarse de que ese gobernante fuera uno de nosotros? ¿No sería bueno si su rey fuera yo?*

Los hombres de Siquén estuvieron de acuerdo (**v 3**). “Y le dieron setenta monedas de plata del templo de Baal Berit, con el cual Abimélec contrató a unos maleantes sin escrúpulos para que lo siguieran” (**v 4**). Lo que facilita su ascenso al poder no es la obediencia al Señor, sino el financiamiento por parte de un dios falso. Y se financiará con la sangre de sus medio hermanos, setenta de los cuales mata a sangre fría “sobre una misma piedra” (**v 5**). Gedeón mató a compañeros israelitas; ahora Abimélec asesina a su propia familia.

Los otros líderes en este libro gobiernan sobre la base de alguna revelación por parte de Dios. Pero aquí la autoridad no se trata de juzgar o liberar, sino más bien es un ejercicio de poder desenfrenado. A diferencia de su padre, Abimélec no tiene ninguna pretensión de no ser rey (**v 6**) ni de gobernar en obediencia a Dios.

Aquí hay una gran lección que nos enseña cómo escoger a un líder. Muchas veces nos impresionamos con mucha facilidad por cualidades que no son importantes para Dios. Además, con demasiada ligereza podemos ser influidos por argumentos **pragmáticos**. Dios no valora la

popularidad, el humor, la inteligencia académica, el ser extrovertido, etc. Él busca hombres que se aferren a Su verdad, traten de guiar a su familia rectamente, sean pacientes y tengan dominio propio (1Ti 3:1-7; Tit 1:6-9). Él no quiere equivalentes modernos de Abimélec –bien educados y bien vestidos, pero escogidos por razones equivocadas y por cualidades erróneas.

El rey espino

Sólo escapa un medio hermano, Jotán. Mientras que Abimélec quiere decir *Mi padre es rey*, Jotán quiere decir *Yahveh (es decir, el Señor) es perfecto / sin mancha*. Así que Jotán desafía a los hombres de Siquén; hay una batalla por los corazones y las mentes entre el poder humano autosuficiente (Abimélec) y la dependencia del Señor y la adoración a Él (Jotán).

La historia que Jotán cuenta en Jueces **9:8-14** está diseñada para mostrar lo ridículo que es escoger a Abimélec como rey. El olivo (**v 8-9**), la higuera (**v 10-11**) y la vid (**v 12-13**) eran valiosos y producían las cosechas principales de la economía agrícola israelita. Pero ellos declinan ser rey. “Por último, todos los árboles le dijeron al espino: Reina sobre nosotros” (**v 14**). Los espinos para nada eran plantas valiosas. Eran demasiado cortos y flacos para proveer sombra, y con frecuencia se incendiaban y el fuego se propagaba al follaje a su alrededor destruyendo más árboles valiosos. El espino hace notar esto cuando accede ser rey (**v 15**) y hace la asombrosa afirmación (dado que solo crece entre 30 y 60 centímetros del suelo) a los otros árboles: “vengan y refúgiense bajo mi sombra”.

¿Cuál es el punto de Jotán? Los **versículos 16-20** lo explica. En esencia, él dice: *Si ustedes han sido justos con la familia de Gedeón al hacer a Abimélec su rey (y seamos realistas, no han sido justos, pero en tal caso), entonces deseo que encuentren gran bendición en el reinado del rey Abimélec. Pero si no han sido justos (y, seamos sinceros, no lo han sido), entonces espero que ustedes y él obtengan lo que se merecen; que salga*

fuego de Abimélec y los consuma, y que salga fuego de ustedes y consuma a Abimélec.

El fuego del espino

Lo que sigue ciertamente constituye un fuego arrasador. Los ciudadanos de Siquén se han mostrado propensos a cambiar su lealtad, y cuando “Gaal hijo de Ebed” llegó a Siquén, ellos “confiaron en él” (**v 26**). Hay una gran ironía en el hecho de que Gaal adora en el templo del ídolo cuyos fondos Abimélec había usado (**v 27**, ver v 4) y usa los mismos argumentos que había usado Abimélec (**v 28-29**, ver v 2).

Abimélec, a diferencia de los de Siquén, es apasionadamente fiel a su propia causa! Su padre Gedeón al final de su vida había sido motivado por venganza personal y una sed por el honor que sentía que merecía. El hijo lleva esa búsqueda a nuevas alturas. Pelea contra Gaal (**v 30-41**), ataca a Siquén (**v 42-44**) y después “la conquistó matando a sus habitantes” (**v 45**). El lugar donde Abram había adorado al Señor, y donde Josué y todo el pueblo lo habían adorado, termina estéril, esparcido con sal para que en sus campos no se pueda cultivar (**v 45**).

Más de mil habitantes de Siquén se refugiaron en el templo de su ídolo, en la fortaleza de la torre (**v 46**), pero la sed de venganza de Abimélec no está saciada. Guía a sus hombres a prenderle fuego (**v 48-49**). “Así murió toda la gente que estaba dentro de la torre de Siquén, que eran como mil hombres y mujeres” (**v 49**). Parece que la ciudad de Tebes sufrió el mismo destino (**v 50-52**). Pero cuando “Abimélec se dirigió a la torre y la atacó [...] una mujer le arrojó sobre la cabeza una **piedra de moler** y le partió el cráneo” (**v 53**). Herido de muerte, Abimélec (siempre consciente de su reputación) hizo que su siervo lo matara para que nadie

pudiese decir que fue muerto a manos de una mujer (**v 54**).

¿Está Dios ausente?

Entre el 8:34 y el 10:6 para nada se menciona a Dios por Su nombre personal del pacto, el Señor. Esta es la escena de una sociedad y de un gobernante que desean sacar a Dios completamente de la escena; que no sea adorado ni considerado.

Así que, ¿está Dios ausente? Cuando los de Siquén usan el dinero de un ídolo para financiar una masacre y cuando Abimélec labra su camino sangriento en torno a Israel, Dios parece ausente. Mientras Jotán estaba en Beer, “porque le tenía miedo a su hermano Abimélec” (**9:21**), se le podría perdonar por preguntarse si su maldición en los **versículos 16-20** había estado equivocada. Cuando los de Siquén y Abimélec mismo caen muertos al final del capítulo 9, es como resultado de una contienda vengativa y de un tiro afortunado por parte de una mujer. Dios sí parece ausente.

Pero en los versículos **23-24** y **56-57**, el narrador levanta la cortina de los asuntos humanos para darnos un vistazo de lo que Dios estaba haciendo. “Dios interpuso un espíritu maligno entre Abimélec y los señores de Siquén [...] a fin de que la violencia contra los setenta hijos de Jerobaal, y el derramamiento de su sangre, recayera sobre su hermano Abimélec” (**v 23-24**). Una vez que Abimélec está muerto, comenta: “Fue así como Dios le pagó a Abimélec con la misma moneda [...] Además, Dios hizo que los hombres de Siquén pagaran por toda su maldad” (**v 56-57**).

Puede que Dios haya guardado silencio, pero no estaba ausente. En lo

que parecía como el curso natural de los eventos, Él estaba actuando con juicio. No cayeron rayos del cielo... pero hubo justicia. Como lo expone Pablo en Romanos 1:18: “Ciertamente, la ira de Dios viene revelándose desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los seres humanos, que con su maldad obstruyen la verdad”. El juicio de Dios no solo está reservado para un día futuro; es una realidad presente.

Este abominable episodio en Jueces nos muestra tres verdades sobre el presente juicio de Dios:

- Llega desapercibido. Las personas de esa época no podían ver el espíritu que Dios envió para usar el mal que había en los corazones de los de Siquén para llevar a cabo Sus propósitos justos. Y en nuestros propios días, no tenemos un narrador divinamente inspirado que levante la cortina para que nos diga dónde, cuándo y cómo Dios está juzgando a las personas. Sabemos que está pasando; pero nunca podemos apuntar a algún evento y decir: *Dios te está juzgando por este pecado en particular que has cometido.*
- Llega después de una espera. Transcurrieron tres años entre la advertencia del juicio que Jotán emitió y la llegada del juicio (**v 22-23**), tres años en los cuales Abimélec gobernó y en los cuales sus crímenes parecían haber valido la pena. La espera se cubre en un solo versículo en la narrativa. ¡Para Jotán esos tres años debieron haber parecido considerablemente más largos! Tuvo que aprender a confiar y a ser paciente.
- Llega por medio de la manifestación del mismo pecado humano. Siquén fue destruida por su deslealtad. Su mayor pecado fue su

ruina. Abimélec fue destruido por su deseo de mantener su posición a cualquier costo humano. No tuvo necesidad de atacar Tebes. Su mayor pecado también fue su caída. Dios, en Su juicio, usa las herramientas de la rebelión humana contra los que se rebelan.

Gracia más allá del terror

Durante el gobierno de Abimélec, Israel toca nuevos fondos. Sin embargo, hay más por venir “después de Abimélec” (Jue **10:1**). “Surgió un hombre [...] para salvar a Israel. Se llamaba Tola” (**v 1**). Él “gobernó a Israel durante veintitrés años” (**v 2**). Este es el mismo lenguaje que se usó para Débora, una de las mejores juezes. Dios levantó a alguien que salvó y gobernó a Israel de la manera en que ella lo hizo. A Tola le siguieron otros veintidós años de paz bajo Jair (**v 3**).

Esta es la pura gracia de Dios. El pueblo lo había abandonado completamente. Habían optado por ser guiados por un hombre que fue escogido, no por el Señor, sino por él mismo; que fue recomendado, no por la comisión divina del Señor, sino por su propio poder. Israel se había hundido en las profundidades y ni siquiera estaba clamando en arrepentimiento; sin embargo, Dios envía a Tola y a Jair para ser los juezes salvadores que Israel no está pidiendo.

Pero a diferencia del juez no cíclico anterior, Samgar, no se menciona ningún enemigo (3:31). ¿Para salvar a Israel, *contra quién* se levantó Tola? ¡El capítulo 9 nos da la respuesta! Tola salvó a Israel *de sí mismo*. Como pueblo de Dios, al fin de cuentas, necesitamos un líder que nos rescate de nosotros mismos, de los fracasos y ambiciones de nuestros propios corazones y de las divisiones y las luchas entre nosotros mismos. ¡Es un gran recordatorio que el mayor problema de la iglesia es la iglesia! Cuando vemos iglesias con un liderazgo humilde y piadoso, con una unidad centrada en el evangelio, que disfruta, busca y comparte la paz

con justicia y amor, debemos (a diferencia de Gedeón y de Abimélec) darle gracias al Dios que nos ha dado, en Su gracia, el Espíritu para transformar nuestros corazones y restaurar nuestras relaciones.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Qué es lo que más te impresiona de los líderes cristianos, tanto en tu iglesia local como de líderes internacionales? ¿Estás más influenciado por lo que valora Dios o por lo que valora el mundo?
2. ¿De qué manera te alienta y te desafía saber que el juicio de Dios actúa ahora en este mundo, aunque de manera invisible?
3. ¿De qué manera Dios te ha salvado de ti mismo? ¿Cómo te hace sentir este hecho acerca de Él?

* La batalla que tuvo más bajas en los Estados Unidos; es frecuentemente considerada como el punto de inflexión de la Guerra Civil Estadounidense en 1861-1865.

† Usualmente se considera que el Movimiento por los Derechos Civiles en Estados Unidos (liderado por Martin Luther King Jr.) comienza con el boicot a los autobuses de Montgomery en 1955.

JUECES 10

V 6 A

JUECES 12

V 7

8. JEFTÉ: EL DESECHADO

Abimélec había oprimido a sus propios compatriotas idólatras. Tola y Jair se habían levantado para salvar a Israel de sí mismo. Pero ahora, el ciclo familiar y deprimente comienza de nuevo. “Una vez más” Israel adora a los ídolos “de Baal y a las imágenes de Astarté; a los dioses de Aram, Sidón y Moab, y a los de los amonitas y los filisteos” (10:6).

Baal y Astarté eran los dioses de los cananeos “nativos”. Pero los dioses de Aram (hacia el noroeste) y de Sidón (al norte) o de Amón y Moab (al este) y de los filisteos (al sur) pertenecían a pueblos fuera de Canaán que muchas veces venían a Canaán y oprimían a los israelitas. Otoniel ayuda a Israel en contra del rey de Aram (3:10), Aod contra los moabitas y amonitas (3:12-13), Samgar contra los filisteos (3:31) y Débora contra los cananeos (5:19).

En otras palabras, cada vez que Israel adoraba a los ídolos de una nación, la nación terminaba oprimiéndolos. Esta vez Israel ha agregado

los dioses de los amonitas y de los filisteos y, en consecuencia, son entregados para que los amonitas y los filisteos los opriman (**10:7**). La idolatría conduce a la esclavitud.

Es interesante darse cuenta que no solo la idolatría conduce a la esclavitud, sino que la esclavitud conduce a la idolatría. Podrías pensar que, cuando una nación estuviera oprimiendo y esclavizando a Israel, ¡Israel odiaría absolutamente a los dioses de esa nación! Pero aunque los amonitas habían oprimido a Israel en 3:13, aquí está Israel sirviendo a sus dioses, lo que otra vez los lleva a ser esclavos de los amonitas. A pesar de su dolor y de su miseria, Israel siguió adorando a los mismos ídolos que los defraudaron y los metieron en problemas.

Desde nuestro punto de vista, estando en otra época y cultura, es fácil ver la futilidad de todo esto en Israel. Pero los corazones humanos no han cambiado. Todavía nuestros corazones nos aseguran que, cuando un ídolo nos lleva a la esclavitud, lo que necesitamos es más de ese ídolo. Si alguien busca su valor y su propósito en una relación (por ejemplo, sacrificar todo por un matrimonio que después fracasa) parece muy natural pensar: *Tengo que encontrar otra relación. Necesito un mejor cónyuge*. Creemos que nuestro problema no es la adoración a un ídolo, sino que no adoramos a ese ídolo lo suficiente.

Vendidos

Dios, en Su ira resuelta contra la idolatría, “los vendió” a sus enemigos (10:7). Esta es una frase fuerte. Se ha usado para lo que Dios hizo en Jueces 2:14, 3:8 y 4:2, así como en este versículo. Cuando le vendes a otra persona un automóvil, quiere decir que el nuevo propietario puede hacer con él como le plazca. Cuando recordamos cómo Dios “vendió” a los israelitas antes, sabemos que esto no quiere decir que los abandonó o **nulificó** las promesas que les había hecho. Sí quiere decir, sin embargo, que de alguna manera dejó de protegerlos. Dejó que las cosas a las cuales ellos habían estado sirviendo comenzaran realmente a dominarlos y a “poseerlos”.

Romanos 1:23-25 es un fascinante pasaje paralelo. Ahí Pablo habla sobre la idolatría. Habla de personas que “cambiaron la gloria del Dios inmortal por imágenes que eran réplicas del hombre mortal, de las aves, de los cuadrúpedos y de los reptiles” (v 23). ¿Cuál fue el resultado? “Dios los entregó a la impureza en la lujuria de sus corazones” (v 24 LBLA). La palabra “lujuria” en griego es *epithumia*, que significa impulso abrumador, deseo incontrolable que esclaviza. “Entregar” quiere decir que Dios permite que las cosas en las cuales ponemos nuestra esperanza en lugar de Dios se conviertan en poderes que gobiernan nuestras vidas. Una vez que Dios los entregó a la adoración de los ídolos, ellos “adoraron y sirvieron a los seres creados antes que al Creador” (v 25). El juicio por la idolatría es... la idolatría.

La idolatría y la esclavitud van de la mano. La idolatría conduce a la

esclavitud y la esclavitud a la idolatría. Así que Dios le dice a la persona que adora el dinero: *Si quieres vivir por el dinero en vez de para Mí, entonces el dinero regirá tu vida. Controlará tu corazón y tus emociones. Si quieres vivir por la popularidad en lugar de para Mí, entonces el aplauso de la gente te regirá y te controlará. Si quieres otro dios además de Mí, adelante. Veamos qué tan misericordioso es contigo, qué tan efectivo es en salvarte, guiarte e iluminarte.*

Ya no te voy a servir

La opresión de Israel es la peor: fue total; fueron “destrozados” (Jue **10:8**); fue prolongada (dieciocho años, **v 8**); universal, incluyó todo Israel a ambos lados del Jordán (**v 8-9**). Por esta razón, los israelitas clamaron al Señor confesando: “¡Hemos pecado contra ti, al abandonar a nuestro Dios y adorar a los ídolos de Baal!” (**v 10**).

Dios no los perdona de manera inmediata ni comienza a responder su oración. Vimos esto también en 6:7-10, donde el pueblo clamó a Dios y en respuesta Él les envió una severa advertencia. Aquí, la respuesta de Dios es, sorprendentemente, aún más áspera. Los ha salvado una y otra vez (**10:11-12**); y una y otra vez ellos lo “han abandonado y han servido a otros dioses”, y por esta razón, en una frase demoledora, Dios le dice a Su pueblo: “No los volveré a salvar” (**v 13**). No les responderá; deben clamar a los dioses que han estado adorando (**v 14**).

Miguel Wilcock explica por qué:

“El Señor [...] está diciendo, ‘Sé lo que es este clamor de ustedes. Es solo un grito de ayuda que podría muy bien estar dirigido a los baales en vez de a Mí’”.

(El Mensaje de Jueces, p. 108)

Cuando Dios dice: “Vayan y clamen a los dioses que han escogido” (**v 14**), quiere decir que la de Israel es solo la petición de una parte débil a otra más fuerte para que alivie su miseria. Están diciendo: *Muy bien, ¿nos tienes*

entre la espada y la pared! ¡Estamos en problemas porque rompimos tus reglas! Ahora ayúdanos, por favor; sácanos del problema. Pero el arrepentimiento es una convicción sincera y un odio por lo que se ha hecho, independientemente de si causó problemas o no. En otras palabras, Israel se lamenta por las consecuencias de su pecado, pero no por el pecado en sí. Es posible volverse de la idolatría de una manera idólatra, y eso es lo que están haciendo los israelitas. Están tratando a Dios como si fuera uno de sus ídolos. Están tratando de oprimir los botones correctos, hacer los sacrificios correctos, con el fin de conseguir que ejerza Su poder a favor de ellos.

Los israelitas entienden el punto. Su petición en el **versículo 15** es diferente de la del **versículo 10**. Decir: *Haz con nosotros como quieras, aun así imploramos misericordia*, muestra un cambio del corazón. Antes estaban completamente enfocados en su condición y en su comodidad. Decían: *Estamos rotos; ¡por favor, arréglanos!* Pero ahora están dispuestos a admitir que Dios no tiene ninguna obligación de restaurarlos ni solventar su problema. Esto quiere decir que están diciendo: *Te queremos, incluso si esto significa que vamos a seguir sufriendo (aunque preferiríamos que no).*

¿Por qué es esto una señal de una fe verdadera? Si le vamos a decir a Dios: *Te quiero porque deseo / necesito que me des "X"*, revelamos que "X" es nuestro verdadero y máximo dios. Cuando decimos: *Te quiero independientemente de si me das X, Y o Z*, entonces estamos volviendo al verdadero Dios como *nuestro* Dios.

Segundo, cuando "se deshicieron de los dioses extranjeros" (**v 16**),

mostraron que estaban interiorizando para cambiar sus corazones, no solo su comportamiento superficial. Jueces muestra que los israelitas muchas veces cambiaban su comportamiento con el fin de ganarse el favor del Señor pero mantenían sus ídolos en sus casas como una “contingencia”. Pero el arrepentimiento va debajo de la superficie. No solo se enfoca en el comportamiento, sino en los motivos.

Las dos señales del verdadero arrepentimiento son:

- dolor por el pecado, más que solo por sus consecuencias;
- dolor por los motivos idólatras, no solo un cambio de conducta.

Y a este pueblo arrepentido y oprimido Dios le responde con misericordia: “El Señor no pudo soportar más el sufrimiento de Israel” (**v 16**). Él actuará para salvar a Israel; aunque haya dicho “no los volveré a salvar” (**v 13**). Una vez más, vemos la tensión entre la santidad de Dios y Su misericordia, entre la condicionalidad y la incondicionalidad de Sus promesas a Su pueblo, una tensión que se resuelve completamente solo en la cruz ([ver lo dicho anteriormente sobre este tema](#)).

El “capo” del crimen

Con los campamentos de los amonitas y de los israelitas dispuestos para la batalla (**v 17**), y con los hombres de Galaad buscando al hombre que los guiará en la batalla y más allá (**v 18**), el escenario está listo para que llegue el libertador de Dios.

¡Él es una elección no tan sorprendente y a la vez sorprendente! (**11:1**). Como Gedeón, Jefté es un “guerrero valiente”, y tal como fue el caso del hijo de Gedeón (Abimélec), su madre era “una prostituta”. A los ojos del mundo, los líderes son personas que pertenecen a las universidades de mayor prestigio o que tienen un expediente de Oxford y Cambridge, que tienen sólidos antecedentes familiares (y por lo tanto salud emocional) y ¡sin antecedentes penales! Pero Jefté es alguien que no califica por esos estándares. Fue el hijo ilegítimo de una prostituta que fue echado de su casa por sus medio hermanos, probablemente cuando era muy joven (**v 2**). Así que él provenía (por lo menos) de una familia extremadamente disfuncional. Entonces, en el desierto, se le juntó una banda de “hombres sin escrúpulos”, hombres que vivían del robo (**v 3 TLA**). Jefté estaba en el crimen organizado; una clase de “capo” del bajo mundo; en lenguaje más romántico, un pirata. Era un completo forajido y un criminal que provenía de un hogar deshecho.

No obstante Dios lo levanta para ser el salvador. Cuando los amonitas “hicieron la guerra contra Israel” (**v 4**), los líderes de Galaad “fueron a traer a Jefté” diciéndole que comandara su ejército para que pudieran pelear contra su enemigo (**v 5-6**). No lo ganan tan fácilmente. “¿No eran

ustedes los que me odiaban?”, les dice (**v 7**). *Solo me quieren ahora porque están en problemas.*

Los de Galaad no pueden usar a Jefté, a quien han tratado tan mal, solo para rescatarlos. También deben, como se dan cuentan, hacerlo su jefe, su juez a quien obedecerán (**v 8**). La experiencia es la madre de la cautela, y ¡Jefté vuelve a cerciorarse que realmente quieren decir lo que dicen (**v 9**)! Ahora, seguro de su lealtad (**v 10**), acepta ser el juez y “el pueblo lo puso como su caudillo y jefe” (**v 11**).

Muchos se han dado cuenta de la similitud entre los diálogos de los israelitas con Dios en 10:10-16 y con Jefté aquí. Los de Galaad suponen que Jefté los ayudará. Él hace que le vuelvan a preguntar, con más humildad y con el consentimiento de que el rescate viene junto con el reinado. ¡Este es exactamente el mismo intercambio que Dios hizo con Israel! Estamos viendo que el pueblo de Dios debe aprender que la forma en que trate al juez de Dios es la manera en que ellos, de hecho, están tratando a Dios mismo, para bien o para mal. Los líderes de Dios son “tipos” que cada uno apunta a su mayor Juez: el Señor Jesús. La manera en que las personas tratan a Jesús es la manera en que ellos, de hecho, están tratando a Dios. No puedes respetar a Dios o arrepentirte de verdad sin reconocer la autoridad de Jesús para reinar en tu vida. Y no puedes tener el rescate de Jesús sin aceptar Su reinado.

Pero Jefté no solo se levanta para ser juez a pesar de su rechazo y sufrimiento. Es apto para su papel por su trasfondo. Como hemos visto, es un negociador extremadamente perspicaz y, como veremos, un gran combatiente. Si hubiera sido criado en comodidad y bienestar, nunca se

hubiera convertido en alguien así. Su vida lo ha preparado y lo ha calificado para traer la salvación. En esto, él una vez más nos presenta una pálida sombra del mayor Salvador. Jesús “vino a lo que era suyo, pero los suyos no lo recibieron” (Jn 1:11). Pasó tiempo en el desierto y fue “tentado en todo [...] aunque sin pecado” (Heb 4:15). Su vida rechazada, aunque completamente justa (a diferencia de la de Jefte), lo preparó para Su principal acto de debilidad, la muerte de un criminal; eso lo calificó para Su mayor victoria: soportar el pecado por medio de esa muerte para que Él le pudiera dar a Su pueblo Su justicia y conducirlos a la paz.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Has experimentado la tentación de adorar aún más a un ídolo porque no te ha liberado? ¿A dónde te llevó esto?
2. ¿Quieres a Dios o quieres lo que Él te da? ¿En qué aspectos de la perfección de Dios meditarás para que lo ames más de lo que amas Sus bendiciones?
3. ¿De qué manera usarías el trato que los de Galaad le dieron a Dios y a Jefté para responderle a alguien que te diga: *Soy un seguidor de Dios pero solo veo a Jesús como un gran profeta / guía / filósofo?*

PARTE DOS

La pluma antes que la espada

Jefté no va a la guerra inmediatamente. Primero busca una solución pacífica: “¿Qué tienes contra mí, que has venido a hacerle la guerra a mi país?” (Jue **11:12**). El rey de los amonitas justifica su ataque al reclamar que parte de la tierra en la que Israel ahora vive pertenecía en otro tiempo a los amonitas (**v 13**).

En respuesta, Jefté usa tres argumentos para refutar este reclamo:

- *Histórico (v 15-22)*. Jefté pone las cosas en claro. Cuando Israel llegó de Egipto, los edomitas y los moabitas vivían en la tierra al sur de Arnón. A ambos Israel les pidió permiso para pasar por en medio de su tierra, pero se negaron (**v 16-18**). Luego viajaron hacia la tierra en cuestión, al norte de Arnón y al sur de los ríos de Jaboc, donde los amorreos vivían bajo el rey Sijón (**v 19**). Sijón los atacó (**v 20**). Israel ganó la batalla y por esa razón ganó la tierra por derecho de conquista (**v 21**). La tierra nunca fue de los amonitas (que vivían al norte de Jaboc) e Israel la gana en buena lid frente a los amorreos.
- *Teológico (v 23-24)*. Jefté usa una suposición que todos los pueblos de esa época y lugar sostenían en común. El Señor, el Dios de Israel, obviamente le dio a Israel la tierra de los amorreos permitiéndoles derrotar a Sijón (**v 23**). Seguramente los amonitas harían lo mismo si su Dios, Quemós, les diera la victoria (**v 24**). Usando sus propias premisas religiosas, Jefté argumenta que el Señor, el Dios de Israel, les dio la tierra. Existen dos maneras de

leer aquí las palabras de Jefté. Una (la más positiva) es que él se está adecuando a la cosmovisión de los amonitas; es decir, que el dios de cada nación le “da” a esa nación una porción de la tierra (aunque, como israelita, él sabe que este criterio es equivocado porque el Señor es el único Dios, y Él gobierna sobre todas las naciones). La otra opción (más negativa) es que Jefté mismo está adoptando esa cosmovisión; sabe tan poco del Dios de Israel que lo ve como un dios entre muchos. Yo sostengo el primer punto de vista, aunque dado lo que sigue, es claro que Jefté ha adoptado algunas ideas paganas sobre cómo relacionarse con Dios.

- *Precedente legal (v 25-27)*. Jefté les recuerda que el rey de Moab en esa época no pensó que fuera necesario atacar a Israel en la tierra al norte de Arnón (**v 25**). Ni él ni los ancestros de los amonitas desafiaron el derecho de Israel a la tierra (**v 26**). Así que, ¿por qué harían eso ahora?

Los tres argumentos prueban que son los amonitas los que están equivocados, no el pueblo de Dios. Pero “el rey de los amonitas no prestó atención al mensaje que le envió Jefté” (**v 28**). Ni contesta ni emprende la retirada. La verdad se debe decir y la paz se debe buscar; pero esto no siempre triunfa. Después de todo, el Señor Jesús “no hizo pecado, ni se halló engaño en Su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba [como Jefté en Jueces **11:27**] la causa al que juzga justamente” (1P 2:22-23). Seguimos a un Salvador de cuya *verdad* se burlaron y cuya *justicia* ignoraron y que, no obstante, no comprometió ninguna de las dos. Jefté

(de manera parcial) y Cristo (de manera excelente) nos han dejado un ejemplo de cómo responder a las acusaciones injustas (v 21).

Un voto terrible

Al agotarse la diplomacia, la guerra es inevitable: “Y el Espíritu de Jehová vino sobre Jefté” (Jue **11:29** RV60). De aquí en adelante el resultado es seguro. Pero cuando Jefté avanza para encontrarse con el enemigo (**v 29**), “le hizo un juramento solemne al Señor”: si Dios le concede la victoria (que ya sabemos y que Jefté también debería saber que Dios se la dará), entonces sacrificará para Dios lo que salga primero de su casa cuando regrese con el triunfo (**v 30-31**).

“Y fue Jefté [...] para pelear” y el Señor le da una victoria absoluta (**v 32-33**). Así “Jefté volvió a su hogar en Mizpa” (**v 34**) como juez victorioso de Israel. Esto debería haber traído paz, pero...

Lo primero que sale de su casa es su hija, su única hija (y su único descendiente, **v 34**). Jefté está turbado; él hecha algo de la culpa en su hija y lamenta la realidad de que “le juré algo al Señor, y no puedo retractarme” (**v 35**). Su hija, de manera sorprendente, insiste en que su padre cumpla su palabra (**v 36**), y después de dos meses de llorar la vida que no tendrá (**v 37-38**), “volvió a su padre, y él hizo con ella conforme a su juramento” (**v 39**).

Esta es una historia terrible, quizá la peor en esta etapa cada vez más atroz de la historia de Israel. Se plantean tres preguntas:

¿Qué exactamente le había prometido Jefté a Dios? Muchas personas han interpretado que Jefté prometió a Dios el sacrificio de un animal, por lo que esperaba que un animal saliera cuando él regresara y planeaba ofrecerlo en sacrificio. Pero existen tres razones por las cuales esa no es

una lectura correcta. Primera, es improbable que casas como la de Jefté tuvieran animales dentro (“salga [...] de la puerta de mi casa”, **v 31**). Segunda, si se hubiera tratado de un animal se hubiera usado un sustantivo en una forma diferente, adecuado para un objeto “neutro”, pero no es así. Tercera, si Jefté le hubiera prometido a Dios un animal, entonces cuando su hija saliera de la puerta nunca hubiera considerado que la promesa tuviera ninguna fuerza obligatoria en relación a ella.

Otros intérpretes bien intencionados han leído el lamento de su hija de que ella nunca se casaría (**v 37-38**) y han sugerido que todo lo que Jefté prometió fue que ella estaría condenada a la virginidad perpetua. Pero la petición de un indulto de dos meses (**v 37**) antes de que se ejecute la sentencia no tiene ningún sentido a menos que él literalmente sacrificara su vida. En resumen, Jefté sí prometió hacer un sacrificio humano a Dios si Dios le daba la victoria. Obviamente él esperaba que fuera un siervo o alguien más, no su única hija. Jefté prometió un sacrificio humano a Dios.

¿Por qué Jefté prometió esto? Deuteronomio 12:31 (RV60) dice que los sacrificios humanos son “abominables” y algo que “Jehová aborrece”. No hay duda sobre la voluntad de Dios en este asunto. ¿Por qué, entonces, hace Jefté un voto como este?

En primer lugar, Jefté sin duda se había vuelto profundamente insensible a la violencia, debido a la crueldad atroz de las culturas paganas a su alrededor. Este es un ejemplo muy vívido y horrible de cómo los creyentes pueden profesar la fe en Dios, aferrarse a alguna verdad y, no obstante, dejar que el mundo los comprima en su molde

(ver Romanos 12:2; Efesios 4:22-24). Debido a que la cultura alrededor de Jefté era violenta, dejó que esa violencia mundana entrara y viviera junto con sus otras creencias verdaderas. Para nosotros hoy en día, es más probable que dejemos que las actitudes mundanas hacia el sexo y el dinero entren y convivan junto con otras creencias verdaderas. Pablo dice: “No se amolden al mundo actual, sino sean transformados mediante la renovación de su mente” (Ro 12:2).

En segundo lugar, Jefté no solo estaba infectado por los códigos morales paganos, sino también por el entendimiento pagano del carácter de Dios aceptando la justicia por obras. El sacrificio humano era la manera en que se podía “sobornar” a un dios pagano. Un adorador pagano hacía un sacrificio humano para decir: *Déjame mostrarte qué tan impresionado y asombrado estoy por tu poder*. Pero el Dios de la Biblia quiere solo una clase de sacrificio humano: el sacrificio de uno mismo al ofrecerle a Dios el señorío de cada área de nuestras vidas. Incluso esto no es para asegurar Su favor, sino en respuesta a Su favor: “Por las misericordias de Dios [...] presenten sus cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es su culto racional” (Ro 12:1). Jefté pensó que tenía que impresionar, comprar y controlar al Señor por medio de un “regalo” espléndido. La tragedia es que Dios ya había decidido salvar a Su pueblo pecador (Jue 10:16) y usar a Jefté para hacerlo (**11:29**).

¿Por qué, entonces, guardó su juramento? Esta es la pregunta más difícil de contestar. La mejor respuesta es una extensión de la misma razón por la que hizo este juramento. Parece que Jefté no tenía ningún concepto de un Dios de gracia. Él ve a Dios básicamente como los dioses paganos,

como un ser cuyo favor se puede ganar por medio de la adulación y los sacrificios ostentosos. Cuando él obviamente se da cuenta que su juramento precipitado lo ha atrapado (**v 35**), ¿por qué no solo confiesa su necesidad pecaminosa, rompe su juramento y salva a su hija? La respuesta es: porque no confía en Dios. Está atrapado por la desconfianza que tiene de Dios. Parece que cree que Dios lo matará si no cumple su juramento. Este es el mismo punto de vista pagano acerca de Dios y de la justicia-por-obras que lo llevó a hacer este voto.

Las lecciones de la tragedia de Jefté

Sin duda este episodio nos enseña a ser cuidadosos con nuestras palabras. Una vez que se dicen no se pueden desdecir. Tenemos que orar, junto con el salmista, para que Dios nos “ponga en la boca un centinela” (Sal 141:3). También nos recuerda que Dios puede escribir recto con lápices torcidos. Debemos tener cuidado de no confundir la obra de Dios *por medio de* nosotros en la evidencia de que Dios ha *terminado* Su obra *en* nosotros. Solo porque seamos buenos oradores, líderes o maestros, y solo porque Dios nos esté usando, no quiere decir que nuestros corazones lo estén agradando.

Hay, además, dos lecciones más profundas. La primera es que en gran parte estamos mucho más influenciados por nuestra cultura que por la Biblia, y estamos mucho más influenciados por nuestra cultura de lo que pensamos. Es fácil para nosotros ver cómo Jefté ignoró lo que las Escrituras que él tenía (los primeros cinco libros de nuestra Biblia) le decían acerca de quién es Dios y qué tan sagrada es la vida humana; y cómo, en cambio, escuchó a la cultura pagana en relación a Dios y a la vida. Pero seguramente muchas personas de otros tiempos y lugares estarían sorprendidas, por decir algo, de cuánto dinero los cristianos en la cultura occidental gastan en sí mismos. Jefté hace que nos veamos y nos preguntemos: ¿Qué enormes puntos débiles tengo yo? Si realmente queremos conocer la respuesta a esta pregunta, tendremos que leer la Biblia con humildad y regularidad.

La segunda lección es que el pueblo de Dios lucha por creer en un

Dios de gracia. En el **Jardín del Edén**, la primera mentira de la serpiente fue hacer que los humanos dudaran de que Dios quería lo mejor para ellos (Gn 3:1-5). Desde entonces, siempre hemos sentido que tenemos que controlar a Dios, pagarle a Dios y ser merecedores de Dios. No podemos simplemente confiar en que Dios nos ama y nos bendice. Vale la pena preguntarnos: *¿Cómo viviría yo de manera diferente (de una forma más radical o más tranquila) si realmente creyera que Dios está completamente comprometido conmigo para amarme y bendecirme y obrar lo que es mejor para mí?*

Guerra dentro de Israel

Como en la época de Gedeón, los hombres de Efraín están enojados porque se perdieron la gloria de la victoria. Esta vez van más allá de quejarse y amenazan la vida del juez (Jue **12:1**).

En respuesta, Jefté justifica su posición (**v 2-3**) justo como lo hizo con el rey de los amonitas (11:15-27), pero esta vez no espera una respuesta. Él “reunió a todos los hombres de Galaad y lucharon contra los de la tribu de Efraín. Los de Galaad derrotaron a los de Efraín” porque ellos los habían insultado (**12:4**). Los de Efraín habían conservado la frontera del Jordán contra los enemigos de Israel (3:27-29; 7:24-25); ahora, Jefté la conserva contra ellos. 42,000 miembros del pueblo de Dios mueren a manos del pueblo de Dios (**v 6**). Como era de esperar, el narrador registra que Jefté fue juez por seis años; pero, a diferencia de todos los otros jueces hasta ahora, no trajo la paz (**v 7**). La sangre de los de Efraín en el Jordán había arruinado la paz.

Jefté había tenido cuidado de ser diplomático y pacífico cuando su propia posición estaba en riesgo (11:4-11) y cuando enfrentó a los enemigos del pueblo de Dios (v 12-28). Pero aquí no duda en atacar a los que, dentro del pueblo de Dios, se le oponen. Trata al pueblo de Dios mucho peor de lo que él se trata a sí mismo o al mundo. Nosotros no somos tan diferentes. Si pasáramos más tiempo buscando la unidad, pasando por alto los insultos dentro de nuestras iglesias como lo hacemos al buscar permanecer en buenos términos con el mundo, nuestras comunidades estarían mucho menos divididas y serían mucho

más amorosas. Tenemos que preguntarnos: *¿En dónde soy demasiado rápido para juzgar a mis hermanos cristianos? ¿Qué diferencias dentro del cristianismo uso como oportunidades para despreciar a los demás? ¿A quién estoy rehusando perdonar, saboreando a fondo la oportunidad de excluir a esa persona?* Una vez más, vemos que con demasiada frecuencia ¡el mayor problema de la iglesia es la iglesia!

Preguntas para reflexionar

1. Medita en cómo trataste con la última acusación o crítica injusta que te hicieron (fuera o dentro de la iglesia). ¿De qué manera los ejemplos de Jefté y de Jesús transformarán tu respuesta la próxima vez que suceda?
2. Medita en las preguntas bajo el encabezado [*Las lecciones de la tragedia de Jefté*](#).
3. Medita en las preguntas bajo el encabezado [*Guerra dentro de Israel*](#).

JUECES 12 V 8 A JUECES 13 V 25

9. SANSÓN: UN NACIMIENTO MILAGROSO

Sansón es el último de los líderes comisionados por Dios en Jueces. Es famoso por el incidente que resultó en su caída: el corte de cabello que le hizo su esposa, Dalila. Ese incidente también preparó el camino para su acto más heroico. Pero su historia es mucho más rica que solo eso. En Sansón vemos los defectos del pueblo de Dios entre el tiempo de Josué y la monarquía (y, de hecho, de cualquier tiempo entre Edén y la **Nueva Jerusalén**). Sin embargo, también en Sansón vemos maravillosas pistas del perfecto Juez y Salvador que vendrá. Esas pistas comienzan incluso antes de que Sansón nazca.

Los últimos jueces menores

El capítulo **12:8-15** registra a los últimos jueces “no cíclicos”. Y así como cada uno de los jueces mayores ha estado cada vez más lejos del ideal de Otoniel, logrando una paz más tenue para el pueblo, así estos jueces menores están a años luz del ideal juez menor, Samgar (3:31). Ibsán usa su posición para crear una base de poder hereditario por medio de alianzas matrimoniales (**12:9**). Después del liderazgo de Elón (**v 10**), el hecho de que Abdón tenía cuarenta hijos y treinta nietos (**v 14**) indica que vivió como un rey, con un harén (como lo había hecho Gedeón, 8:29-31). El hecho de que los haya sentado en burros (el corcel de los monarcas, ver 1 Reyes 1:38-39; Zacarías 9:9) refuerza la impresión de que está intentando establecer una dinastía. Los defectos y los fracasos de los jueces mayores se reflejan en estos últimos que no son cíclicos, y no se registra que ninguno de ellos haya “salvado a Israel”.

¿A los ojos de quién importa?

Con el inicio del ciclo final, se nos dice que, como de costumbre, “los hijos de Israel volvieron a hacer lo malo ante los ojos de Jehová”, con el resultado familiar de que Dios los entrega a sus enemigos, en este caso, los filisteos (**13:1** RV60).

La frase “hacer lo malo ante los ojos de Jehová” ha sido un estribillo que se repite en Jueces (2:11; 3:7, 12; 4:1; 6:1; 10:6); esta es la última vez que aparece, aunque de hecho hay una frase que aparece dos veces en la doble conclusión del libro que expresa lo mismo de una manera diferente: “Cada uno hacía lo que a sus ojos le parecía bien” (17:6; 21:25, LBLA. La NVI oscurece el paralelo al traducir el final de estas oraciones como “Cada uno hacía lo que le parecía mejor”).

El escritor está planteando que muchas de las cosas que los israelitas hicieron no eran malas “a sus ojos”. En otras palabras, desde su percepción, todo o casi todo su comportamiento era perfectamente aceptable. No andaban pensando: *Yo sé que esto es malo pero de cualquier forma lo voy a hacer*. Sin embargo, “ante los ojos de Dios” el comportamiento era malvado.

Esto nos enseña dos verdades acerca del pecado. La primera, *la definición del pecado*. Este término “los ojos del Señor” en contraste con “a sus ojos” nos enseña que el pecado no consiste, al fin de cuentas, en violar nuestra conciencia ni nuestros estándares personales ni los estándares de la comunidad, sino en violar la voluntad de Dios para nosotros.

Por supuesto esto va en contra del pensamiento moderno. Continuamente se afirma en innumerables foros y lugares de reunión que “solo tú puedes definir lo que está bien y lo que está mal para ti”. En otras palabras, “mis propios ojos” (los sentimientos de mi corazón y las percepciones de mi mente) son la única forma de determinar el bien y el mal.

El sentido común contradice esto, incluso si no tuviéramos la Biblia. Si el mal solo lo determinan nuestros propios ojos, cómo les podríamos decir a los nazis que está mal exterminar a los judíos. Ellos pensaban que le estaban haciendo un favor a la raza humana o, incluso, que estaban suministrando justicia para los imaginarios “males” pasados. Pero una vez que admitimos que “nuestros propios ojos” no son suficientes para definir el pecado, ¿entonces los ojos de quién lo son? ¿Se define el mal por lo que es a los ojos de los expertos? ¿O a los ojos de la mayoría? Estos criterios tampoco eluden los holocaustos. No; la respuesta de la Biblia es la correcta. El pecado se define como violar nuestra relación con Dios, y como violar la voluntad de Dios para nosotros. Lo que Dios ve como pecado es pecado sin importar lo que sintamos nosotros o lo que digan los expertos o con lo que la cultura esté de acuerdo.

La segunda, estas frases nos muestran el engaño del pecado. Nos recuerdan qué tan fácilmente somos engañados. Los israelitas tenían racionalizaciones y respaldos psicológicos y culturales para su pecado, por lo que estaban viviendo negando la realidad “en grupo”. A sus propios “ojos”, o percepción, no había nada malo en lo que estaban haciendo. Había un profundo conocimiento suprimido de que estaban

fuera del contacto con Dios y de que estaban rechazando Su voluntad (Ro 1:18); pero a nivel consciente no sufrían una culpabilidad manifiesta y tenían un sinfín de explicaciones para sus estilos de vida.

No sabemos cuáles eran esas justificaciones pero debemos recordar que el corazón de su pecado (y del nuestro) es la idolatría, y los ídolos no siempre son cosas malas, sino cosas buenas transformadas en máximas esperanzas y metas, por lo que la línea entre el trabajo duro y hacer un ídolo del trabajo, o amar a tu familia y hacer un ídolo de ella, es muy fina. Un ídolo es, por naturaleza, engañoso. Nos dice que estamos siendo sensibles, cuidadosos y sabios por trabajar tan duro (incluso que estamos siendo desinteresados) cuando de hecho en nuestros corazones lo hemos puesto en el lugar de Dios y, por consiguiente, estamos haciendo el mal ante los únicos ojos en el universo que realmente cuentan.

Esto nos debe llevar a ser constantemente muy cuidadosos para evaluarnos por medio de la meditación en la Biblia y de la responsabilidad personal hacia los demás. Siempre estamos encontrando maneras de justificar nuestros pecados, como el materialismo y la preocupación, la amargura o el orgullo. No se ven mal a “nuestros ojos”. Como el escritor puritano del siglo diecisiete, Tomás Brooks, lo expone: “Satanás pinta el pecado con los colores de la virtud”.

Tendrán un hijo

En Jueces **13:2-3** se nos presenta a Manoa, de la tribu de Dan, y a su esposa (que aunque permanece anónima, es la heroína real de este capítulo). Y “el Ángel del Señor se le apareció a ella” (**v 3**); Dios ha comenzado a actuar para salvar a Su pueblo. Sansón es el único juez que es escogido antes de nacer o de siquiera ser concebido. La esposa de Manoa “no le había dado hijos porque era estéril” (**v 2**). “Pero”, dice el Ángel del Señor, “vas a concebir y tendrás un hijo” (**v 3**). Ella no debe beber alcohol ni comer nada impuro (**v 4**) ni cortar el pelo de su hijo porque “va a ser nazareo, consagrado a Dios desde antes de nacer. Él comenzará a librar a Israel del poder de los filisteos” (**v 5**).

El voto nazareo al que el Ángel se refiere se encuentra en Números 6:1-21 y contenía tres estipulaciones básicas. El nazareo no debía cortarse el pelo durante el periodo del voto; no debía beber ningún producto de la vid, con o sin alcohol; y no debía tener contacto con ningún cuerpo muerto.

El propósito del voto nazareo era pedir la ayuda especial de Dios durante un tiempo de gran importancia. Era una señal de que estabas buscando a Dios con gran vehemencia y concentración. Mantener el pelo sin cortar y abstenerse del fruto de la vid eran formas de mostrar que estabas “en entrenamiento” hacia una meta. Al abstenerse de tocar un cuerpo muerto, estabas adoptando las reglas rigurosas de la limpieza ceremonial para los sacerdotes a quienes no les estaba permitido tocar nada muerto, puesto que trabajaban en la casa de Dios todos los días (el

tabernáculo, en este punto de la historia).

Como se desprende de Números 6, el voto nazareo era hecho de manera voluntaria y por un periodo definido. Pero Sansón estaba por nacer en el estado nazareo de manera involuntaria (sus padres estaban tomando los votos por él) y debía permanecer nazareo toda su vida. Su madre no debía beber vino ni comer alimentos impuros porque el voto nazareo comenzaba de inmediato, ¡cuando Sansón estaba en el vientre! Lo que ella comiera y bebiera, Sansón en el útero también lo comería y lo bebería. Dios puso a Sansón bajo esta “regla” incluso cuando él todavía no había nacido. Él verdaderamente iba a ser “consagrado a Dios desde antes de nacer” (Jue **13:5**).

El Dios de lo imposible

Este nacimiento especial nos apunta hacia adelante, por supuesto, al más especial de todos los nacimientos, más de un milenio después. Pero la concepción de Sansón no nos debe recordar de la concepción solamente de Jesús. Dios muchas veces ha obrado en el mundo por medio de un niño cuya existencia, humanamente hablando, era imposible.

Isaac, el hijo que Dios le había prometido a Abram, y por medio del cual vendría la bendición al mundo (Gn 12:1-3), nació de Sara (una mujer que era estéril, 11:30; 21:1-3). Samuel, a quien Dios usaría para ungir a los dos primeros reyes escogidos para Su pueblo, nació de una mujer que no había podido tener hijos, Ana (1S 1:5-7, 19-20). Juan el Bautista, que anunciaría la llegada del Señor mismo, nació de Elisabet quien “era estéril; y [...] de edad avanzada” (Lc 1:7). El embarazo de María era imposible por una razón diferente: ella era virgen (Lc 1:26-27, 34). En el nacimiento de Jesús el grado del milagro se sale de la escala; para todos los demás bebés el poder de Dios abrió la matriz de las mujeres para que pudieran concebir naturalmente, pero con María, Dios le permitió concebir sin un padre humano.

Y, con excepción de Ana, Dios usó un ángel para prometer el embarazo. Cada nacimiento fue algo que la madre era humanamente incapaz de hacer. Dios estaba mostrando que la manifestación externa de Sus promesas de salvación era algo de lo que ningún humano podía tener control; que solo Él es el “que da vida a los muertos y que llama las cosas que no son como si ya existieran” (Ro 4:17).

Hay dos formas importantes en las que el nacimiento de Sansón y los de Isaac, Samuel y Juan son diferentes del de Jesús. Primera, cada uno de los otros nacimientos sucedieron a la sombra de la desgracia. En los tiempos antiguos, la fertilidad de una mujer era una parte importante de su honor y dignidad. Y las mujeres israelitas, recordando la promesa que Dios le había dado a Eva de que nacería un salvador que derrotaría al diablo y desharía los efectos del pecado, hubieran añorado participar potencialmente en el cumplimiento de esa promesa.

Por lo tanto, una mujer que no podía tener hijos vivía bajo una nube de vergüenza y con un sentimiento de desilusión (por lo menos uno que todavía sienten intensamente muchas mujeres sin hijos hoy en día en nuestras culturas). Dios las visitó en misericordia y les quitó la vergüenza y la desgracia, trayendo honor y gozo.

Pero el nacimiento de Jesús *trajo* desgracia a la madre y al Hijo. Nunca debemos olvidar que nuestro Salvador nació en el escándalo y la sospecha. Esto nos recuerda que mientras que los otros “salvadores” ganaron honor y gloria con el fin de hacer su trabajo, Jesús perdió todo Su honor y Su gloria por hacer el Suyo.

Segunda, la salvación que Sansón traería sería incompleta. Él, por sí solo, “comenzaría a librar a Israel del poder de los filisteos” (Jue **13:5**). Sansón es el último juez, pero apunta más allá de sí mismo, más allá del libro de Jueces, a Aquel que completaría la victoria sobre los filisteos: al rey David, el rey de Dios ungido por Samuel (1S 16:1-13). La salvación de David también fue incompleta porque él proporcionó descanso de los enemigos pero no pudo traer victoria sobre el pecado de su propio

corazón, mucho menos del de su pueblo. Solo la salvación de Jesús es una salvación completa; en este sentido, solo Él terminó el trabajo. Como el ángel le dijo al prometido de María, José: “Él salvará a Su pueblo de sus pecados” (Mt 1:21). Sansón nos apunta a David y, más allá de él, al mayor David: Jesús.

Preguntas para reflexionar

1. ¿De qué manera reflejará tu vida esta semana la verdad de que los ojos de Dios importan más que los tuyos?
2. ¿En qué tres cosas, además de Dios, te la pasas pensando la mayor parte del tiempo; te emocionan más; te preocupan más? ¿De qué manera estas cosas se podrían convertir en ídolos para ti? ¿De qué manera puedes detectar que esto está ocurriendo?
3. Dios “da vida a los muertos y que llama las cosas que no son como si ya existieran” (Romanos 4:17). ¿En qué parte de tu vida, o en qué momento de tu día, necesitas disfrutar más esta verdad?

PARTE DOS

Fe y obediencia

Cuando Sara escuchó que quedaría embarazada a pesar de su esterilidad, se rió con incredulidad (Gn 18:9-15). Cuando un ángel le dijo al padre de Juan el Bautista que tendría un hijo, no pudo creerlo (Lc 1:13-20). Pero la madre de Sansón mostró una completa fe en la habilidad del Señor para hacer lo imposible: “La mujer fue adonde estaba su esposo y le dijo: Un hombre de Dios vino adonde yo estaba. Por su aspecto imponente, parecía un ángel de Dios [...] Pero me dijo: Concebirás y darás a luz un hijo” (Jue **13:6-7**). Ella creyó la palabra de Dios, entregada por medio de Su mensajero, como otra mujer 1,200 años después: “Que Él haga conmigo como me has dicho” (Lc 1:38).

Además, la madre de Sansón obedeció la palabra de Dios. Aceptó la necesidad de que ella misma tenía que aplicarse el código de comportamiento de los nazareos (Jue **13:7**) con el fin de tener un hijo que sería usado en el servicio a Dios; igual que otra mujer se pondría completamente a disposición de Dios doce siglos después: “Aquí tienes a la sierva del Señor” (Lc 1:38). Tanto la esposa de Manoa como María confiaron que Dios haría lo que Él había planeado y prometido. A pesar del costo que significaba para ellas mismas (la fidelidad al código de los nazareos para la madre de Sansón, la vergüenza y la desgracia para la madre de Jesús), obedecen ese plan. Esto es fe.

Algo mejor que reglas

El padre de Sansón también muestra fe. Él le pide a Dios que les conceda una nueva visita de “el hombre [...] que nos enviaste” (Jue **13:8**). ¿Para qué? Para enseñarles “cómo criar al niño que va a nacer”. Algunos consideran esta petición como una falta de fe en Dios; pero Manoa asume que la promesa se hará realidad, que un niño nacerá. Su petición no es una prueba de que ellos tendrán un hijo, sino de ayuda para saber cómo criar al hijo.

El Señor, misericordiosamente, envía otra vez al Ángel (**v 9**). Una vez más él se aparece a la esposa; esta vez, ella corre a avisarle a su esposo (**v 10-11**) para que él pueda pedir de nuevo información más específica sobre cómo quiere Dios que este niño sea criado (**v 12**).

Pero el Ángel no les dará más detalles. Su hijo será apartado y la esposa de Manoa “debe cumplir con todo lo que le he dicho” (**v 13**); pero no les dará más reglas.

Manoa, al no darse cuenta que este es un ángel celestial en vez de un profeta humano (**v 16**), le ofrece comida (**v 15**). Aquí puede haber algún elemento de la religión pagana, ya que en esa cultura alimentar a alguien (a un dios o a una persona) implicaría que tenían una obligación hacia ti. De igual manera, conocer el nombre de alguien (**v 17**) era conocer su carácter; establecía una relación con deberes para ambas partes. ¡Manoa todavía está tratando de hacer que el ángel le especifique las reglas por las cuales debe criar a su hijo!

Esto explica por qué el ángel no come con él (**v 16**); otros pasajes nos

dicen que los ángeles sí comen con los hombres, como en Génesis 18:1-8), y por qué contesta a la pregunta sobre su nombre con otra pregunta (Jue **13:18**). El ángel no está en deuda con Manoa y no le dará la información que él piensa que necesita.

Sin embargo, ¿por qué el Ángel del Señor regresaría si no tenía ninguna nueva información para darle? Manoa oró por ayuda y aparentemente esa ayuda se le negó. Pero, de hecho, Manoa sí obtuvo la ayuda que necesitaba pero no en la forma que estaba pidiendo. Él quería saber “¿cómo debe ser el modo de vivir del muchacho y cuál debe ser su vocación?” (v **12** LBLA) para tener más normas. En cambio, Dios le da a Manoa una revelación de quién es Él. Como hemos visto, es probable que el Ángel del Señor sea el Hijo de Dios ([ver lo anteriormente dicho sobre el tema](#)). Y dice que su nombre “es un misterio maravilloso” (v **18**); es demasiado maravilloso para que un humano lo capte. Esto le dirige a Manoa hacia Su gloria. Después “el Señor” mismo “hizo algo maravilloso [...] Mientras la llama subía desde el altar hacia el cielo, el Ángel del Señor ascendía en la llama” (v **19-20**). Él imprime Su grandeza en sus mentes de manera indeleble.

Por fin Manoa “se dio cuenta de que aquel era el Ángel del Señor. ‘Estamos condenados a morir’, le dijo a su esposa. ‘¡Hemos visto a Dios!’” (v **21-22**). Conoce lo suficiente de la historia de su pueblo para comprender que nadie puede ver el rostro de Dios y vivir (Éx 33:20). Pero mientras entra en pánico, su esposa permanece tranquila. “Si el Señor hubiera querido matarnos, no nos habría aceptado” los sacrificios; ni “tampoco nos habría mostrado todas esas cosas” (Jue **13:23**).

Evidentemente, ¡no habían muerto! De manera interesante esto nos recuerda que la fe no es la ausencia del pensamiento, sino que es pensar y actuar sobre la base de la palabra y las promesas de Dios.

Dios no se ha acercado a ellos para destruirlos, aunque son humanos pecadores. En esto, Él les muestra Su bondad.

Así que, en respuesta a la pregunta de cómo criar al hijo que Dios les daba como parte de la manifestación del plan de Dios (cómo agradarlo y vivir conforme a Sus estándares), el Señor dice: *Lo que necesitan no es más información, sino conocerme a Mí y a Mi carácter. Todas las reglas del mundo no podrían darles la dirección en las decisiones y elecciones innumerables que tendrán que tomar y hacer con su hijo. Solo una comprensión profunda de quién soy Yo les puede dar la dirección que necesitan.*

Como veremos, la propia historia de la vida de Sansón, así como los intentos de Manoa de manipular al Ángel, indica que sus padres se quedaron bastante cortos en la crianza de su hijo y fracasaron en explicarle y mostrarle el carácter de Dios. Sin embargo, el mensaje que Dios les dio es un mensaje para todos nosotros. Pensamos que necesitamos reglas, pero lo que realmente necesitamos es conocer a Dios. Dios no nos da (ni nos dará) una guía para cada pequeño detalle, para cada duda y decisión en nuestras vidas. Él nos da algo mucho mejor: se da a Sí mismo.

¿Conformado o transformado?

Vale la pena hacer una pausa un poco más larga en este punto. En general, un padre le da a su hijo menos detalles conforme él o ella crece. Cuando tu hijo es muy pequeño, prácticamente lo debes seguir por todos lados y decirle: *No toques esto y no vayas ahí* ¡a cada paso en el camino! Un niño no sabe que no debe poner su dedo en un enchufe y no sabe que no debe comer tierra. Tiene que conformarse a tus mandatos.

Mientras más crece el niño, más esperas que incorpore en su propio corazón los valores, pensamientos y sabiduría que ustedes como padres le han dado, para que no dependa de instrucciones detalladas todo el tiempo. Con el fin de guiar a los hijos a la madurez, los padres deben moverse, de manera incrementada, desde un montón de reglas externas hacia un enfoque en motivos internos y principios de sabiduría.

De la misma manera, los cristianos en el Nuevo Testamento reciben muchos menos reglamentos y reglas que los creyentes del Antiguo Testamento. En el Antiguo Testamento mucho de lo que podías usar y comer y hacer estaba prescrito. Y luego en el efod del sacerdote estaban el Urim y el Tumim ¡que daban respuestas de *sí* y *no* a preguntas directas hechas a Dios! Muchos cristianos consideran esto un nivel mucho más avanzado de guía de lo que tenemos hoy. Como Manoa, nos gustaría tener considerablemente más normas.

Pero eso es confundir las reglas externas con una relación madura. Pablo dice que el cristiano no debe “conformarse”, sino más bien ser “transformado mediante la renovación de su mente” (Ro 12:2). No

conseguimos un montón de fórmulas; lo que sí conseguimos por medio del Espíritu Santo es a Dios mismo y el deleite de conocer “la mente del Señor” (1Co 2:16). Podemos ver Su rescate en la cruz y Su triunfo en la resurrección, y podemos ver el carácter de Dios mucho más claramente de lo que pudieron ver aun los más grandes héroes del Antiguo Testamento. No necesitamos saber de Dios por medio de Sus estándares externos cuando podemos conocer a Dios por medio de Su Espíritu. ¡Tenemos que aprender la lección que se le enseñó a Manoa!

¿Qué hay en un nombre?

¡Todo esto ha pasado antes de que ni siquiera nazca Sansón! Pero su nacimiento no está en duda ya que depende de la promesa de Dios. Y de esta manera “la mujer dio a luz un niño y lo llamó Sansón” (Jue **13:24**), un nombre que significa “solecito”. Ya que muchos cananeos consideraban al sol como un dios, esta es otra clave de que Israel, mientras que no rechazaba completamente al Señor, había combinado la adoración (de media gana) hacia Él con la adoración a las deidades de otras naciones. Es de preocupar que el futuro juez de Israel (un predecesor del Hijo de Dios) lleve el nombre de un dios pagano, llamado de hecho “Hijo del Sol”^{*}.

Sin embargo, Dios obra a favor de Su pueblo imperfecto y por medio de él. Cuando Sansón crece, Dios lo bendice (**v 24**) y el Espíritu de Dios comienza a obrar en él (**v 25**). Este es un niño que fue concebido de manera milagrosa, escogido por Dios, apartado para servirlo, bendito por Él y moldeado por Su Espíritu. Sansón tiene todas las ventajas espirituales. Es el último juez en este libro, la última gran esperanza para Israel. Estamos a la espera de ver cómo rescatará y gobernará al pueblo de Dios en obediencia a Dios.

Y en casi todos los sentidos, estaremos decepcionados. Los defectos de Sansón, así como su nacimiento, nos recordarán que el pueblo de Dios necesita otro Libertador mayor.

Preguntas para reflexionar

1. Cuando actuamos por fe en las promesas de Dios en vez de por un deber de obedecer a regañadientes, ¿qué diferencia hace en nuestra obediencia?
2. ¿En qué partes de tu vida has querido, en el fondo, que Dios te hubiese dado reglas o respuestas en vez de a Él mismo?
3. ¿Existen maneras en que no estás disfrutando tu relación con Dios porque preferirías tener algunas normas qué seguir?

[*](#) En inglés el juego de palabras es “Sun-son” que suena como Sansón.

JUECES 14 V 1 A JUECES 15 V 20

10. SANSÓN: EL MUJERIEGO

La historia de Sansón es famosa por su potente mezcla de sexo, violencia, muerte y poder, ¡exactamente la esencia de una película de acción de hoy en día! Pero si la leemos como parte de toda la narrativa del libro de Jueces, veremos que es por lo menos desconcertante, y probablemente perturbadora. Conforme la condición espiritual de Israel empeora cada vez más, el escenario parecería estar preparado para la llegada de un gran juez / líder, quizá el mayor de todos. Y el capítulo 13, con su **anunciación**, nos prepara para un maravilloso y poderoso libertador.

Sin embargo, en lugar de eso, nos encontramos con el personaje más imperfecto del libro: un hombre violento, impulsivo, adicto al sexo, emocionalmente inmaduro y egoísta. Lo que más perturba es que el “Espíritu de Dios” parece ungir y usar sus arrebatos de rencor, orgullo y temperamento.

Una mujer filistea

Sansón es ahora un hombre maduro, movido por el Espíritu del Señor (13:25). Pero al comienzo del capítulo 14 (y a lo largo del resto de su vida) será movido por un impulso mucho más mundano. Un día, “Sansón descendió a Timnat y vio allí a una joven filistea” (14:1). De regreso a casa les dice (literalmente) a sus padres: “He visto en Timnat a una joven filistea; pídanla para que sea mi esposa” (v 2).

Sin duda sus padres recuerdan la predicción del Ángel de que Sansón libertaría a los israelitas de los filisteos (¡no es la clase de cosa que olvidarías!). Así que imagina su angustia cuando Sansón llega a casa y, en vez de pelear en contra de los enemigos de Israel, ¡se quiere casar con una de ellos! Los padres objetan diciendo que debe haber una mujer en su amplia familia, o por lo menos en Israel, con quien se pueda casar (v 3): “¿Tienes que ir a buscar una esposa entre esos filisteos incircuncisos?”. Aquí la palabra “incircunciso” es clave. La circuncisión era una señal de que una familia estaba en un pacto o relación personal con Dios como parte de Su pueblo. Su punto no era racial (como si dijeran: *¡Ningún hijo mío se casará con una de esas filisteas!*). Se trata de un matrimonio con alguien que está fuera del pacto del Señor. La prohibición de Dios (Éx 34:15-16) no es en contra del matrimonio interracial, sino del matrimonio entre personas que no comparten la misma fe (por ejemplo: Moisés estaba casado con una no israelita, Séfora, pero era una mujer que reconoció el pacto de Dios; ver Éxodo 4:24-26).

Sin embargo, Sansón no está dispuesto a escuchar. “¡Pídeme a ésa!”,

insiste groseramente (Jue **14:3**). Después dice (literalmente): “Esta agradó a mis ojos” (NRV2000). Este es el enfoque de la vida y la moralidad que hemos visto que todo Israel adopta: hacer lo malo a los ojos de Dios, pero hacer lo que está bien a los suyos (13:1; 17:6). Sansón es un líder que refleja el verdadero estado espiritual de Israel en vez del ideal de Dios para Su pueblo. Aquí estamos viendo a Israel a menor escala, en la vida de un hombre. (En los capítulos 17-21, veremos los mismos impulsos y corrupción espiritual a mucha mayor escala e incluso de una forma más espantosa).

En primer lugar, Sansón es impulsivo. Es absolutamente un hombre sensual, en la definición más básica del término. Sus sentidos lo controlan (reacciona a lo que siente por lo que ve, sin reflexión ni consideración). Él ve, y toma. Esta impulsividad general conduce a una debilidad específica que veremos conforme la historia avanza; a saber, una total falta de autocontrol en el sexo.

En segundo lugar, Sansón no se deja educar. Desprecia el consejo y la autoridad de sus padres. El libro de Proverbios explica de manera extensa qué tan orgulloso y necio es no estar dispuesto a escuchar el consejo de los demás. Puesto en su contexto cultural, el orgullo de Sansón aquí es, incluso, más extremo. En nuestros días sería más normal que un hijo fuera insolente con sus padres, pero este no era el caso en el antiguo Israel. Arthur E. Cundall dice:

“En la sociedad israelita el padre era la cabeza de la familia y como tal ejercía el control... incluyendo la elección de las esposas para los hijos (Gn 24:4; 38:6). Era inusual que un hijo desobedeciera los deseos de sus

padres en este ámbito (Gn 26:34-35), porque la familia era la célula [de la sociedad], y la preferencia personal estaba subordinada a esto”.

(Jueces y Rut, p. 162)

Impulsivo e imposible de educar. ¡Es un buen resumen del estado de todo Israel!

Yugos desiguales

Aquí tenemos que desviarnos un poco para pensar acerca de *por qué* la Biblia les prohíbe a los creyentes entrar en matrimonios desiguales. Éxodo 34:15-16 le dice a Israel que no haga pacto con “los habitantes de esta tierra” (es decir, los que no conocen al Señor), ni “cases a tu hijo con una de sus mujeres”. ¿Por qué? Porque tales asociaciones vinculantes, ya sea a nivel nacional o familiar, harán que Israel se una con sus aliados / esposas en prostituirse a “sus dioses” (v 16).

En 2 Corintios 6:14-16 el apóstol Pablo renueva el llamado a los creyentes de no entrar en relaciones vinculantes con los que no adoran a Dios. (La palabra “yugo” probablemente quiere decir varias clases de relaciones vinculantes, pero como mínimo significa matrimonio, que es la más vinculante de todas las relaciones humanas). Aquí, como en Éxodo, la cuestión principal es que tales matrimonios debilitan la lealtad de un creyente hacia Dios. “¿En qué concuerdan el templo de Dios y los ídolos?” (v 16).

Una lectura superficial de la declaración de Pablo puede llevar a un lector a concluir que la Biblia está preocupada de que el cónyuge incrédulo trate de convertir al creyente, por lo que a veces las personas dicen: *Esto no es problema para mí. Me puedo casar con X porque él o ella respeta por completo mi fe y me dará total libertad para practicarla.* Pero recuerda, el contexto para cada uno de estos textos no son las otras religiones, sino la idolatría. La idolatría es desplazar a Dios haciendo que las cosas buenas (cosas creadas) sean más importantes que Dios.

Cuando tu cónyuge no comparte tu fe, hay una gran presión para adaptarte a eso empujando a Dios más hacia los márgenes de tu vida. Estás en una relación íntima con alguien que no entiende lo que debería ser la fuente y la motivación para absolutamente todo lo que haces. La respuesta natural a esto es hacer que Dios sea menos primordial en todo. De otra manera te toparás constantemente con la mirada incrédula de tu pareja. Existe una presión diaria y oculta para adorar a algo más: tu propio cónyuge o los ídolos que trae al matrimonio (probablemente sin darte cuenta de ello).

Esta es la razón por la que la Biblia insta a los creyentes a no casarse a sabiendas con un incrédulo. (Debemos recordar, sin embargo, que Pablo insiste en que un cristiano o una cristiana que ya está casado o casada con un incrédulo o una incrédula no debe buscar divorciarse, sino que debe buscar de manera activa construir un buen matrimonio; 1Co 7:12-15).

Lo que Israel no hizo

¡Ya podemos ver que Sansón no será el juez que estamos esperando! El primer juez, Otoniel, peleó contra los enemigos de Israel y de esta manera se casó con Acsa, una israelita piadosa, fiel y confiable (Jue 1:12-13). El último, Sansón, va entre los enemigos de Israel con el fin de casarse con una filistea anónima que no conoce a Dios. Resulta importante que la haya encontrado en Timná (en medio del territorio israelita) y que él era libre de ir y venir entre los filisteos. Los filisteos estaban asentados y vivían vidas normales dentro de Israel. Ellos “dominaban” (13:1; **14:4**) sobre Israel; sin embargo, su “ocupación” parece completamente pacífica. Sansón le dio poca importancia a casarse con una de ellos.

Esto debe impulsarnos a darnos cuenta que algo ha estado faltando en este ciclo de Jueces. Israel no ha clamado por el rescate de la opresión. No hay resistencia en su esclavitud. Más adelante en la narrativa vemos que los hombres de Judá (que habían sido los primeros en ir a pelear por su tierra, 1:2), simplemente toman como un hecho de la vida que “los filisteos nos gobiernan” (15:11).

En resumen, la rendición de Israel ante los filisteos es mucho más profunda y completa que cualquiera de las esclavitudes anteriores. En el pasado, Israel gemía y agonizaba cuando estaba bajo la ocupación de los poderes paganos porque su opresión era militar y político. Pero ahora el pueblo es prácticamente inconsciente de su esclavitud porque su naturaleza es la de una adaptación cultural. Ahora los israelitas no gimen

ni se resisten a sus “captoreos” porque han adoptado y se han adaptado por completo a los valores, **costumbres** e ídolos de los filisteos. Como el mismo Sansón, los israelitas estaban ansiosos de casarse con la sociedad filistea, quizá como una manera de “escalar” en la cultura. Los israelitas ya no tenían una cultura propia y reconocible, la cual se basaba en el servicio al Señor.

No podemos enfatizar más el peligro en el que Israel está. Los israelitas estaban al borde de la extinción. Dentro de un par de generaciones podrían haber sido completamente **asimilados** por la nación filistea. Michael Wilcock dice:

“No existe tal cosa como una coexistencia armoniosa entre la iglesia y el mundo; si no hay conflicto, es porque el mundo ha tomado el control”.

(El Mensaje de Jueces, p. 142)

A continuación hay tres ejemplos de cómo los esfuerzos de la iglesia para evitar el conflicto con el mundo han sido, o son ahora, realmente una rendición al mundo:

- En la primera mitad del siglo 20, los protestantes de las denominaciones principales crearon un movimiento muy atrevido para ser “relevantes” a las personas modernas que no podían creer en lo sobrenatural. Rudolph Bultmann, un gran teólogo, dijo: “Nadie que usa la tecnología moderna puede creer en el mundo antiguo de espíritus y milagros”. Se pensaba que la gente moderna eventualmente perdería por completo toda creencia en un mundo

sobrenatural. Así que muchas iglesias comenzaron el proyecto de “quitar lo sobrenatural” del mensaje cristiano. La Biblia ya no se vio como la **infalible** revelación de Dios, sino como historias inspiradoras (aunque imperfectas) de la antigüedad. Los mismos conceptos de “conversión” y “nuevo nacimiento” fueron desechados. Ahora, “convertirse en cristiano” significaba vivir una buena vida de misericordia y justicia. Esto quitó el “conflicto” entre el cristianismo y los que no podían creer en los milagros, en una Biblia divinamente revelada o en una resurrección física. Pero, por supuesto, esto quería decir que el racionalismo científico era ahora el verdadero “gobernante”.

- Esas iglesias que podemos llamar “liberales” (en aras de la conveniencia) son atractivas para una sección de la cultura moderna que tiene (por lo menos) tres ídolos: (1) elección personal y libertad; (2) tolerancia absoluta y rechazo a la verdad exclusiva y a la responsabilidad personal; (3) experiencia profesional y estatus. Tales iglesias, con el fin de atraer a esta cultura y evitar el conflicto, se han adaptado. Aceptan la ética moderna del sexo, no ejercen la disciplina en la iglesia, no predicán a Cristo como el único camino de salvación. Su ministerio es de apoyo y terapéutico; a nadie nunca se le advierte de los peligros del juicio de Dios. La iglesia es manejada por expertos y los laicos no están facultados para ministrar. En general, las opiniones populares de la cultura moderna se adoptan y se promueven. Si estas iglesias predicaran el juicio, la responsabilidad y la virtud moral (como lo hizo Jesús),

¡habría conflicto!

- Las iglesias más “conservadoras” son más atractivas para los que idolatran: (1) un pasado idealizado; (2) la familia como unidad básica o nuclear; (3) su propia raza y la cultura tradicional; (4) la autoridad. Mientras que la cultura liberal es relativista, la cultura conservadora es moralista y hace un ídolo de la “bondad” y la respetabilidad. La cultura conservadora a menudo valora la sumisión incondicional a los líderes, tiende a idealizar “los buenos tiempos pasados”, es propensa a sentirse superior en su punto de vista sobre su propia cultura, y tiende a poner demasiado énfasis en la vida familiar, tanto que los solteros y los padres solteros o las madres solteras se sienten como ciudadanos de segunda clase. Si estas iglesias predicaran sobre el racismo, la necesidad de la justicia para los pobres y desafiaran a las personas a acoger a los que social y moralmente son reprochados (como lo hizo Jesús), ¡habría conflicto!

En el Israel del tiempo de Sansón, Dios había decidido impedir que Su pueblo se volviera culturalmente indistinto y (por lo tanto) espiritualmente extinto. Lo hará por *medio* de Sansón y *a pesar* de Sansón. ¡Y habrá conflicto!

Preguntas para reflexionar

1. ¿Cuándo te es más difícil no actuar por un impulso?
2. ¿Tienes que luchar con las implicaciones de 2 Corintios 6 en tu propia vida (y quizás hablar con un amigo cristiano sobre este asunto)?
3. ¿Por qué para las iglesias y los creyentes individuales es tan atractiva la asimilación de la cultura que los rodea? ¿Sientes ese tipo de presión en tu propia vida?

PARTE DOS

Obrando a través del pecado

¿Qué hace Dios cuando Su pueblo no solo se está *amoldando* al mundo, sino que se está siendo *asimilado* por mundo? **14:4** es el versículo decisivo en la narrativa de Sansón, la clave para entender toda la historia y la respuesta a esa pregunta: “Sus padres no sabían que esto [el deseo predominante de Sansón de casarse con la filisteas] era de parte del Señor, quien buscaba la ocasión para confrontar a los filisteos”.

Dios usará las mismas debilidades de Sansón –su “fraternización” con los filisteos, su apetito sexual, su deseo de venganza y su temperamento (los cuales veremos en la siguiente parte)– para provocar la confrontación entre las dos naciones. Las debilidades de Sansón dan como resultado una enemistad mortal entre ambas naciones que conduce a un conflicto cada vez mayor y, finalmente, a la necesaria división entre ellas.

Michael Wilcock lo dice así:

“La fuerza de 14:4 es que las dos comunidades están tan interconectadas que hasta el Señor mismo no puede encontrar nada a lo que asirse para hacer palanca con el fin de separarlos. Por lo tanto, usa las debilidades de Sansón para dar lugar a una relación con esta muchacha irresistible, de la cual fluirá tanto sentimiento enfermizo”.

(El Mensaje de Jueces, p. 139)

Conforme avanza la historia, veremos que todos actúan de acuerdo con

su propio carácter impío. Todos son responsables de lo que hacen. Pero también veremos que Dios usa todo para asegurarse de que las dos naciones se distancien (a pesar de los mejores esfuerzos de Sansón y después de los de Judá) para que Su pueblo no pierda totalmente su distinción. Dios permanece incondicionalmente comprometido a Sus promesas del pacto. Él ha prometido amarlos, darles una herencia y nunca romper con este compromiso (2:1). Aquí, Él es tan fiel a Sus promesas que no solo las cumple *a pesar* de su pecado, sino incluso *a través* de su pecado. Él usa la propia pecaminosidad de Israel para provocar la liberación.

El ejemplo supremo de esto está en Hechos 2:23, cuando vemos que Dios usó las decisiones (libres y malvadas) de seres humanos para matar a Jesús, ¡y así redimir al mundo de sus libres y malvadas decisiones! Aunque las personas que mataron a Jesús lo estaban haciendo de pura maldad, Dios arregló las cosas de tal manera que su maldad solo cumpliera Sus propósitos redentores.

Así que, por extraño que parezca, Dios en Su misericordia está usando las debilidades de Su pueblo para asegurarse de que no haya paz con las culturas a su alrededor. El pueblo de Dios (tanto hoy como entonces) no tiene que estar en paz con el mundo, porque “la amistad con el mundo es enemistad con Dios” (Stg 4:4). ¿Por qué? Porque si somos como el mundo amaremos a los ídolos y le daremos la espalda a Dios; seremos, como dice Santiago, “gente adúltera”. Es por la misericordia de Dios que Él no permite que el mundo ame a la iglesia por largo tiempo. Esto obliga a Su pueblo a reconocer que no somos parte del mundo, que nuestro Señor y

Salvador es diferente, y al fin clamar a Él para que nos rescate de nosotros mismos y que nos gobierne a pesar de nosotros mismos.

Un león, una apuesta y una mujer

Hemos tomado la mayor parte de este capítulo para cubrir cuatro versículos. ¡Ahora cubriremos el resto de los capítulos 14 y 15 en unas cuantas páginas! Pero estos dos capítulos son en esencia la manifestación externa de quién es Sansón (impulsivo e imposible de educar), quién es Israel (prácticamente indistinguible de las naciones a su alrededor) y qué está haciendo Dios (rescatando a Su pueblo al dar lugar al conflicto con lo que son sus amos físicos y espirituales).

El primero y el tercero de estos temas están enfocados en los versículos **14:5 – 15:8**. Sansón comienza a mostrar desprecio por su voto nazareo. Cuando “un rugiente cachorro de león le salió al encuentro [...] a mano limpia despedazó al león” (**14:5-6**). Al ser nazareo, Sansón no puede tocar un animal muerto, y ahora debe ir al tabernáculo inmediatamente para purificarse. Pero está en su camino para ver a la mujer que quiere (evidentemente su lujuria aplasta sus votos, razón por la cual no se lo dice a sus padres, **v 6**) y él “fue y habló con la mujer” (**v 7**). Después vuelve a tocar un animal muerto y esta vez hace que sus padres, de manera inconsciente, también queden impuros (**v 8-9**).

Sansón se prepara para casarse con su novia (**v 10-11**) y, en efecto, desafía a sus “compañeros” filisteos (**v 12-14**), apostando que ellos no descifrarán su enigma y que él ganará riquezas. Pero los filisteos buscan apoyo en su esposa (quien en esta etapa está comprometida con él; la boda misma aún no se había celebrado) y, mostrando una vez más su incapacidad para pensar de manera racional cuando una mujer le atrae,

Sansón le da la respuesta a su amada y ella se la transmite a los filisteos (**v 15-18**). Ahora vemos la violencia vengativa de Sansón (**v 19**). Como hemos visto, no puede controlar sus sentimientos ni su temperamento. Derriba a treinta filisteos, no por un deseo de salvar a Israel, sino para desquitarse y pagar sus deudas.

Puesto que Sansón regresa a la casa de sus padres, su esposa “fue entregada a uno de los que lo habían acompañado en su boda” (**v 20**), es decir, a un filisteo. Pero no había manera de que Sansón lo supiese, así que “pasado algún tiempo [...] fue a visitar a su esposa” (**15:1**). Podríamos esperar que él, llevado por su lujuria, aceptara la nueva oferta que le hacen de quedarse con la hermana más joven y más hermosa (**v 2**) pero ¡Sansón no va a dejar que nadie le diga qué hacer! “¡Esta vez sí que no respondo por el daño que les cause a los filisteos!” (**v 3**), y esta vez su ira violenta se manifiesta quemando los campos de los filisteos (**v 4-5**). Como venganza por la represalia de Sansón, los filisteos “fueron y la quemaron a ella [la esposa de Sansón] y a su padre” (**v 6**). Sansón, como podemos dar por sentado, no tomó esto a la ligera; juró vengarse (**v 7**) y “causó entre ellos una tremenda masacre” (**v 8**).

De este episodio nadie sale bien librado. Sansón no se preocupa en lo absoluto por el papel que Dios le había dado; es brutalmente violento. Pero los filisteos son igualmente malvados; uno de ellos ofrece a este matón dos de sus hijas, y después es quemado hasta la muerte por sus compatriotas. Sansón actúa igual que los enemigos de Dios. Como ya lo hemos dicho, para nosotros es fácil ver otra cultura y ver cómo un miembro del pueblo de Dios se ha “vendido” a la cultura que está a su

alrededor; somos mucho más renuentes a examinar a fondo dónde *nosotros* podríamos haber fallado.

El Espíritu del Señor

Pero Dios está obrando en todo esto. ¿Por qué Sansón pudo matar al león? Porque “el Espíritu del Señor vino con poder sobre Sansón” (**14:6**). ¿Por qué es capaz de matar a treinta filisteos con el fin de robar sus ropas? Porque “el Espíritu del Señor vino sobre Sansón con poder” (**v 19**). Dios le está dando a Sansón una fuerza sobrenatural. Esto es lo único que necesita (aparte de sus propios defectos de carácter) para que provoque la división entre Israel y los filisteos (que es lo que el pueblo de Dios necesita desesperadamente, aunque no se dé cuenta). Dios está empezando a salvar a Su pueblo al divorciarlos de su matrimonio con sus ídolos y con el mundo a su alrededor.

Pero, ¿cómo puede Dios usar a semejantes personas imperfectas (como Sansón) para hacer Su obra? ¿No debería solo obrar por medio de personas que sean hombres y mujeres buenos y piadosos? ¿No debería solo usar a las personas que tienen las creencias correctas y el comportamiento apropiado?

El problema con esta filosofía es que se pone a Dios dentro de una caja. Esta filosofía dice que Dios está limitado por los seres humanos, que solo le está permitido obrar cuando las personas están siendo buenas y están tomando elecciones piadosas. Significaría que Dios no obra por gracia, tomando la iniciativa para salvar, sino en respuesta a las buenas obras, esperando a que las personas lo ayuden a salvar.

David Jackman describe cómo el libro de Jueces desmiente esta creencia:

“Es, sobre todo, un libro acerca de la gracia, de la misericordia inmerecida, tal y como lo es toda la Biblia... Eso no resta importancia a la precisión teológica ni pretende demostrar que nuestro comportamiento no importa... (Igualmente sufriremos por causa de nuestros pecados)... sino que nos podemos gozar que Él también está en el negocio de usar nuestros fracasos como los fundamentos para Su éxito. Nunca imaginemos que tenemos a Dios atado o que sabemos cómo o cuándo obrará. Cuando comencemos a decir ‘Dios no puede o no podrá... hasta que...’ tenemos un mal punto de partida”.

(Jueces, Rut, p. 222)

La sorprendente verdad es que Dios obra por medio de pecadores y a través de situaciones pecaminosas. Él guarda Sus promesas de bendecir a Su pueblo en los periodos oscuros y desastrosos de nuestras vidas así como en los tiempos en que las cosas están yendo “bien”. Ni siquiera nuestro propio pecado lo detendrá de salvarnos o usarnos. De manera misteriosa, y muchas veces inadvertida, y por lo general mucho más allá de nuestra comprensión, Dios obra a través de las decisiones libres (y muy a menudo equivocadas) que las personas toman: “Dios dispone *todas* las cosas para el bien de quienes lo aman” (Ro 8:28).

Liderazgo sin paz

La violencia se está incrementando, y vemos represalia tras represalia. Sin perdón ni reconciliación, esta es para nosotros una historia familiar tanto dentro de las estructuras familiares como a nivel nacional. Cada acción provoca una reacción, que trae en sí su propia reacción; y el ciclo aparentemente inquebrantable continúa. De esta manera, los filisteos se levantan en armas y acampan en Judá para “tomar prisionero a Sansón [...] para hacerle lo mismo que nos hizo a nosotros” (**15:10**). Judá tiene tanto interés en permanecer en paz ¡que no tiene ni idea de que Dios ha levantado un juez para salvar a Israel! (**v 10**). Cuando descubren lo que Dios ha hecho, ¡envían 3,000 hombres para entregar al juez a su enemigo! (**v 11-12**). Puede que lleven el nombre del pueblo de Dios, pero prefieren vivir en paz con el mundo y adorar a sus ídolos que ser liberados para adorar a Dios. Prefieren liquidar a su propio libertador que correr el peligro de la confrontación con el mundo.

Así que atan a su propio juez (**v 13**) y lo llevan a los filisteos. Una vez más, no obstante, “el Espíritu del Señor vino sobre él con poder”. Sansón rompe sus ataduras y “al encontrar una quijada de burro que todavía estaba fresca” (un animal muerto; aunque a estas alturas parece que Sansón ha dejado muy atrás su voto nazareo) “la agarró y con ella mató a mil hombres” (**v 14-15**), burlándose de ellos mientras los mataba (**v 16**).

Ahora, por primera vez, Sansón le habla al Dios que lo ha escogido y que le ha otorgado este poder. Pero su oración no es ni humilde ni fiel: básicamente exige que Dios lo ayude y se queja de que no lo hace (**v 18**),

lo que demuestra que Sansón no tiene ni idea de que el Espíritu de Dios es el que lo ha rescatado de un león, de una apuesta perdida y ahora de mil filisteos. Sansón usa la fuerza de Dios pero no depende de Dios, excepto cuando se encuentra en situaciones extremas (no hablará con Él otra vez sino hasta el 16:28, cuando esté ciego y atrapado). Con todo, Dios está obrando por medio de Sansón y le da el agua que necesita **(15:19)**. Ya reanimado “Sansón gobernó a Israel durante veinte años” (**v 20**). Pero no es el liderazgo de los jueces anteriores. No ha salvado a Israel de la opresión espiritual o física. Todavía son “los días de los filisteos”.

La distinción entre el otorgamiento de dones y el crecimiento del fruto

Otra vez el Espíritu dota a Sansón de una forma extraordinaria: ¡matar a mil hombres armados con una quijada no es poca cosa! Pero si Sansón tiene el Espíritu de Dios, ¿no deberíamos verlo crecer en santidad? ¿Cómo puede estar tan facultado por el Espíritu y aun así no mostrar paciencia, humildad o autocontrol?

La Biblia siempre ha hecho una distinción de la cual la mayoría de los creyentes no son conscientes. Es posible tener los dones del Espíritu y carecer del fruto del Espíritu. En 1 Corintios 12 y 14 Pablo nos dice que los “dones” del Espíritu son habilidades para *hacer* (habilidades para servir y ayudar a las personas, aunque también se pueden usar para otros fines). Pero en Gálatas 5:22-23 Pablo nos dice que el “fruto” del Espíritu son rasgos del carácter de *ser* (cualidades tales como la paz, la paciencia, la bondad y el dominio propio). Después, en 1 Corintios 13:1-3 Pablo nos dice que es posible tener aptitudes (o dones) para enseñar, para la oratoria y el liderazgo, y con todo carecer del fruto del amor, sin el cual los dones no valen “nada”.

Así que a veces en la Escritura nos toparemos con hombres y mujeres, como Sansón, que tienen grandes dones pero parecen mucho menos profundos en la santidad y el carácter. 1 Corintios 13 nos insta a tener cuidado con esto. Los dones del Espíritu Santo pueden operar en nosotros, incluso poderosamente, y podemos estar ayudando a personas y liderando movimientos; sin embargo, nuestras vidas personales

internas pueden ser una completa ruina. De hecho, este patrón es tan común que regularmente puede existir una conexión entre una vida externa impresionante y una vida interna arruinada. Algunas de las personas más activas y efectivas en la enseñanza, en la consejería y en el liderazgo están, en sus vidas privadas, cediendo a la tentación, al desaliento, a la ira y al temor.

¿Qué podemos hacer al respecto? En primer lugar, podemos reconocer la distinción bíblica entre dones y fruto. Muchas personas ven sus dones como una “prueba” que justifica que están bien espiritualmente: *¡Mira a las personas que sirvo! ¡Y lo mucho que me dicen que significo para ellas! Seguro que Dios está encantado conmigo.* Pero no debemos confundir la operación de los dones con el crecimiento del fruto. El fruto es la “prueba” del crecimiento espiritual.

En segundo lugar, nuestra vida de oración, más que nuestras actividades religiosas, es el mejor indicador de nuestra salud espiritual. ¿Es tu oración cálida, placentera y consistente? ¿No solo hablas, sino que escuchas y aprendes? O, como Sansón, ¿usas la oración como último recurso solo para ti y para tus propios deseos?

En tercer lugar, debemos evitar el cristianismo tipo “llanero solitario”. La comunión íntima con otros creyentes es la mejor manera de asegurar la integridad de nuestras vidas públicas y privadas. Sansón se caracteriza por su soledad. No solo no pide consejo, sino que nunca trabaja con otros ni forma equipo con nadie. Él pretende ser un equipo demoledor trabajando solo. Esta es la fórmula perfecta para enfocarse en las impresiones externas y a la vez sufrir de desintegración interna, puesto

que no hay nadie lo suficientemente cerca para ver nuestras vidas espirituales, o para animarnos o retarnos en cuanto a nuestra forma de vivir.

Preguntas para reflexionar

1. ¿De qué maneras has visto que el Señor obra a través de tu pecado o del pecado de alguien más? ¿Cómo te lleva esto a alabarlo?
2. ¿Por qué es emocionante y liberador (y cómo te acerca en humildad a Dios) saber que Él obra por medio de gente imperfecta?
3. ¿Qué revelan tus oraciones acerca de tu opinión sobre los dones del Espíritu y del fruto del Espíritu? ¿Estás siendo motivado a orar más?, ¿o de orar de manera diferente?

JUECES 16 V 1-31

11. SANSÓN: EL VENCEDOR DÉBIL

Sansón, el designado juez y salvador del pueblo de Dios, ha causado ahora la muerte de más de mil filisteos sin llevar a Israel hacia la libertad y la obediencia al Señor. Todas sus acciones en contra de los filisteos han sido convenencieras, con el fin de sacarlo del problema que resultó de su decisión de ir a la ciudad filistea de Timná, donde “vio allí a una joven filistea” (14:1).

Para el final del capítulo 15, Sansón escapa de las crisis con los filisteos y gobierna a Israel por veinte años. Después, “un día Sansón fue a Gaza” (que no es cualquier pueblo filisteo, sino la capital misma) donde vio a una prostituta (**16:1**). ¡Sansón no ha aprendido nada! Mientras que su fuerza física una vez más lo rescatará de su propia debilidad por las mujeres, la próxima embarrada será la última.

El patrón continúa

Los **versículos 1-3** son, por consiguiente, un vínculo al pasado (14:1–15:20) y al futuro (**16:4-31**). Son típicos del patrón de vida de Sansón: ser atraído hacia una situación extremadamente peligrosa debido a su debilidad por las mujeres. El hecho de que el juez de Israel pasara la noche con una prostituta *filistea* (**v 1**), dejándose rodear (**v 2**), no es solo desobediencia, sino necedad.

También muestra cómo el patrón se está intensificando: su temeridad (al ir a la capital), su adicción al sexo (dormir con una prostituta) y el poder de la trampa (rodeado de guardias en una ciudad amurallada, **v 2-3**), son todos mayores de los que se describen en los dos capítulos anteriores. Como cualquier patrón de adicción o compulsión, el ciclo está aumentando en fuerza y poder. Y el acto de fuerza que se requiere para escapar es el más impresionante; es una hazaña notable levantar las puertas de la ciudad y cargarlas poco más de sesenta kilómetros a una colina cerca de Hebrón, como lo hace Sansón en el **versículo 3**.

A esta altura sabemos que Sansón no aprende. Esperamos que aumente la temeridad y el peligro, y que se lleve a cabo un acto espectacular de fuerza sobrenatural; y esto es precisamente lo que veremos...

El peligro del éxito

Entre más bendecía Dios a Sansón, dándole la fuerza para pelar contra sus adversarios, más confiado se volvía en su propia invulnerabilidad, y más se involucraba en un comportamiento irresponsable. En otras palabras, el corazón de Sansón usó las bendiciones de Dios como una razón para olvidarse de Dios.

Tal como lo vimos en el ciclo de Gedeón ([ver lo dicho sobre este ciclo](#)), mientras que la adversidad es difícil para nosotros espiritualmente, el éxito lo es aún más. Un ministro puritano, John Flavel, lo resumió así: “Las ganancias externas por lo general van acompañadas de pérdidas internas”; mientras que, a la inversa, “las ganancias internas” (crecimiento en humildad, dominio propio, sabiduría) por lo general van acompañadas de “pérdidas externas” de nuestras finanzas o carreras o del deterioro de ciertas relaciones.

Ahora podemos comenzar a ver cómo el pecado y la gracia funcionan sobre dos bases completamente opuestas. En Su gracia, Dios toma incluso nuestras debilidades y fracasos y los usa para nuestro bien; pero en el pecado, nosotros tomamos incluso Sus dones y fortalezas y los usamos contra Él. Nuestros corazones pecaminosos encontrarán formas de usar incluso la bendición de Dios para arruinar nuestras vidas. Pablo habla de esto en Romanos 1 cuando, en efecto, dice que la peor cosa que Dios puede hacernos es entregarnos a nuestros deseos. ¡El éxito! La gente más exitosa del mundo tiende a ser la que está más alejada de Dios. ¿Por qué? Así como Sansón falsamente infirió de la bendición de

Dios (*No puedo ser derrotado, así que puedo vivir como quiera*) así la gente exitosa falsamente infiere de la bendición de Dios (*Conseguí esto porque soy listo y hábil. ¡Soy autosuficiente!*).

¿Por qué, Dalila? (Y ¿por qué, Sansón?)

“Pasado algún tiempo, Sansón se enamoró de una mujer del valle de Sorec [territorio filisteo] que se llamaba Dalila” (Jue **16:4**). El nombre “Dalila” (en hebreo) suena como “noche”. En los **versículos 1-3**, “noche” se menciona cuatro veces; ahora Sansón se ha quedado en la cama de “la noche”. Y esto será su ruina.

Los líderes de los filisteos se acercaron a Dalila y le prometieron dinero si lo podía “seducir, para que te revele el secreto de su tremenda fuerza” (**v 5**). Y de esta manera “Dalila le dijo...” (**v 6**). ¿Qué es lo que motiva a Dalila a traicionar a su amante? Dos cosas. La respuesta más obvia es la codicia; pero hay más que eso. Las personas que buscan a Dalila son “los jefes de los filisteos” (**v 5**). Esto ya no es una banda o un clan de los filisteos que está tratando de pagarle a Sansón con la misma moneda por algún incidente. Estos son los jefes de toda la nación filistea, lo cual significa que ahora Sansón es visto como una amenaza nacional. Significa que si Dalila puede entregarles a Sansón, llegaría a ser una heroína nacional. Así que la riqueza, poder e influencia potencial que se le ofrecen son muy grandes. Con esto tendría su porvenir asegurado.

¡Su primera pregunta es ridículamente obvia! Simplemente le pregunta “cómo se te puede atar y dominar” (**v 6**). Seguramente Sansón por lo menos sospecha de ella, pero no la deja. En cambio, le miente contestándole que si lo ata con siete cuerdas que todavía no estén secas esto “me debilitará y seré como cualquier otro hombre” (**v 7**). Así que ella lo ata (**v 8**), esconde a los hombres en la habitación y grita: “¡Los filisteos

se lanzan sobre ti!”... y observa cómo él rompe las cuerdas sin ningún esfuerzo (**v 9**).

Después “Dalila le dijo a Sansón...” (**v 10**). Esta frase nos deja pasmados; Sansón aún está ahí, ¡escuchándola! ¿Por qué está jugando un juego tan peligroso? Sus motivos son más difíciles de discernir que los de Dalila, ya que el narrador nos da menos información directa sobre ellos. En primer lugar, podemos suponer que Sansón estaba motivado por su arrogante pasión por el peligro. Es posible que haya llegado a ser tan adicto al peligro como lo es a las mujeres. Estar en peligro lo hace sentir “en éxtasis” porque siempre ha significado la gloria para él. Pero después del **versículo 9**, Sansón no puede tener ninguna duda acerca de lo que Dalila está haciendo.

Pero, en segundo lugar, también es posible que Sansón esté en la etapa de “negación”, una fase típica que se da en los síndromes más comunes de adicción. Es posible que necesitara tanto los favores sexuales y la adoración de Dalila, que vive en la fase de “negación” de los verdaderos motivos de esta mujer. Dos veces ella se queja de que, “¡Te burlaste de mí!” (**v 10, 13**) y dos veces él le miente en su respuesta (**v 11, 13**). Pero cuando ella le dice: “¿Cómo puedes decir que me amas, si no confías en mí?” (**v 15**) y le repite esa queja (**v 16**), él le revela “todo” (**v 17**). ¿Por qué? Porque no se trata de una amenaza hueca en cuanto a su relación: *Si realmente me amaras, confiarías en mí. Si no me dices esto, entonces pruebas que no me amas; ¡y esto sería el fin de nuestra relación!* Es solo entonces que él le dice la verdad. Esa es la evidencia de que Sansón no podía soportar defraudarla, aunque ella lo estuviera llevando a la

ruina. Esto es típico en muchas relaciones destructivas.

Sansón y Dalila son un caso extremo de usarse el uno al otro en lugar de servirse el uno al otro. El uno al otro se dicen: *Estoy contigo porque te amo*, pero lo que realmente quieren decir es: *Estoy contigo porque me eres muy útil*. Sin duda aquí había mucha pasión y romance, pero todo era hecho con el motivo de que cada uno mejorara en vez de entregarse para el crecimiento de la otra persona. Sansón estaba usando a Dalila para obtener amor sexual y (probablemente) la emoción del peligro. Ella lo estaba usando para obtener fortuna y fama. Para ambos lados, es una situación obvia de “tomar” en vez de “dar”.

Pero existen formas mucho menos obvias de esta clase de enfoque en las relaciones. Es muy normal que los hombres pasen por encima de grandes mujeres que no son atractivas. Es muy normal que las mujeres pasen por encima de grandes hombres que no tienen buenas carreras profesionales. Desde el principio buscamos personas que nos sean útiles para aumentar nuestra autoimagen y/o para obtener la clase de vida que queremos.

Otra forma menos obvia es el síndrome del ayudante. En las relaciones, muchas veces un miembro de la pareja está necesitado y en constantes problemas, y el otro es el consejero/salvador. Es obvio de qué manera la persona necesitada usa a la persona consejera/salvadora. Lo que es menos obvio es que también la consejera/salvadora está usando a la persona necesitada. Él o ella necesita al otro para conseguir un sentimiento de valor y/o un sentimiento de superioridad moral. Él/ella necesita que su pareja lo necesite.

C.S. Lewis nos puede ayudar mucho en este tema:

“El amor de necesidad clama... desde nuestra indigencia; el amor-dádiva anhela servir... El amor de necesidad dice de una mujer: ‘No puedo vivir sin ella’; el amor-dádiva anhela hacerla feliz”.

(Los Cuatro Amores, p. 21)

“No puedes amar completamente a otra criatura si no amas a Dios”.

(El Gran Divorcio, p. 100)

Lewis simplemente está diciendo que a menos que tengas alguna experiencia del amor de Dios que satisfaga tus necesidades más profundas, tenderás a usar a las otras personas para reforzarte a ti mismo o para probarte que vales. A menos que tengas esa relación con Dios, hasta el más pasional *Te amo* realmente querrá decir *Te necesito para que me hagas sentir como si valiera algo*.

Los motivos y la vida interior de Sansón muestran esta falta de amor por Dios; esto debería ser una advertencia para todos nosotros. Sin ese amor solo podremos hacer lo mismo en nuestras relaciones con los demás (aunque, por lo general, ¡no de manera tan evidente ni escandalosa!).

Su fuerza lo abandonó

Dalila, ahora sabiendo la verdad, envía por los que le van a pagar (v 18). Mientras Sansón dormía, lo afeita; “y su fuerza lo abandonó” (v 19). Lo que sigue en el **versículo 20** es extraño. Sansón sabe que le ha dicho la verdad a Dalila, y debería saber, cuando “despertó de su sueño”, que Dalila le ha cortado el cabello. Sin embargo piensa: “Me escaparé como las otras veces, y me los quitaré de encima”, porque “no sabía que el Señor lo había abandonado”. Supuso que su fuerza todavía estaría ahí aunque su cabeza había sido afeitada. Y, ¿por qué no? Durante un periodo Sansón había roto poco a poco su voto nazareo. Lo había estado rompiendo al tocar un cuerpo muerto y al ofrecer un “banquete” (14:10, que literalmente era “una fiesta para beber”).

La frase clave es: “Me escaparé como las otras veces” (16:20). Hemos visto que, no importaba cómo o qué tan a menudo quebrantara la ley de Dios, Dios siempre le había dado fuerza. ¿Por qué ahora no?

Es verdaderamente extraño que Sansón no se fuera después de haberle dicho la verdad a Dalila (v 17). En cambio, fue a “dormir sobre sus rodillas” (v 19). ¿Por qué? Porque él no creía realmente que su cabello o su voto nazareo fuera la fuente de su fuerza. Había llegado a creer que su fuerza era simplemente suya; que no importaba qué hiciera o cómo viviera, no la perdería. Su autoengaño no era solo psicológico sino teológico. Sansón era incapaz de ver qué tan dependiente era de la gracia de Dios. Había llegado a ver su fuerza como un derecho inalienable, no como un don de la misericordia de Dios.

Los filisteos pensaron que la fuerza de Sansón era mágica (por lo que creyeron sus mentiras de las cuerdas frescas, las sogas nuevas y el pelo trenzado). El poder mágico depende de las condiciones externas y de su exacta manipulación. Si una poción de amor requiere tres pizcas de ojo de tritón, entonces dos pizcas no servirán. Y cuando haces todo “bien”, la magia sucede. La magia se da al seguir los pasos al pie de la letra y, como oprimir un “botón” sobrenatural, el poder llega automáticamente. De hecho, Sansón tenía el mismo punto de vista mágico de su fuerza, excepto que él pensaba que el poder venía automáticamente sin importar las reglas. Los filisteos pensaban: *Seguro debe hacer algo para mantenerse fuerte*. Sansón pensaba: *No tengo que hacer nada para mantenerme fuerte*.

Pero el poder de Dios es diferente. Depende de las condiciones internas, de una relación de corazón. No existe el poder divino sin el discipulado. De esta manera, Jesús envió a Sus discípulos con el poder del Espíritu Santo (Hch 1:8). ¿Qué es ese poder? El poder de saber que Jesús prometió: “Estaré con ustedes” (Mt 28:20). Estar “con” alguien es una frase **semítica** que se usa en el contexto de una relación. Así que lo que importaba no era tanto que el cabello de Sansón hubiera sido cortado, sino “que el Señor lo había abandonado” (Jue **16:20**). No podemos saber por qué en este punto Dios escogió abandonar a Sansón a su propia fuerza (es decir, a su debilidad), cuando no lo había hecho en el momento en que Sansón comenzó a olvidar Su pacto, su relación con Él. Quizá Sansón cruzó la línea cuando el amor de Dalila llegó a importarle más que el amor de Dios. Quizá solo era el tiempo de recuperar

espiritualmente a Sansón al darle debilidad en la adversidad en vez de fuerza y poder. Lo que sea que haya sido, la fuerza de Dios (de lo que Sansón había llegado a abusar) le es quitada.

El poder de Dios fluye dentro de un compromiso de amar y servir a Dios. Pero de todas maneras depende de Dios. Él puede obrar en nuestras vidas incluso cuando no estamos siguiendo las “reglas”, aunque (como lo descubrió Sansón) no podemos suponer que lo hará. El poder divino no se adquiere de manera externa (al seguir las reglas de Dios o de los demás), ni se puede perder fácilmente (cuando dejamos de cumplir las promesas que le hacemos a Dios). Es impredecible en el sentido de que no depende de una técnica en particular. Esto es lo que ni los filisteos ni (trágicamente) el propio juez de Dios entendían.

Pensamos que no creemos en la magia. Pero es muy fácil creer en la magia cuando la revestimos con un barniz cristiano. ¿Por qué pensamos que Dios nos bendecirá? A veces pensamos que simplemente lo hará (lo ha hecho en el pasado, y lo hará hoy). Nos volvemos complacientes. Otras veces pensamos que nos bendecirá solo si oprimimos los botones correctos, si seguimos la receta correcta. Estudiamos la Biblia, oramos, vamos a la iglesia, vivimos correctamente a fin de que Dios nos bendiga y nos fortalezca. Lo hacemos de manera mecánica más que racional. Sin embargo, nuestros deberes cristianos (así como nuestra fuerza espiritual) tienen que fluir de una relación con Dios, en lugar de ser un intento por conseguir ese favor y bendición.

Preguntas para reflexionar

1. ¿De qué manera las ganancias externas en tu vida hoy podrían convertirse en pérdidas internas? ¿Hay algunas pérdidas externas que el Señor esté usando para producir ganancias internas?
2. ¿Cómo, y de quién, has disfrutado recibir el amor-dádiva? ¿Cuándo es tu amor un amor de necesidad, y de qué manera amarás lo suficiente a Dios en esos momentos para que ese amor se transforme en amor-dádiva?
3. ¿Por qué crees que Dios te bendecirá? ¿De qué manera eso se muestra en tu actitud para obedecerlo de maneras que naturalmente te gustan? ¿Y de qué manera lo que crees se muestra en tu actitud para obedecerlo de maneras que naturalmente te cuestan?

PARTE DOS

“El Señor [...] había abandonado” a Sansón (**v 20**). Ahora realmente es “tan débil como cualquier otro hombre” (v 7, 11, 13, 17). Así que es capturado, dejado ciego y sujetado con cadenas (**v 21**). El hombre que había quemado el grano de los filisteos (15:4-5) ha sido ahora reducido a molerlo. (**16:21**). Por primera vez en el libro de Jueces, el juez de Dios ha sido derrotado.

¿Por qué dejar que su cabello vuelva a crecer?

“Pero en cuanto le cortaron el cabello, le comenzó a crecer de nuevo” (v 22). Claro que le volvió a crecer; ¡así es el cabello! Así que, ¿por qué registrarlo?

El punto es que los filisteos dejaron que su pelo volviera a crecer. No pudieron haber sido tan ingenuos como para perderse el hecho de que su pelo estaba creciendo otra vez, así que debieron haber concluido que, una vez rapado, Sansón ya no era un nazareo. Y eso es cierto. El voto nazareo (Nm 6:1-21) ponía al nazareo en un estado de “consagración” por un periodo definido. Una vez que su cabeza era afeitada, el periodo de consagración terminaba (v 18). Ya que la fuerza de Sansón fluía de su dedicación al Señor por medio de sus votos, parece natural concluir que su poder se había acabado.

Pero la confianza de sus captores de dejar que su pelo creciera muestra una opinión superficial de Dios. La fuerza de Sansón no había surgido de los votos que él había hecho, sino del Dios a quien había hecho estos votos.

Michael Wilcock lo dice de esta manera:

“[Los filisteos] no sabían nada del Dios que hace lo inesperado (Aod), cuya fuerza se perfecciona en la debilidad (Gedeón), y que nunca rompe Su palabra. Ese Dios había dicho que Sansón sería un nazareo ‘hasta el día de su muerte’ (13:7). El abandono de Su siervo no podía ser sino temporal. La promesa estaba obligada a mantenerse con todo sin importar si Sansón la despreciaba. Hay gracia abundante para el mayor

de los pecadores. 'Si somos infieles, Él sigue siendo fiel, ya que no puede negarse a Sí mismo' (2Ti 2:13)".

(*El Mensaje de Jueces*, p. 148)

Así que vemos un extraordinario caso de uno de los temas de Jueces: la tensión "de la condicionalidad y a la vez la incondicionalidad". Los filisteos sólo conocían a dioses "condicionales", dioses que estaban sujetos a la manipulación mágica. El Dios de la Biblia, sin embargo, es un Dios de gracia que es fiel con nosotros incluso cuando nosotros le somos infieles. No está limitado o confinado por los términos del voto nazareo. El hecho de que el pelo de Sansón creciera otra vez no es para hacernos pensar: *Ah, ahora le ha crecido el cabello; otra vez será fuerte porque su fuerza depende de su cabello*, sino más bien: *Ah, los filisteos piensan que su fuerza se ha ido porque rompió su voto. ¡No entienden que la obra y el poder de Dios no se ven limitados por, ni depende de, la obediencia de Sus siervos!*

Yahveh vs. Dagón

Después de todo, la verdadera lucha no es entre Sansón y los filisteos, sino entre Yahveh (“el Señor”) y Dagón, el dios falso de los filisteos. ¿Quién es más fuerte? ¿A quién debe servir Israel? Todo este tiempo Dios ha estado obrando para “confrontar a los filisteos; porque en aquel tiempo los filisteos dominaban a Israel” (Jue 14:4); pero este dominio abarcaba tanto la idolatría espiritual como la opresión física. Dios rescata a Su pueblo, más que nada, de su idolatría, no simplemente de sus enemigos locales.

Y sin embargo parece como si Dagón hubiera ganado. “Los jefes de los filisteos se reunieron” para proclamar la aparente verdad: “Nuestro dios ha entregado en nuestras manos a Sansón, nuestro enemigo” (**16:23**). El escenario es el templo de Dagón (como lo aclara la mención de las columnas en el **versículo 26**). El pueblo celebra y alaba a Dagón (**v 24**) y el fallido libertador de Dios es traído “para que nos divierta” (**v 25**).

Sin embargo, Sansón aún no ha acabado. Pide que lo pongan “donde pueda tocar las columnas que sostienen el templo, para que me pueda apoyar en ellas” (**v 26**). Bajo el techo que estaba sostenido por estas columnas están grandes multitudes, incluyendo “los jefes de los filisteos” y la estatua de su dios; en el techo mismo hay 3,000 personas más (**v 27**). La escena está puesta; y, por apenas la segunda vez registrada en su vida, Sansón ora. Hasta ahora siempre ha supuesto que será fuerte y ha usado su fuerza para salvarse él mismo (14:5-6, 19; 15:3-5, 13-17; 16:3, 8, 12, 14). Una vez asumió esto erróneamente (16:20-21). Ahora, por

primera vez, ciego y débil, solo pide: “Oh soberano Señor, acuérdate de mí. Oh Dios, te ruego que me fortalezcas sólo una vez más, y déjame de una vez por todas vengarme de los filisteos por haberme sacado los ojos” (v 28).

Esta debe ser la razón por la cual la fuerza de Sansón le es devuelta. Quizá por primera vez está ejerciendo la fe. Algunos comentaristas han argumentado que la petición del **versículo 28** es solo de venganza. Es verdad que ahí no se menciona rescatar a Israel; solo se hace alusión a la venganza por los ojos de Sansón. Pero contrario a esta posición, en primer lugar, aquí hay una humildad recién descubierta. Sansón reconoce que el Dios de Israel es soberano (*adonai*). No olvides que está de pie en el templo del dios de aquellos con quienes Sansón se ha acostado gran parte de su vida como adulto. Además, Sansón sabe que Dios no es solo su Dios (*elohim*), sino que Él es también el Dios salvador, el Dios del pacto y el Dios relacional de Su pueblo, Israel (*Yahveh*). Este es un Sansón muy diferente del que presumió de “su” fuerza y del que exigió que Dios le diera agua sin darle las gracias por Su poder (15:18).

En segundo lugar, Hebreos 11:32-34 dice que Sansón fue un hombre de fe, y ¡de seguro este es el único lugar en la narración donde se podría decir que Sansón ejerció la fe! Más interesante aún es la referencia en Hebreos 11:34: “[ellos] sacaron fuerzas de flaqueza”. Esto arroja luz a nuestro pasaje. Sansón había sido humillado hasta el polvo y había visto su debilidad. De esta manera, esta última petición indica el abandono de sus hazañas de fuerza de su pasado. En Jueces **16:28** Sansón pide primero: “Acuérdate de mí”, que es una humilde petición de atención. Él

sabe que es bastante olvidadizo y que Dios tiene todo el derecho de ignorarlo. En segundo lugar, pide que lo “fortalezca sólo una vez más”. Aquí (por fin) está reconociendo su dependencia de la gracia de Dios. La verdadera tentación de Sansón había sido creer que Dios nos bendice debido a que hay algo grande y merecedor en nosotros, y ver con autosatisfacción lo que Dios le había dado por gracia como un derecho para usarlo como le placía. Eso, más que Dalila, ¡era su verdadero pecado! Es difícil recordar que hacemos lo que hacemos solo debido a la gracia de Dios, y que la gracia de Dios nos es dada para que hagamos lo que le agrada a Él y para el servicio de Su pueblo.

Sansón y Jesús

Ni Sansón ni nosotros podemos saber si Dios escuchará su oración cuando palpe las dos columnas centrales y se apoye contra ellas. Su pelo ha vuelto a crecer, pero como nosotros (y ahora Sansón) sabemos, su fuerza no es mágica ni automática.

Con una última oración (“¡Muera yo junto con los filisteos!”, **v 30**), Sansón “empujó con toda su fuerza” –contenemos la respiración– “y el templo se vino abajo sobre los jefes y sobre toda la gente que estaba allí. Fueron muchos más los que Sansón mató al morir, que los que había matado mientras vivía”.

El momento más importante de la vida de Sansón es su muerte. El evento más fiel de su vida es la manera en que murió, cuando por fin, y en el último momento, desempeña el papel de comenzar a rescatar al pueblo de Dios, papel que Dios le había explicado a su madre cuando Su Ángel anunció el milagroso nacimiento de Sansón (13:5).

La muerte de Sansón es, de dos maneras decisivas, muy diferente a la del Señor Jesús. Primera, Sansón está en el templo de Dagón como resultado de su propia incapacidad de vivir bajo el reinado de Dios y para Su gloria. Su desobediencia da lugar a su perdición. El Señor Jesús siempre vivió para la gloria de Su Padre y murió como resultado de la desobediencia de otros: la nuestra. Segunda, la muerte de Sansón logró el limitado papel para el cual Dios lo había levantado: para “comenzar a librar a Israel” (13:5). La muerte de Jesús logró la liberación “una vez y para siempre”, un rescate rotundo (ver 1 Pedro 3:18; Hebreos 10:10).

Pero en muchos aspectos, el fin de Sansón es un retrato, una sombra, de la muerte de Jesús. Rastrearla nos permite captar más profundamente de lo que se trata la cruz y adorar a Aquel que murió por nosotros. En primer lugar, tanto Sansón como Jesús fueron traicionados por alguien que había actuado como un amigo: Dalila y Judas. (Judas fue, por supuesto, no tan íntimo a Jesús como lo fue Dalila con Sansón; pero a quien él traicionó era mucho más puro y más merecedor de la lealtad que Sansón). Ambos fueron entregados a los gentiles opresores. Ambos fueron torturados y encadenados y expuestos a la exhibición pública para que se burlaran de ellos. A ambos se les pidió que tomaran acción (aunque Jesús, a diferencia de Sansón, se negó). Ambos murieron con los brazos extendidos.

Y ambos parecían completamente derribados por sus enemigos. Sin embargo, en su muerte, ambos aplastaron a su enemigo: Sansón, a los filisteos y a Dagón; Jesús, al máximo enemigo, Satanás. Mientras Sansón hacía que el templo cayera con estrépito sobre Dagón y sus seguidores, el poder espiritual y el aparente triunfo de Dagón se revirtió. Sansón trajo enemistad permanente entre estas culturas para que Israel cambiara y no estuviera más inconsciente e inevitablemente bajo el poder de los filisteos.

En la cruz, Jesús aniquiló el poder de Satanás, desarmándolo (Col 2:15). ¿Cómo logró esto la cruz? Quitó el castigo por nuestra idolatría, esto es, la muerte, para que Satanás ya no pudiera acusar con éxito al pueblo de Dios. Y quitó el poder del pecado en nuestras vidas, haciendo posible que el Espíritu viva en nosotros para romper, en nuestros

corazones, el atractivo engañoso de los ídolos. Sansón prefigura el triunfo de Jesús sobre Satanás a costa de Su propia muerte. Así como Sansón mató a muchos en el momento de su muerte, así obró la muerte de Jesús para “matar” a Satanás, el poder invisible de la idolatría y el poder de la muerte misma.

Y ambos fueron salvadores solitarios. Otoniel y Aod habían reunido a todo Israel para pelear contra sus opresores (3:10, 27); Débora y Barac requirieron de dos tribus (4:10); Gedeón solo tuvo 300 hombres. En la época de Sansón, el pecado había devastado tanto al pueblo de Dios que nadie (incluyendo, por casi toda su vida, a Sansón mismo) estaba dispuesto a entregarse en la batalla por la liberación (15:9-13). De la misma manera en que el Señor Jesús lo haría, Sansón llevó a cabo su acto de liberación de forma solitaria e inesperada y sin que nadie se lo pidiese.

“Dios había mostrado que podía liberar a Israel con un ejército de voluntarios dispuestos; también había mostrado que podía salvar con tan solo trescientos guerreros esforzados... Pero cuando el Espíritu de Dios vino sobre Sansón, el Señor mostró que Él no necesitaba ni siquiera trescientos. Él podía liberar mediante uno”.

(Edmund Clowney, *El Misterio Revelado*, p. 138)

En resumen, en Sansón tenemos, más que en cualquier otro de los jueces, el patrón de la “derrota victoriosa”. Rechazado, golpeado, encadenado, solo y finalmente muriendo bajo una avalancha de

enemigos, Sansón triunfó. Dios liberó a Su pueblo por medio de la derrota victoriosa de un salvador. David Jackman escribe:

“[La narrativa de Sansón] comienza con un hombre fuerte delatado por lo débil que es, pero termina con un hombre débil que es más fuerte de lo que jamás había sido”.

(Jueces, Rut, p. 243)

¡Esto es el evangelio! Jesús se hizo débil para ser fuerte. Pero hay, por supuesto, una última diferencia de gran importancia entre Sansón y Cristo. Con la sepultura de Sansón terminó su gobierno (**16:31**). Su historia se acabó. Pero con la sepultura de Jesús, en muchos sentidos la historia no había más que empezado. Él gobierna más allá de Su sepultura, no sólo antes de ella. Aquel que se hizo débil para salvar, gobernará con fuerza y poder por la eternidad.

Llegar a ser cristiano y seguir en el cristianismo tienen que ver con el mismo patrón: hacerse débil para volverse fuerte. Solo los que admiten que son injustos reciben la justicia de Cristo. Solo los que saben que su vida y su fuerza son suyas únicamente por gracia no viven en las garras del temor, el aburrimiento y el abatimiento. Solo los que conocen su propia debilidad son capaces de conocer la fuerza interna que Dios da, la fuerza que nos permite evitar las situaciones peligrosas de la vida de Sansón: orgullo, lujuria, ira, venganza y complacencia.

Preguntas para reflexionar

1. ¿En qué área de tu vida tienes que depender de la gracia de Dios en vez de depender de tu propia fuerza? ¿De qué manera hacer esto cambiaría tus acciones y aumentaría tu gozo?
2. ¿Cómo crees que la forma en que murió Sansón y lo que logró con su muerte te impulsan a apreciar y alabar al Señor Jesús por Su muerte?
3. ¿En qué te sientes débil hoy? ¿Cómo saber que lo que importa es la fuerza de Dios te permitirá tener paz y pureza en tu debilidad?

JUECES 17 V 1 A JUECES 18 V 31

12. HOMBRES SIN CORAZÓN

En ciertos aspectos, el final de Sansón es el final de la historia de Jueces. Él es el último juez y su muerte parece ser el último evento cronológico en el libro. Nos vamos dejando a un juez muerto y en medio de un rescate muy incompleto.

¡Pero hay cuatro capítulos más al final de Jueces! Estos últimos capítulos son una desviación de la estructura narrativa anterior. Los pasajes anteriores nos dan una vista panorámica (desde arriba) de la situación diciendo que el pueblo “hizo lo malo ante los ojos de Jehová” (3:7, 12; 4:1; 6:1; 10:6; 13:1). Estos capítulos siguientes nos dan una vista desde la calle de cómo era la vida en Israel durante esos tiempos. Los dos episodios (capítulos 17-18 y capítulos 19-21) son un apéndice doble del libro, manteniendo en equilibrio la doble introducción (1:1-2:5 y 2:6-3:6). Los pasajes que están entre estos textos nos muestran cómo Dios rescató a Israel, pero aquí se nos dan dos casos de estudio sobre la

condición espiritual de la que Él los rescató. Es por eso que estos capítulos finales casi no mencionan al Señor. Nos muestran cómo era la vida cuando Israel fue dejado a vivir bajo sus propios medios. Esta vista de la humanidad sin Dios es tan fría y sombría que casi nunca se predica de estos pasajes o ni siquiera se estudian.

Sin carácter

Gran parte de los capítulos 17 y 18 gira en torno a Micaías, un hombre de “la región montañosa de Efraín” (17:1). Le había robado a su madre 1,100 siclos de plata, pero al oír que ella pronunciaba una maldición sobre el ladrón, confesó el robo (v 2) y devolvió el dinero (v 3). Micaías no es una persona ni muy buena ni muy mala. Si fuera completamente malvado, no hubiera regresado el dinero; pero, obviamente, si fuera una buena persona ¡no lo hubiera robado! Y lo que parece haberlo motivado a devolver el dinero es que oyó a su madre “pronunciar una maldición” (v 2), en lugar de sentir algún remordimiento de conciencia. Aquí tenemos a una persona de carácter muy débil, sin principios. Es un hombre hueco: sin mucho carácter interior.

En respuesta, la madre de Micaías da marcha atrás a la maldición pidiendo que, en cambio, él sea bendecido (v 2). ¡Es muy perdonadora! ¡Pero con qué rapidez pronuncia la restauración! No busca ni pide el arrepentimiento genuino, por lo que no hay una reconciliación plena. Al no pasar por ese doloroso proceso, no existe para Micaías ninguna disuasión de tal comportamiento para futuras ocasiones; ningún reto para examinar su propio corazón y analizar la razón por la cual tomó el dinero; ninguna aceptación humilde de la necesidad de la gracia y el cambio. Un padre condenador y castigador hace daño a su hijo; pero un padre que siempre excusa a su hijo también le hace daño. La manera en que esta madre crió a su hijo nos ayuda a entender por qué Micaías es como es.

Un problema de imagen

La madre de Micaías es muy ortodoxa en su manera de invocar el nombre del Señor como la fuente de las bendiciones (**v 2**). Esta familia no adora a Dagón, a Baal o a Astarté, etc. Están adorando al Señor (en nombre por lo menos).

Pero... con el dinero que le fue devuelto, ella se lo da “al Señor” para que su hijo “haga una imagen tallada y un ídolo de fundición” (**v 3**). Ella le da 200 siclos al platero para que haga esta imagen. Esto es perturbador; muestra un insolente caso omiso al segundo mandamiento (Éx 20:4-5; Dt 4:15-17) donde Dios dice que nadie debe hacer una imagen de Él. Él no debe ser adorado en una forma creada y moldeada por el hombre.

¿Por qué dice esto? Porque cualquier imagen tallada o representación de Dios revelaría automáticamente parte de la naturaleza de Dios pero ocultaría otra parte. Por ejemplo, Aarón había hecho un becerro de oro en el desierto. Este no era otro dios, sino una forma de adorar a Dios. Pero mientras que el becerro podía simbolizar el poder de Dios, no podía mostrar Su justicia o amor. O, si tú pintas un cuadro de Dios y tratas de adorarlo, ¿el cuadro lo mostraría a Él sonriente y amoroso, o majestuoso e impresionante? Con una imagen no puedes expresar toda la gama de la gloria de Dios y, por esta razón, si usas esa imagen, tu creencia de Dios estaría distorsionada. Por consiguiente, adorar a Dios con imágenes revela un espíritu interno que resiste someterse a Dios como Él es, y que quiere elegir y escoger atributos con el fin de crear un Dios que sea aceptable para nosotros.

Evidentemente, esta es la base de un antiguo debate protestante-católico. Los protestantes siempre se han quejado de que el uso de estatuas o “íconos” para la adoración (es decir, contemplar imágenes de Dios, de Cristo o de los santos) por parte de la Iglesia Católica Romana y también de la Iglesia Ortodoxa es una mala idea. Esto se debe a que la representación tiende a “desviar” las emociones en una sola dirección, mostrando a Dios en un solo aspecto de Su ser.

Pero este no es el problema principal. La verdadera cuestión de la adoración por medio de imágenes es el deseo de conformar y ajustar a Dios espiritualmente. En términos modernos, es un rechazo a dejar que Dios “sea Él mismo” en nuestras vidas. Hacemos oídos sordos (consciente o inconscientemente) a cosas acerca de Dios que nuestros corazones no quieren aceptar. En ciertos aspectos, este es el mayor pecado de nuestra época. ¿Con cuánta frecuencia escuchas a la gente decir: *No creo en un Dios así; me gusta pensar en Dios como...*? Eso es adorar a un dios hecho por nuestras propias manos. Y podemos hacer esto sin fabricar una imagen física.

La manera más seria en la que hacemos esto es rechazar, consciente e intelectualmente, parte de la revelación de Dios en las Escrituras. Hacemos esto siempre que decimos: *Ya no podemos aceptar a un Dios que hace esto... o que prohíbe aquello...* Cuando usamos el término “ya no”, nos envolvemos en el manto del así llamado “progreso”. De hecho, lo que realmente estamos diciendo es: *¡El disgusto que nuestra cultura tiene por esta idea significa que la tenemos que desechar! Queremos tener un dios que quepa dentro de los valores de nuestra cultura.* Así que, tal como la familia

de Micaías, nosotros estamos *moldeando a Dios* para adaptarlo a nuestra sociedad y a nuestros corazones, en vez de dejar que Dios *moldee nuestros corazones y nuestra sociedad*.

Otra manera en la que hacemos esto es simplemente ignorando psicológicamente o evitando aquellos aspectos de la revelación de Dios que no nos gustan. Por ejemplo, Dios es muy firme con nosotros en que seamos generosos con nuestro dinero en vez de gastarlo de manera derrochadora en nosotros mismos. Pero a veces simplemente evitamos pensar en las implicaciones de esta enseñanza para nuestras propias vidas. Sabemos que Dios es muy amplio en perdonar y dar gracia, pero con frecuencia vivimos una vida en la que somos muy críticos y no perdonamos. Estamos, entonces, adorando a un Dios que es un capataz, no un pastor.

Una tercera forma en la que hacemos esto es haciendo **subjetiva** toda moralidad. Por ejemplo, dos personas que profesan ser cristianos pueden estar teniendo relaciones sexuales aunque no estén casados. ¿Por qué? Porque oraron (lo cual está bien), y después “sintieron paz al respecto” (¡lo cual es irrelevante!). Ignoran los mandamientos objetivos sobre el sexo y el matrimonio que Dios les ha dado en Su palabra. Esto es lo que la familia de Micaías ha hecho. Sigue la ley de Dios hasta cierto punto pero después la tergiversan o le agregan algo para que puedan hacer lo que les plazca.

¿Por qué esto es tanto problema? Porque hace imposible tener una verdadera relación personal con Dios. En una relación personal con una persona real, es posible que tu compañero te contradiga y te moleste;

después tienes que luchar con eso para lograr una intimidad más profunda. Pero cuando simplemente ignoramos (ya sea intelectual o psicológicamente) lo que no nos gusta de Dios, significa que no tenemos un Dios que pueda contradecir nuestros deseos más profundos ni que pueda decirnos “no”. Nunca luchamos con Él. Nunca le permitimos que nos exija. Podemos terminar adorando un dios mucho más complaciente, pero inexistente.

Reteniendo algo

¡Es sorprendente que la madre de Micaías muestre su gratitud al Señor quebrantando el segundo mandamiento! Pero ella también está siendo deshonestas. Habiendo prometido “mi plata” (17:3), solo da 200 siclos de plata para hacer los ídolos, reteniendo 900 (v 4). La madre de Micaías realmente no pone a Dios en primer lugar ni le da la soberanía sobre cada parte de su vida. Equilibra los riesgos de sus apuestas, dando algo de su riqueza a Dios pero reteniendo la mayor parte para ella. Es fácil usar el lenguaje de Dios, afirmando tener a Jesús como Señor, pero solo obedecer en ciertos “sectores” de nuestras vidas, preservando otras áreas para vivir como nos plazca. O, quizás lo obedecemos solo parcialmente en cada ámbito de nuestras vidas, reteniendo algo de nuestro dinero (como lo vemos aquí), tiempo, emociones o relaciones como si fuese una “póliza de seguro”, en caso de que Dios no nos “cumpla” como queremos.

Esto a veces puede ser pura hipocresía, como cuando una persona tiene una relación extramatrimonial. Pero, de forma más típica, dejamos de pensar en las implicaciones del evangelio para cada área de la vida. En Gálatas 2:14, Pablo tiene que confrontar a Pedro (¡un **apóstol**!) con el hecho de que él todavía está permitiendo que los sentimientos racistas y los prejuicios lo controlen en algunas áreas de su vida. Muchos que profesan ser cristianos se portan de una forma completamente inconsistente con el cristianismo en su vida laboral. Por ejemplo, pueden ser tan corruptos o despiadados como todos los demás trabajadores de

su industria. Es más que posible “consagrar solemnemente” todas nuestras vidas a Dios los domingos, para después darle realmente solo nuestros domingos.

Religión casera

Micaías toma los ídolos y los pone en un santuario en su casa (Jue **17:5**). Dios había dicho que tenía que haber un tabernáculo central o un templo, armado alrededor de la nube de la gloria –la presencia majestuosa– de Dios (Éx 25:1-9). Cuando la nube de gloria se movía, el tabernáculo se movía. Ahí era el lugar donde los sacrificios se hacían, donde se conducía la adoración, donde estaba el “efod” o la armadura para el pecho del sacerdote, donde Dios contestaba las preguntas del pueblo ([ver lo anteriormente dicho sobre el tema](#)). Dios no les había permitido a los israelitas adorar en el lugar que ellos quisieran, pero Micaías arma su propio santuario para adorar a su conveniencia. La religión de Israel se ha convertido en una religión de preferencias personales.

Además, Micaías consagra a su propio hijo como **sacerdote**. Una vez más, esto contradice la revelación **mosaica** de que solo los de la tribu de Leví debían ser sacerdotes. Micaías y su madre, sin embargo, quieren consagrar como sacerdote a uno de su propia sangre. Por supuesto, ¡un santuario necesita un sacerdote! Más tarde encontrarán a un levita e intercambiarán sacerdotes (Jue **17:7-12**). Pero la obediencia a los mandamientos de Dios sobre cómo acercarse a Él y adorarlo se había vuelto un extra opcional y no un principio primordial.

Fundamentalmente la fe del pueblo de Dios es una fe revelada. Dios mismo se revela en Su palabra; no lo descubrimos por medio de nuestro razonamiento o de nuestra experiencia. En resumen, Dios dice: *Adórenme*

como soy, no como ustedes quieren que Yo sea, y adórenme como lo manda Mi corazón, no como lo sugieren sus corazones. La familia de Micaías se forja un dios que es conveniente para el culto. Sigue las leyes que le gustan e ignora las que no le gustan.

Así se ve cuando una sociedad hace lo que mejor le place (**v 6**). No tiene que significar un rechazo consciente de Dios. Tampoco requiere dejar de invocar a Dios o acabar con las actividades religiosas. De hecho, la actividad religiosa se está propagando en el capítulo 17; ¡tener un santuario en tu propio hogar se ve como un acto de gente muy comprometida! Pero esta es una religión en los términos de Israel, de acuerdo con las preferencias personales de cada persona. Es una religión que no se trata de Dios, de Su verdad ni de Su voluntad, sino de mí, de mis ideas y de mis preferencias. Es una religión que busca domar y controlar a Dios para rehacerlo a una imagen que nos guste. Es una religión fácil o hasta emocionante; sin embargo, no es una religión que traiga bendición o liberación.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Hay algo en la manera en que Micaías y su madre se tratan que te desafía en tu propia actitud hacia tus padres, hijo(s) o hija(s)?
2. ¿Qué secciones de la palabra de Dios te gustaría que fuesen diferentes? ¿Simplemente las ignoras?, ¿o luchas con ellas?
3. ¿De qué manera estás en peligro, o podrías estarlo, de retener un área de tu vida y no dársela a Dios? ¿Estás experimentando una verdadera bendición en esa área?

PARTE DOS

Ahora sé...

En el **versículo 7** nos encontramos con “un joven levita de Belén de Judá”. Ha dejado su ciudad natal (donde debía haber estado sirviendo al pueblo como un sacerdote) “en busca de algún otro lugar donde vivir” (**v 8**). Cuando se encuentra con Micaías (**v 9**), Micaías ve una oportunidad de hacer su santuario “casero” (tipo “hazlo tú mismo”) más impresionante. El levita está de acuerdo en quedarse con él como su sacerdote (**v 10-12**). Ahora el santuario de Micaías se conforma en lo exterior más estrechamente con las reglas básicas de la adoración divina establecida en la ley mosaica (los sacerdotes deben ser levitas) al mismo tiempo que rechaza el principio fundamental de esa ley: que la adoración se debe conducir de acuerdo con la palabra de Dios, no con las ideas humanas.

El **versículo 13** muestra toda la meta de los esfuerzos de Micaías (y de su madre): “Ahora sé que el Señor me hará prosperar, porque tengo a un levita como sacerdote”. El propósito de sus esfuerzos religiosos es tener acceso a Dios para poder conseguir que Dios haga lo que él quiere. La meta de la fe verdadera es que Dios tenga acceso a tu corazón para que Él logre que hagas lo que Él quiere. El verdadero propósito de la religión humana es conseguir que Dios te sirva; el propósito de la fe del evangelio es conseguir que tu corazón lo sirva a Él.

Pero, ¿por qué realmente querríamos dejar que Dios gobierne nuestros corazones para que lo sirvamos? Nunca querríamos si lo reducimos a una imagen hecha por el hombre, o a una proyección de nosotros mismos en nuestras mentes o a un perro-mueve-cabeza

asintiendo que está de acuerdo con nuestras ideas. ¡Nunca seremos conmovidos a servir a un dios tan pequeño como ese! Pero cuando tenemos la fe del evangelio, conocemos al Dios verdadero, quien por Su gran poder y amor envió a Su propio Hijo a morir en nuestro lugar y darnos Su justicia, y que también envió Su Espíritu a nuestros corazones para cambiarnos a ser las personas que fuimos diseñadas para ser, personas que disfrutan Su bendición. Si conocemos a ese Dios, ¿por qué no querríamos servirlo? La tragedia de la religión hecha por el hombre es que siempre reduce a Dios a alguien que ha de ser controlado, en vez de ver a Dios como Aquel que tiene el control y es digno de la adoración real y completa. Reducir a Dios nos deja adorando a un dios que no puede ayudar ni salvar ni bendecir, como Micaías está a punto de descubrir.

El desesperado Dan

El tiempo de Micaías es una época donde “no había rey en Israel” (**18:1**). El escritor no termina los versos pareados* que usa en 17:6 y 21:25; la implicación es que lo que sigue será la manifestación externa de hacer lo que es correcto a nuestros propios ojos. “En aquella época no había rey en Israel, y la tribu de Dan andaba buscando un territorio propio” (**18:1**). ¿Por qué la tribu de Dan todavía sigue sin hogar? Porque, mientras que todas las otras tribus habían cumplido parcialmente el mandamiento de Dios de pelear con valor y echar fuera a los cananeos de la heredad que Dios les había dado ([ver lo que se dijo anteriormente sobre esta tribu](#)), la tribu de Dan había fracasado en su obligación militar y estaba confinada “hasta la región montañosa” (1:34). Los de Dan ni siquiera entraron a su tierra, sino que fueron forzados a vivir una existencia seminómada en las montañas. Así que ahora están en busca de una tierra donde puedan establecerse para plantar, cultivar y alimentarse de las cosechas. Los de Dan son una figura de los más débiles de los que se llaman a sí mismos el pueblo de Dios. Es notable su ausencia en la lista de las tribus de Israel que están en la gloria (Ap 7:5-8).

Y, como tribu, los hombres de Dan son exactamente como Micaías. Sufren la maldición del desasosiego y el aislamiento porque no han obedecido a Dios. Tienen una perspectiva idólatra de Dios e ignoran Su palabra. Él ya les ha dicho dónde vivir pero se detienen en el santuario de Micaías (Jue **18:2-3**) y le piden al sacerdote levita que le pregunte a Dios si su viaje exploratorio a una área completamente diferente tendrá éxito (v

5; date cuenta que los de la tribu de Dan no llaman a Dios *Yahveh*). Con la seguridad que les transmite un levita pagano que trabaja en un santuario idólatra (**v 6**), encuentran una buena tierra que pueden tomar por su propia fuerza, sin necesidad de depender de Dios (**v 7-10**). Los de Dan, que se negaron a escuchar o confiar en el Señor, deciden que su “Dios” los ha bendecido (**v 10**) y parten para tomar la tierra (**v 11-12**).

Durante su viaje, la tribu de Dan pasa por la casa de Micaías (**v 13**). ¿Qué sería mejor para ellos que llevar un santuario religioso a su nuevo hogar? Ellos “sabrán qué hacer” (**v 14**) y toman todo lo que hace tan “especial” el santuario de Micaías (**v 15-18**). El levita los confronta pero ellos le señalan que es “mejor ser sacerdote de toda una tribu y de un clan de Israel, que de la familia de un solo hombre” (**v 19**). ¡Realmente es un ascenso para un hombre que una vez había sido un vagabundo sin hogar!” (**v 19**). Y con mucho gusto el levita (**v 20**) “se fue con esa gente”.

Este es un ministerio motivado por la autopromoción. El levita realmente se sirve solo a él mismo. Sirve a cualquier persona que le pague (**17:10-12**); les dice a las personas lo que quieren oír (**18:6**); y asciende a cosas todavía más impresionantes (**v 19-20**). Sus decisiones son impulsadas completamente por el egoísmo. Cada una lo aleja más del Señor. Comenzó como un levita (la tribu líder) en la ciudad de Belén de Judá (la ciudad que era el centro de los planes de Dios para Su pueblo). Se mudó a la región montañosa de Efraín y a un santuario idólatra. Termina en Lais, fuera de la tierra que Dios le había dado a Su pueblo, trabajando para una tribu que no alcanzaría el cielo. En su propia vida y en sus propios términos, ha llegado muy alto, al punto de

administrar la adoración para una tribu entera del pueblo escogido de Dios. Sin embargo, es una adoración hueca que conoce solo al dios de la autopromoción.

¿Qué más me queda?

Es una adoración tal como la de Micaías. Conforme los soldados de Dan avanzan hacia la tierra donde han decidido establecerse, Micaías y sus vecinos los alcanzan, listos para pelear (**v 22-23**). ¿Por qué? Porque los de Dan se han llevado todo lo que Micaías tenía. “Ustedes se llevaron mis dioses, que yo mismo hice, y también se llevaron a mi sacerdote y luego se fueron. ¿Qué más me queda?” (**v 24**). Todo lo que Micaías tenía podía serle arrebatado. No tenía nada más. Había edificado una vida religiosa (un santuario, un ídolo, un efod y hasta un sacerdote levita) esperando recibir bendición (17:13). Pero todo en lo que había confiado se había ido. Y no los podía recuperar; los que se habían llevado la base de su bendición eran “demasiado fuertes para él, se dio la vuelta y regresó a su casa” (**18:25-26**).

Al final, la religión hecha por uno mismo desilusionará. Sin importar cuál sea nuestro dios (el dinero, el poder, las relaciones o hasta una versión reducida hecha-por-el-hombre del Dios bíblico), no nos salvará. La persona que hace de su carrera su dios con el tiempo encontrará bloqueada su ruta a la bendición por alguien que es “demasiado fuerte” (demasiado capaz, demasiado bien conectado con otros, demasiado “afortunado”) para ellos. La persona que hace de su imagen su dios encontrará que el tiempo es un enemigo demasiado fuerte para aferrarse a su juventud y a su atractivo. Al fin de cuentas, la muerte quita todos los dioses falsos a los que acudimos para ser bendecidos. Micaías fue bendecido al descubrir el vacío de su dios antes de morir, cuando aún

no era demasiado tarde.

Esto es un gran recordatorio de que todos somos adoradores. La única pregunta es: “¿A quién o qué es lo que buscamos para obtener el máximo sentido, propósito y bendición? ¿Qué es lo que, si nos quitaran, diríamos: *‘Te llevaste a mi dios. ¿Qué más me queda? ¿A dónde puedo ir ahora? No me queda nada?’*”. Solo existe un Dios que nunca nos quitarán. Él es Aquel de quien podemos decir, junto con Pedro: “¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn 6:68).

Cuando encontramos a Jesús, encontramos bendición. Pero realmente solo experimentamos Su bendición cuando le decimos: *Jesús, sin ti, ¿qué más me queda? Tú eres mi todo*. Nos tenemos que dar cuenta de que no tenemos que ir a ningún otro sitio en la vida. Si sabemos que Jesús es, al fin de cuentas, todo lo que tenemos, descubriremos que Él es eternamente todo lo que necesitamos.

El nombre del levita

Los de Dan y su nuevo sacerdote continuaron su viaje a Lais, “mataron a sus habitantes a filo de espada, y quemaron la ciudad” (Jue **18:27**). “Reconstruyeron la ciudad y se establecieron allí” (**v 28**). Aunque la renombraron Dan, en realidad todavía se llama Lais porque no es parte de la herencia de Dan (**v 29**). Esta es una tribu que nació dentro del pueblo de Dios, Israel, pero que ahora vive fuera de la tierra de Dios, no escucha la palabra de Dios y la forma en que lo adora está en total desacuerdo con Sus ordenanzas.

No obstante, hay un último giro deprimente en la historia. Hasta ahora no se nos ha dicho el nombre del Levita. En Lais / Dan erigieron los ídolos para su adoración, “y Jonatán, hijo de Guersón y nieto [descendiente] de Moisés, y sus hijos fueron sacerdotes de la tribu de Dan” (**v 30**). ¡Es chocante ver que el levita que está dispuesto a ceder en todo (menos en sus propios intereses) es descendiente de Moisés! Es una muestra de que “Dios no tiene nietos”; cada individuo debe encontrar a Dios de manera personal e individual. Nadie se relaciona con Dios por medio de un árbol genealógico; ninguna tribu (o denominación o iglesia local) se relaciona con Él por su linaje. Como ha dicho el erudito escritor Donald Carson, una generación conoce el evangelio, la siguiente lo da por sentado y la tercera lo pierde. En ningún lado en la Escritura se ve esto mejor ilustrado que en la familia de Moisés.

Jonatán y sus hijos seguirán ministrando de forma idólatra, adorando al Señor de nombre pero no en verdad. Cuando la nación de Israel se

divide en dos, Dan será el lugar de la adoración de ídolos (1R 12:26-30). Pero no será para siempre. Servirán solo “hasta el tiempo del exilio” (Jue **18:30**, ver 2 Reyes 15:29). Así como ellos le quitaron a Micaías sus ídolos, así un día Dios les quitará a ellos la tierra.

¿Qué es lo que deberían haber hecho Dan (y Micaías)? Jueces **18:31** nos recuerda que durante todo este tiempo “la casa de Dios estuvo en Siló”. Dios había hecho posible que el pueblo se acercara a Él, lo adorara, lo conociera y viviera con Él. El tabernáculo, el lugar de la presencia de Dios entre Su pueblo, estaba en Siló y debería haber sido el punto principal de las vidas de Micaías y de la tribu de Dan. Así debería ser para nosotros hoy en día el tabernáculo de Dios: el Hombre que literalmente es “la Palabra [que] se hizo carne, puso Su tienda (*tabernáculo*) entre nosotros” (Jn 1:14 BLA). Si no centramos nuestras vidas en Jesús como el camino para acercarnos a Dios, para adorarlo, conocerlo y vivir con Él, estamos centrando nuestras vidas en la religión hecha por el hombre; en un ídolo; en algo que no puede bendecir.

Gente sin corazón

Estos dos capítulos nos dan un gran ejemplo de la **banalidad** del mal. El mal usualmente no hace a las personas increíblemente malvadas y violentas; eso llamaría la atención y despertaría a la gente. Más bien, el pecado tiende a hacernos personas vacías: externamente correctas e incluso agradables, pero en el fondo todos se están arañando y aferrando al poder con el fin de sacar ventaja. Continuamente nos pisoteamos, así como la tribu de Dan y su levita pisotearon a Micaías. Pero, a fin de cuentas, ¡él había tratado de robarle a su propia madre antes de que estos hombres llegaran y le robaran a él!

C.S. Lewis llamó a esta gente “hombres sin corazón” en *La Abolición del Hombre*. Pueden tener motivos (representada por la cabeza) o sentimientos e impulsos viscerales (representados por los intestinos), pero no tienen corazones. Realmente no están escogiendo, sino están siendo impulsados por sus deseos de poder y ganancia, por sus miedos y su ira. ¡Todos estamos en peligro de ser igual de **banales**, vacíos e insípidos si insistimos en “domar” a Dios y hacerlo banal! Solo cuando adoremos al Dios verdadero podremos escapar de este destino insípido y conocer la bendición de ir a la casa de Dios, el Señor Jesús, Aquel que tiene las palabras de vida eterna.

Preguntas para reflexionar

1. ¿De qué manera moldeará tu día el recordar quién es el Dios verdadero, poderoso y amoroso?
2. ¿Por qué es maravillosamente liberador tener a Jesús como nuestro “todo”? ¿Cómo te gozarás en Él hoy?
3. Al tener tu corazón centrado en el evangelio, ¿qué diferencia hará en la manera en que ves y tratas: a tu familia; a tu jefe y tus compañeros de trabajo; a tus amigos?

* Los versos pareados son los versos de cualquier metro (cantidad de sílabas) con rima consonante (la misma sílaba) o asonante (misma vocal, diferente consonante).

JUECES 19 V 1 A JUECES 21 V 25

13. UN PUEBLO SIN REY

La primera historia en el apéndice de Jueces “vista-desde-la-calle” (capítulos 17–18) fue ligeramente cómica aunque algo funesta. Después de leerla estamos desprevenidos y pasmados por la violencia de esta segunda historia, la cual es muy sombría e implacablemente trágica. Va mucho más allá de cualquier suceso que ya hayamos leído, incluso de los tiempos de Abimélec y Jefté. De acuerdo con los estándares modernos es profundamente repulsiva, y lo era también para los israelitas de la antigüedad. Se recordaba en la historia de Israel como un episodio de gran vergüenza (Os 9:9; 10:9). Sin embargo, aunque es muy diferente en tono, su tema es el mismo: la desesperada necesidad de un Rey-Salvador (Jue **21:25**).

Otro levita

Las palabras iniciales (“En la época en que no había rey en Israel”, **19:1**) nos advierten, como lo sabemos por el 18:1, que lo que sigue parecerá bien a los ojos de Israel y mal a los del Señor. Como en la primera parte del apéndice, una parte sustancial de la narrativa gira alrededor de un levita (**19:1**).

Pero mientras que en los capítulos 17–18 el levita estaba interesado solamente en la actividad religiosa de la autopromoción, este levita se presenta teniendo una “concubina” (**19:1**), una esposa de segunda clase, un objeto sexual (por lo que el levita es tanto el “esposo”, **v 3**, como el “señor”, **v 27** RV60, de esta mujer). Mientras que Dios deja claro en Génesis 2:24 que el matrimonio debe ser entre un hombre y una mujer, muchos creyentes en las épocas subsiguientes siguieron a su sociedad y tuvieron múltiples esposas y concubinas (por ejemplo: Abraham, Gn 16:2–3). Pero desde Abraham, pasando por Jacob, hasta Salomón, la práctica de la **poligamia** siempre trajo dolor y angustia, sin excepción alguna. El hecho de que este levita (que se suponía debía estar apartado y santo) había sido arrasado por una cultura pagana hasta el punto de tener una concubina, nos da un inicio profundamente desdichado. Veremos que este levita está interesado en relaciones de la autopromoción.

Mi mujer, mi propiedad

La relación entre este hombre y su concubina está bastante dañada. Literalmente, “ella le fue infiel” (Jue **19:2**) (comete adulterio) y después lo deja y regresa a la casa de su padre (en Belén, la ciudad que el levita de los capítulos 17–18 había dejado). Esta es una ruptura fuerte, ya que dejar a un señor y a un matrimonio (aunque sea de segunda clase) era absolutamente inadmisible.

Sin embargo, el levita espera cuatro meses antes de ir a “convencerla de que regresara” (**19:3**). Algunos comentaristas deducen que el levita le estaba dando tiempo a su concubina para que se tranquilizara, pero sin duda eso es querer leer susceptibilidades modernas en el texto. Evidentemente no es que estuviese demasiado aturdido por no tener consigo a su concubina, pero a la larga lo que quería era o el sexo o el estatus (o ambos). Estos versículos nos muestran que esta no es una relación ni amorosa ni duradera.

El padre de la concubina “se alegró mucho de verlo [...] lo convenció de que se quedara”, y lo persuadió de quedarse cinco días (**v 3-8**). La antigua cultura del oriente cercano exigía mostrar hospitalidad, así que en un sentido el trato que el padre le da al levita es como se esperaba. Sin embargo, estos versículos muestran que fue una invitación hecha con insistencia (de forma obstinada), casi rozando la desesperación. ¿Por qué? Los castigos tanto por el adulterio como por el abandono de un amo eran severos: muerte y desgracia para la familia. Parece que el padre se está asegurando de que el levita no “presentará cargos” y se

siente profundamente aliviado de que solo haya venido a llevársela a casa otra vez.

Es interesante notar que el texto no dice que la mujer fuera persuadida. Toda la acción se alterna en la interacción entre el padre de ella y su “esposo”. Nunca se nos dice que ella escuchó al levita o que estuvo de acuerdo en regresar. Todo indica que es el padre el que le entregó su hija al levita, sin que ella tuviera ninguna opción o pudiera tomar alguna decisión. Tanto el padre como el “esposo” trataron a esta mujer como un objeto. Uno de ellos quiere evitar la desgracia. El otro quiere asegurar los favores sexuales. Ninguno de los dos se preocupa por la mujer en sí.

Vale la pena hacer notar que en este pasaje, a diferencia de todas las demás secciones de Jueces, ninguno de los personajes es mencionado por nombre (con la excepción del sacerdote, Finés, en 20:28). Este anonimato pretende sugerir que estos hombres y mujeres simbolizan a todos los de su “índole” en Israel. Así es como los levitas vivían. Así es como los padres pensaban. Así es como las mujeres eran tratadas. Es una imagen sombría que está por volverse aún mucho más oscura.

No hagan este acto vergonzoso

Después de cinco días, por la tarde, “el hombre se levantó para irse con su concubina” (19:9). A pesar de los esfuerzos del padre de la concubina, partieron rumbo a Jebús, una ciudad que debía ser de Benjamín pero, debido a su fracaso en obedecer completamente a Dios, sigue siendo cananea (1:21). Puesto que el día casi había acabado cuando estaban llegando a Jebús, el criado del levita sugiere detenerse ahí (19:11), pero el levita no está dispuesto a “entrar en una ciudad extranjera, cuyo pueblo no sea israelita” (v 12). A pesar de que Israel había llegado a ser como Canaán, el levita obviamente no confía en que, como israelitas, estarán seguros en Jebús. Decide, “tratemos de acercarnos a Guibeá o a Ramá” (v 13), lugares de Benjamín y, por lo tanto, más seguros. Al ponerse el sol llegaron a “Guibeá de Benjamín”, y se detuvieron ahí para pasar la noche (v 14-15).

Inmediatamente vemos que no todo está bien. No encuentran a nadie que hable con ellos o los acoja (v 15). Se nota la ausencia del estilo de hospitalidad que el padre de la concubina había mostrado. Solo un anciano de Efraín (no de Benjamín) habla con ellos y, al escuchar quiénes son y hacia dónde van, los recibe en su casa (v 16-21). El **versículo 20** da a entender de manera indirecta que hay algo más peligroso en esta ciudad que la indiferencia: *No importa lo que hagan*, les está diciendo, *no pasen la noche en esta plaza*. ¿Qué está pasando? ¡Esto no es el desierto! ¡Esta no es una ciudad cananea! ¡Esto es Israel, la tierra de Dios! ¿Qué hay de peligroso en la plaza?

El **versículo 22** nos lo explica: “Algunos hombres perversos de la ciudad [...] le gritaban al anciano [...] ¡Saca al hombre que llegó a tu casa! ¡Queremos tener relaciones sexuales con él!”. Con valor el dueño sale y plantea dos asuntos (**v 23**). Primero: que por sí misma esta será una acción “vil”; y además, “este hombre es mi huésped”, a quien tiene el deber de mostrarle hospitalidad y brindarle protección, y lo que ellos proponen será doblemente “infame”.

Pero después este anciano hace algo abominable: les ofrece a su propia hija y a la concubina del levita (**v 24**). Al buscar proteger a su huésped, él ofrece dos mujeres para que sean violadas. ¿Por qué? ¿Por qué no ofrece al criado del levita? (Después de todo es un hombre, justo lo que la pandilla está exigiendo). Porque los de Efraín, igual que el levita y el padre de la concubina, ven a las mujeres como propiedad, menos valiosas y más prescindibles que un hombre. Así veían a las mujeres las culturas circunvecinas (aunque, trágicamente, a la concubina no le podría haber ido peor aún si se hubieran quedado en Jebús, la ciudad cananita); y esta forma de ver las cosas había impregnado a los hombres de Israel. Esto contrastaba con el fundamento de la creación de Dios, que ambos, tanto el hombre como la mujer, son creados a Su imagen, y que ambos son igual e intrínsecamente valiosos.

Este es un incidente tan terrible que debemos ser muy cautelosos al trazar líneas claras entre este y nuestros tiempos. Pero quizá vale la pena hacernos estas preguntas si somos hombres cristianos: *¿Existen formas en las que escuchamos a nuestra cultura sobre cómo debemos ver (ya sea tratar o mirar) a las mujeres? ¿De qué maneras estamos en peligro de tratar*

a las mujeres como propiedad, como objetos?

La Sodoma de Israel

Lo que está pasando aquí en Guibeá es muy parecido a los eventos de Sodoma en Génesis 19:1-11. Llegan extranjeros a la ciudad (ángeles, en Génesis 19). Los hombres rodean la casa, golpean la puerta y exigen tener relaciones sexuales con uno o varios hombres. El dueño de la casa les suplica no hacer esto y a cambio les ofrece algunas mujeres. Las únicas diferencias son que en Sodoma todo hombre era parte de la multitud; nuestro pasaje se refiere a “algunos de los hombres perversos”. Y en Sodoma los visitantes eran ángeles, quienes simplemente dejaron ciegos a estos hombres. En Guibeá, el levita “tomó a su concubina y la echó a la calle. Los hombres la violaron y la ultrajaron toda la noche” (Jue **19:25**). Vale la pena recordar que esto es un hecho real. Debemos sentir repulsión e indignación.

Sodoma es el gran ejemplo del Antiguo Testamento de la rebelión contra Dios que de manera justa acarrea sobre sí misma el juicio de Dios. El paralelismo entre la ciudad pagana y la ciudad israelita de Guibéa transmite un mensaje obvio. Aquí está el pueblo de Dios, a quien se le había dado los pactos de Abraham y de Moisés, la ley y los profetas, el tabernáculo, el éxodo y más recientemente los jueces-salvadores. Sin embargo, a pesar de todo esto, no son mejores que las naciones cananeas y paganas que no habían recibido ninguna de estas bendiciones. El pueblo de Dios mostró no ser mejor. Se habían vuelto como Sodoma.

No obtuvo respuesta

Estos siguientes versículos son desgarradores por su brevedad y conmoción. Al amanecer (después de toda una noche) la mujer es puesta en libertad (**v 25**). Regresa a la casa y “se desplomó a la entrada de la casa [... y] allí se quedó” (**v 26**). El levita la encuentra “tendida a la entrada de la casa y con las manos en el umbral” (**v 27**). Cuando le habla, “no obtuvo respuesta” (**v 28**). El escaso relato del narrador atrae nuestros corazones hacia ella porque, como lo describe Arthur E. Cundall:

“Si alguna vez un ser humano ha sufrido una noche de horror absoluto, sería [ella]... esa noche debió haber sido para ella... tan oscura como el abismo en sí”.

(Jueces y Rut, pp. 197-198)

El narrador nos da muchos más detalles sobre el levita. Habiéndola “echado a la calle” (**v 25**), entonces él, casi de manera inconcebible, se fue a la cama y después “por la mañana [...] se levantó” (**v 27**). En vez de tratar de encontrarla, hizo los preparativos “dispuesto a seguir su camino”. Mientras ella estaba “tendida a la entrada de la casa y con las manos en el umbral” (**v 27**), él solo le dijo, *¡Levántate, vámonos!*, como si alguien le hablara a un animal. Y “cuando llegó a su casa, tomó un cuchillo y descuartizó a su concubina en doce pedazos y después distribuyó los pedazos por todas las regiones de Israel” (**v 29**). Esta es una crueldad y atrocidad incomprensibles hacia la mujer que fue su amante.

Puesto que el levita parecía tan apático por la brutal violación y subsecuente muerte de su concubina, ¿por qué, entonces, envía las partes de su cuerpo por todo Israel? Porque quiere vengarse de los hombres de Guibeá, no por el trato que le dieron a la mujer (después de todo, él la entregó), sino por la pérdida de su propiedad. Hay una profunda ironía en la reacción a lo largo y ancho de Israel (**v 30**). Tienen razón: “nunca se ha visto, ni se ha hecho semejante cosa” en Israel; pero no son solo las actitudes y las acciones de los de Guibeá, sino las del levita las que son reprensibles. El narrador deja bastante claro que hay pecado en todos los bandos.

Editando la verdad

Sin embargo, Israel no ve esto. “Entonces salieron todos los hijos de Israel, y se reunió la congregación como un solo hombre” (20:1). Se junta un ejército de 400,000 hombres (v 2). Israel está unido por primera vez desde el gobierno de Otoniel, pero está unido en repugnancia a algo hecho por su propio pueblo, dentro de sus fronteras; y no escuchará a Dios ni a un juez, sino a un levita corrompido moralmente (v 3).

La versión del levita sobre lo sucedido solo atiende a sus conveniencias, y está bien editada para esconder cualquier maldad de su parte. Enfatizando dónde había sucedido la atrocidad (v 4), afirma que “los hombres de Guibeá” (en vez de aclarar que fueron “algunos hombres perversos”, 19:22) tenían “la intención de matarme” (20:5), cuando lo que querían era violarlo (19:22). Omite mencionar que él cruelmente sacrificó a su concubina en vez de pelear por protegerla, reportando solo que la “violaron” (20:5). Nadie que hubiese escuchado esta versión hubiera sospechado que él contribuyó a la muerte de la joven.

El punto es que mientras que los hombres de Guibeá ciertamente son unos villanos, abierta y atrozmente pecadores, el comportamiento moral del levita, aunque es más sutil, no es mejor. Este episodio de la historia es una muestra promulgada de los primeros dos capítulos y medio de Romanos donde Pablo dice que el mundo pagano, libertino y sin Dios está perdido en el pecado, pero en seguida señala (Ro 2) que la persona moral, religiosa y externamente “buena” también está perdida en pecado. En el fondo, a ninguno le importa Dios ni los demás. Pablo lo

resume con esta declaración categórica: “No hay un solo justo, ni siquiera uno [...] Todos se han descarriado, a una se han corrompido” (Ro 3:10, 12). Nadie en esta historia es justo. Nadie en el mundo lo es.

¿Cómo reaccionamos nosotros?

¿Cómo debemos reaccionar a los eventos registrados en Jueces 19? Debemos llorar. Este es el pueblo de Dios. Son nuestros ancestros espirituales. Y nos muestran, hasta cierto punto, cómo somos nosotros. Podemos tener secretos profundamente enterrados que se asemejan, de cierta manera (a pequeña escala), a la conducta de los de Guibeá. O quizás no hemos cometido tales cosas, pero (al igual que el levita) hemos fallado en prevenirlas, permitiendo que sucedan por medio de la inactividad. Todos nos hemos contado una versión editada y mejorada a nosotros mismos y a los demás acerca de quiénes somos y de nuestra conducta. Y, como el libro de Jueces en repetidas ocasiones nos ha desafiado, todos hemos permitido, inconsciente y hasta conscientemente, ser moldeados y esclavizados por nuestra cultura en vez de por el Señor, cuyo nombre invocamos, como lo hacía Israel.

Jueces 19 nos debe conmover y dar pie a llorar por ellos y por nosotros. “No hay justo” porque vivimos como si “no [hubiera] rey” (19:1; 21:25). Lo que necesitamos es un Rey que nos salve, nos gobierne y nos cambie. Solo podremos valorar el evangelio (que en Jesús tenemos ese Rey) si primero comprendemos que somos más malvados y que estamos más desesperados de lo que imaginamos.

Preguntas para reflexionar

1. ¿En qué situaciones te sientes más tentado a editar la verdad sobre tus pensamientos, palabras o acciones?
2. ¿Hay secretos bien enterrados en tu vida que debes confesar y lamentar y de los que te debes arrepentir sabiendo que, a pesar de quienes somos, Dios está lleno de gracia hacia nosotros?
3. ¿Qué le pasa a nuestra comprensión del “evangelio” si no admitimos nuestra propia pecaminosidad inherente?

PARTE DOS

Mi pueblo, mi Dios

Israel ahora está unido como en ningún otro momento desde el capítulo 3. Son “como un solo hombre” (20:8, 11) y se comprometen a levantar y equipar a un ejército solo para luchar en contra de la ciudad de Guibeá, para “darles su merecido” (v 9-10). El último juez, Sansón, tuvo que pelear contra los filisteos sin ayuda de nadie, pero aquí Israel se une con la determinación de destruir una de sus propias ciudades.

Pero primero envían hombres a Benjamín pidiéndoles que entreguen a los violadores para que ellos puedan “eliminar así la maldad en Israel” (v 12-13). Pero esto crea más problemas de los que resuelve. Los de Benjamín “no quisieron hacerles caso” (v 13) y, en cambio, se reúnen en Guibeá “para luchar contra los israelitas” (v 14) convocando a 26,700 soldados, incluyendo algunas tropas expertas (v 15-16), para enfrentar a 400,000 israelitas (v 17).

¿Por qué la tribu no solo entrega a los hombres culpables para que enfrenten la justicia? Uno de los ídolos más destructivos para la unidad humana es el ídolo de nuestra sangre o de nuestros lazos familiares, la actitud de *mi familia / mi país, sin importar que esté equivocada o no*. Aunque la decencia común nos dice que los hombres de Guibeá habían transgredido todos los estándares morales, los de Benjamín cerraron filas y se negaron a permitir que cualquier persona ajena encontrara culpa alguna en cualquiera de ellos. Cuando ponemos nuestra sangre, nuestros lazos raciales o nuestra comunidad por encima del bien común y del orden moral trascendente, hacemos de nuestro propio pueblo un

dios.

Aquí vemos cómo el pecado se erige sobre sí mismo. La crueldad del levita y el libertinaje sexual de algunos de los vándalos del pueblo se han convertido en una guerra civil abierta por la falta de honestidad del levita y el orgullo de los de la tribu de Benjamín.

Una masacre vengativa

Hay una gran tragedia en el **versículo 18**. Al principio del libro, mientras Israel comienza a establecerse en Canaán, preguntan al Señor: “¿Quién de nosotros será el primero en subir y pelear...” (1:1) por su heredad para que el pueblo de Dios pudiera vivir en la tierra de Dios y adorarle a la vista de (pero sin casarse con) los otros pueblos. Él había contestado: “Judá” (v 2). Ahora se dirigen a Dios para preguntar (usan Su nombre del pacto en 1:1 pero no en **20:18**): “¿Cuál de nosotros será el primero en combatir?”. Una vez más Dios contesta “Judá”. Pero no lucharán contra los enemigos de Dios, sino contra el pueblo de Dios. El escritor está mostrando que el fracaso de conquistar Canaán y de caminar con Dios ha conducido a una guerra civil y al **fratricidio**.

Y esa guerra civil comienza en los **versículos 19-20**. Los de la tribu de Benjamín viven en las colinas, lo que favorece a una fuerza defensiva. Así que, aunque muy superiores en número, los israelitas solo pueden enviar, en el primer y segundo día, a una o dos tribus a la vez para pelear en el estrecho espacio que los de Benjamín defienden (**v 20, 24**). En ambas ocasiones, los de Benjamín derrotan al resto de Israel (**v 21, 25**). Y aunque en ambos días Dios contesta sus preguntas sobre quién deben mandar y si deben pelear (**v 18, 23**), estas ya no son garantías de éxito como lo eran en el pasado. (Dios les está diciendo: *Vayan, pero Yo no iré con ustedes*).

Esta es una experiencia humillante para Israel. Estaban tan convencidos de la justicia de su causa que al principio no le preguntaron

a Dios si debían pelear, sino solo quién debía pelear (**v 18**); y su pregunta en el **versículo 23** realmente no permite un *no* como respuesta. Ahora, después de su segunda derrota, lloran, ayunan y ofrecen sacrificios (**v 26**) y por medio del sumo sacerdote otra vez preguntan humildemente si deben o no pelear contra su hermano Benjamín (**v 27-28**). En estos pocos versículos, Israel está viviendo como debería. Y “el Señor respondió: Suban, porque mañana los entregaré en sus manos” (**v 28**).

Esta vez, Israel tiende una emboscada (**v 29**), logran sacar de su fortaleza a las fuerzas principales de Benjamín (**v 30-33**) para que ellos mismos tengan espacio para atacar con fuerza (**v 34**); y Dios les concede la victoria (**v 35-36**). Esto sucede mientras los hombres de la emboscada “mataron a filo de espada a todos los habitantes de la ciudad [de Guibeá]” (**v 37**). Así que los de Benjamín piensan que están ganando (**v 39**) pero, de hecho, han perdido (**v 40-41**). Israel se vuelve hacia el ejército de Benjamín y pronto todos los de la tribu de Benjamín (menos 600 hombres) son destruidos (**v 42-47**). La batalla ha terminado.

Pero la matanza no. Al regresar, Israel “mata a filo de espada a los habitantes de todas las ciudades” (**v 48**). Matan a cada hombre, mujer, niño e incluso animal. Esto no es justicia; es genocidio. La justicia hubiera exigido, cuando mucho, la ejecución de los vándalos de Guibeá y posiblemente la de los hombres de la tribu de Benjamín que salieron a pelear por ellos. ¿Qué justificación había para la matanza de toda la sociedad de Benjamín? Esta es la obra del rencor: en venganza por cada ojo perdido exige, no solo un ojo, sino dos.

La raíz del rencor siempre florece en un afán por la venganza. A nivel

tribal o nacional, se ve como Jueces 20. A nivel personal puede parecer menos extremo. Pero la destrucción es igualmente real aunque a menor escala. La única forma de evitar el rencor es practicar el perdón. Nada más arrancará de raíz el resentimiento airado.

¿Cómo podemos hacer esto?

En primer lugar, tenemos que entender *qué es* el perdón. El perdón se otorga antes de que se sienta (Lucas 17:3-6). El perdón es fundamentalmente una promesa de no sacar a colación la ofensa con la persona; ni sacarla a colación con los demás; ni sacarla a colación en tu propia mente. Es una promesa de no arraigarse en el dolor o de no albergar en la mente malos pensamientos hacia el otro. Todo esto está bajo el control de tu voluntad. No puedes evitar que estos pensamientos pasen por tu mente, pero no tienes que albergarlos.

En segundo lugar, tenemos que entender *cómo es posible* perdonar: solo cuando ves y sientes la realidad del costoso e inmenso perdón de Dios hacia nosotros por medio de Cristo (Mt 18:21-35). Solo el hecho de conocer nuestra deuda con Dios puede poner en perspectiva la deuda de alguien más hacia nosotros. El perdón de Cristo nos da la humildad emocional para perdonar (*¿Quién soy yo para negar el perdón cuando soy tan pecador?*) y los recursos emocionales para perdonar (*¿Qué realmente me puede haber robado esta persona cuando tengo tanto en Cristo?*).

Si con nuestros corazones moramos en el perdón de Cristo por nosotros, y con nuestras voluntades practicamos el perdón hacia los demás, entonces, poco a poco, vendrá el sentimiento del perdón.

Por último, debemos perdonar en nuestros corazones *incluso antes* de

que intentemos reconciliarnos con alguien que nos ha hecho daño (Mr 11:25). De esa manera no estaremos demasiado enojados al discutir con ellos y no erraremos al tratar de “ganar el punto” o humillar a la persona. En la reconciliación tratamos de restaurar la relación. Hacemos eso cuando admitimos todo lo malo que hemos hecho, para después señalar cualquier injusticia que se haya cometido contra nosotros; y solo después pedimos ser reconciliados.

Esto es lo que nadie había hecho, ni el levita, ni los israelitas, ni los de Benjamín. Los resultados ya han sido catastróficos, y están a punto de empeorar.

El problema del juramento

“Los varones de Israel habían jurado en Mizpa” cuando se reunieron para escuchar al levita y para pronunciar el juicio sobre Guibeá. Fue un voto hecho de prisa: “Ninguno de nosotros dará su hija a los de Benjamín por mujer” (**v 21:1** RV60). Esto les creó un gran problema. Habían matado a todas las mujeres de Benjamín, y no les podían dar a los 600 hombres que habían sobrevivido sus propias hijas para casarse y, de esta manera, habían efectivamente exterminado a toda una tribu. Mientras se quejan con Dios (**v 3**), es evidente ver que “¡hoy ha desaparecido una de nuestras tribus!”.

Es increíble que terminan “llorando amargamente” sobre esto en la presencia de Dios (**v 2**) y preguntan: “¿Por qué le ha sucedido esto a Israel?” como si de alguna manera esto fuera culpa de Dios. Fue su juramento impulsivo, seguido por la masacre de sus hermanos y hermanas de Benjamín, lo que provocó esto. ¡Deben saber exactamente por qué ha sucedido esto! Pero es más fácil para ellos culpar a Dios que enfrentarse a la auto-reflexión.

Y puesto que no hay una auto-reflexión, no aprenden de su error. Cuando construyen un altar y ofrecen sacrificios (**v 4**), descubrimos que han hecho otro juramento irracional: que “cualquiera que no se presentara ante el Señor en Mizpa [...] tendrá que morir” (**v 5**).

Así que, al haberse conversado el problema entre ellos (**v 6-7**), descubren que los hombres de Jabés Galaad “no se presentaron ante el Señor en Mizpa” (**v 8-9**). Esto presenta una posible solución. Ya que estos

hombres no estuvieron ahí, no habían prohibido dar a sus hijas en matrimonio a los de Benjamín. De esta manera, para guardar su juramento, la asamblea envía un pequeño ejército a la ciudad (**v 10**), para “exterminar a todos los hombres y a todas las mujeres que no sean vírgenes” (**v 11**) y llevarse a las 400 vírgenes para que se casaran con los de Benjamín (**v 12-14**).

“Pero no hubo mujeres para todos” los 600 hombres que quedaron de Benjamín. El pueblo se afligió porque desde su perspectiva “el Señor había dejado un vacío en las tribus de Israel” (**v 15**). Una vez más, repiten el problema que su juramento provocó (**v 16-18**). Después, se presenta otra solución. “Pero miren, se acerca la fiesta del Señor” (**v 19**) y envían a los de Benjamín para que “vayan, escóndanse en los viñedos [...] Cuando las muchachas de Siló salgan [...] róbase cada uno de ustedes una de esas muchachas para esposa” (**v 20-21**). Lo astuto de esto es que, como estas muchachas habían sido secuestradas por la fuerza, sus padres no habían quebrantado el juramento “ya que no les dieron sus hijas” (**v 22**).

“Así lo hicieron los de la tribu de Benjamín” (**v 23**). Una asamblea que se había reunido para hacer justicia a una sola mujer violada y asesinada termina planeando y promoviendo el asesinato de toda una ciudad y el secuestro y violación de las jóvenes de dos ciudades israelitas. Y todos regresan a casa (**v 24**), con excepción de las mujeres solteras de Jabés Galaad y Siló.

Soluciones que causan problemas

Una vez más, el narrador nos recuerda que este era un pueblo sin un rey dado por Dios; un pueblo en el que “cada uno hacía lo que le parecía mejor” (**v 25**). Durante toda la trayectoria (de principio a fin) de los dos últimos capítulos, Israel ha fracasado en buscar la guía del Señor. Ignoran Su palabra y solo se acercan a Él para hacerle una pregunta en el tabernáculo después de haber tomado una mala decisión.

Esta es una cultura funcionalmente pagana. En el mejor de los casos toma decisiones basadas en el razonamiento humano, y en el peor de los casos lo hace de manera apresurada y vengativa. Cada paso que Israel da tiene el propósito de “eliminar así la maldad” (**20:13**) y resolver el problema que crearon sus acciones previas; resulta que cada uno causa incluso mayores problemas. Para ellos, Dios es solamente la persona conveniente a quien echar la culpa de sus propios errores.

Este es el problema con las soluciones humanas a lo que es, básicamente, un problema espiritual: el intratable (humanamente hablando) problema del mal. No existe una campaña militar ni una política de estado que pueda resolver un problema que reside en, y emana de, el corazón humano. Solo un avivamiento de fe en Dios puede resolver esto. Pero Israel nunca reconoce que está bajo la opresión y la esclavitud como si tuviera un amo extranjero. Está espiritualmente en oscuridad pero no se da cuenta.

Estos capítulos son un retrato de cómo funcionan las sociedades que no se centran en Dios: adoran algo más que al verdadero Dios; dicen lo

que parece correcto, lógico y razonable a sus propios ojos; se preguntan por qué las cosas nunca parecen mejorar; y luego deciden que Dios, si existe, no se preocupa mucho por las personas.

Pero, por supuesto, este también es un retrato del pueblo de Dios (hoy en día, la iglesia). No eran los paganos los que tenían la culpa de la opresión, la violación, el asesinato, la masacre y el secuestro. Todo fue obra de Israel. A lo largo de todo el libro de Jueces, especialmente al final, el peor enemigo de Israel es Israel. Tristemente, con mucha frecuencia lo mismo es cierto hoy en día para el pueblo de Dios:

“Ningún otro libro en el Antiguo Testamento refleja a la iglesia moderna, como si fuera un espejo, como este libro. Este libro es un llamado a despertar a una iglesia que muere en sus propias búsquedas egoístas. En vez de responder al llamado de los líderes genuinamente piadosos y dejar que Jesucristo sea el Señor de la iglesia, por todos lados las congregaciones y sus líderes hacen lo que es correcto a sus propios ojos”.

(Daniel I. Block, *Jueces-Rut*, p. 586)

Se nos hace muy fácil culpar a otros de las debilidades de la iglesia. Miramos las culturas a nuestro alrededor que viven de una manera tan diferente a la nuestra y que nos invitan a seguirlas. Nos preguntamos por qué Dios no nos da unidad o por qué no manda un avivamiento. Vemos hacia todos lados menos hacia nosotros mismos. Pero estos capítulos de Jueces nos obligan a hacer justamente eso.

El rey que necesitamos

Sin embargo, todo el libro de Jueces nos muestra que aunque nosotros somos el problema, no podemos ser nuestra propia solución. Tenemos que buscar un rey, tal y como lo hizo Israel.

Muchos comentaristas creen que el autor de Jueces es un **apologista** del reinado del rey David y que está tratando de promover la importancia y el apoyo al reinado davídico. El autor está diciendo: *¡Vean la incompetencia de la naturaleza humana! Necesitamos más que estos caudillos militares, temporales y carismáticos. Necesitamos un rey permanente.* Puede o no ser verdad que él tenga en la mira promover a David, ¡pero ciertamente argumenta a favor de la insuficiencia de la naturaleza humana! El libro de Jueces no es un “libro de virtudes” o una serie de “ejemplos morales”. Los jueces son solo “héroes de la fe” (Heb 11:32-34). Su heroísmo se encuentra solo en la forma en que confían en Dios para que Él obre por ellos, en ellos, por medio de ellos y *a pesar de* ellos mismos, usándolos en Su gracia para rescatar a Su pueblo igualmente imperfecto.

El autor nos convence de que necesitamos un salvador, pero ¿de qué tipo? Dios puede estar usando al autor de Jueces para mostrarnos realidades más allá de sus intenciones conscientes y deliberadas. Nos ha mostrado que necesitamos un libertador, pero para cuando llegamos al final del libro nos preguntamos si un mero rey humano será suficiente. Las historias de 1 y 2 de Reyes y 1 y 2 de Crónicas trazan una larga línea de reyes humanos que guían a la gente, en el mejor de los casos, un

poco más cerca a la obediencia amorosa a Dios y, en el peor de los casos, lejos de ella. Para cuando llegamos al final de esos libros, sabemos que necesitamos a alguien más allá del mismo David.

Al final de Jueces (sobre todo en la vida de Sansón), en primer lugar nos damos cuenta que necesitamos un Libertador que pueda venir sin ser llamado, ya que los seres humanos realmente no están buscando a Dios (Ro 3:11; 2Ti 2:13). Nosotros no seremos capaces de escogerlo; Él tendrá que escogernos a nosotros (Jn 15:16). En segundo lugar, llegamos a darnos cuenta que este Libertador tendrá que hacerlo todo por Él mismo ya que nosotros no seremos capaces de contribuir en nada a nuestra salvación (Ef 2:4-5; Tit 3:4-6). Tercero, incluso se nos da la misteriosa pista de que este Libertador nos salvará por medio de la debilidad, por medio de una “derrota victoriosa”, por medio de Su muerte, no solo por medio de Su vida (Fil 2:1-11). Cuarto, necesitamos un Rey que pueda “eliminar” la maldad (Jue 20:13) que está en nuestros corazones y no solo en nuestra sociedad. ¡De seguro el autor de Jueces habló con más verdad y sabiduría de lo que él sabía! Necesitamos un rey, pero un Rey mayor que traiga una liberación mayor que la que cualquier ser humano pueda llevar a cabo.

Es el salmista el que verdaderamente ve todo el camino hasta el horizonte: “¡Alégrense los cielos, regocíjese la tierra! ¡Brame el mar y todo lo que él contiene! ¡Canten alegres los campos y todo lo que hay en ellos! ¡Canten jubilosos todos los árboles del bosque! ¡Canten delante del Señor, que ya viene! ¡Viene ya para juzgar la tierra! Y juzgará al mundo con justicia, y a los pueblos con fidelidad” (Sal 96:11-13).

Aquí, la palabra “juzgar” se usa en su sentido original. El Juez vendrá para “gobernar con justicia”. El salmista se da cuenta de que cuando regrese el verdadero Juez y Rey, toda la naturaleza (y la naturaleza humana) finalmente florecerá y alcanzará la paz y la plenitud. Solo hasta entonces.

Por ahora, todos buscamos un rey: alguien que nos gobierne, alguien que nos rescate. Solo existe un Hombre que suple lo que estamos buscando. Debemos mirar al Rey más grande, el Juez último; de lo contrario, serviremos a un juez falso, un rey incapaz.

Preguntas para reflexionar

1. ¿De qué manera la idea del ídolo de “mi familia / pueblo / tribu” hace eco en ti y te desafía?
2. ¿De qué manera transforma tu trato con los demás el hecho de saber que Cristo te ha perdonado? ¿Hay alguien a quien tengas que perdonar, mientras meditas en el perdón de Cristo?
3. Si tuvieras que resumir el mensaje de todo el libro de Jueces en pocas palabras, ¿qué dirías?

GLOSARIO

Abogado: alguien que suplica en nombre de alguien más, defendiéndolo de una acusación.

Abram: (también llamado Abraham); el ancestro de la nación de Israel y el hombre con quien Dios hizo un convenio vinculante (pacto). Dios prometió hacer de su familia una gran nación, darles una tierra y traer bendición a todas las naciones por medio de uno de sus descendientes (Gn 12:1-3).

Altares: lugares para hacer sacrificios a un dios.

Anomalía: algo que difiere de la norma; una rareza o un evento único.

Anunciación: cuando un ángel anuncia un nacimiento milagroso.

Apologista: una persona que defiende o justifica a alguien o a algo.

Apóstoles: hombres nombrados directamente por el Cristo resucitado para enseñar con autoridad acerca de Él.

Arrepentimiento: literalmente, una palabra militar que quiere decir “cambio de sentido”. Se usa para expresar la idea de dar un giro para vivir de la manera opuesta a la que antes se vivía.

Asimilado: absorbido; completamente integrado de tal manera que no

haya ninguna diferencia.

Baby Boom: la generación que nació en los Estados Unidos y en el Reino Unido entre 1946 y 1964.

Banal / Banalidad: aburrido, ordinario, sin importancia.

Canaán: un área en la costa este del Mediterráneo, al norte de Egipto y al sur de Siria (en términos de hoy en día). Esta es el área que Dios prometió darles a los descendientes de Abram (Gn 12:6-9) y que se conoce como la “tierra prometida”.

Castigar: corregir a alguien o a algunas personas con el fin de que se vuelvan más humildes.

Concubina: en esencia una amante esclava; no una prostituta pero tampoco una esposa en el sentido total de la palabra.

Costumbres: prácticas y modo de hacer las cosas de una sociedad.

Cruce del Jordán: el río Jordán era la frontera este de Canaán (aunque dos y media tribus israelitas se establecieron en la tierra al este del cruce). Cuando Israel entró a la tierra bajo el liderazgo de Josué, Dios dividió el río Jordán para que ellos cruzaran (Jos 3-4).

Deidades: dioses.

Diáconos: literalmente personas que sirven las mesas; en la iglesia los diáconos son miembros nombrados para servir de formas prácticas.

Discierne: percibe, ve la verdad.

Discipulado: seguir a Jesús como Señor y confiar en Él como Salvador.

Disposición mental: una manera de pensar o ver el mundo.

Doctrinas: declaraciones de lo que es verdad acerca de Dios.

Egipto: el país donde el pueblo de Dios (los descendientes de Abraham)

estuvieron en esclavitud (ver Éxodo 1).

Ética / Ético: un conjunto de principios morales.

Evangelio: la proclamación de que el hombre Jesús también fue Dios mismo, vino a servirnos y a gobernarnos como nuestro Rey; que Él murió por los pecados; que resucitó para gobernar y dar vida nueva; que está reinando en el cielo y regresará a restaurar al mundo. El evangelio son las buenas noticias que deben ser creídas, no un buen consejo a seguir.

Éxodo: literalmente “salida” o “partida”; el periodo histórico cuando el pueblo de Israel dejó la esclavitud en Egipto y comenzó a viajar hacia la tierra prometida; son los eventos que se narran en el libro de Éxodo.

Fratricidio: matar a un hermano (o hermanos).

Funcional: real, verdadero.

Gracia: generosidad inmerecida y sobreabundante.

Ídolo / Idolatría: algo que no sea el verdadero Dios a quien se le sirve y se le adora como la fuente de bendición y seguridad.

Imputar: el dar o compartir una cualidad (buena o mala) para o con alguien más, de tal manera que esa cualidad se les acredita completamente a ellos.

Inerrancia: la doctrina de que toda palabra de la Biblia es verdad y que no tiene falta o error.

Infalible: la doctrina de que la Biblia no nos llevará por mal camino en los asuntos de la fe y la práctica.

Inferencia: una conclusión que se saca de una fuente o de un hecho, que se basa en la razón pero que no puede ser probada.

Ira: el odio y la furia de Dios, establecidos y merecidos por el pecado.

Jardín del Edén: el lugar perfecto que Dios les dio a los primeros humanos para que vivieran, disfrutaran Su presencia y trabajaran para Él (Gn 2:8-17); también la escena donde esos humanos decidieron rebelarse contra el reinado de Dios, por lo cual parte del juicio fue echarlos del Edén (Gn 3:1-13, 23-24).

José: el segundo hijo más joven de Jacob y bisnieto de Abraham. Fue el primero de la familia de Abraham en vivir en Egipto; el resto de la familia lo siguió ahí y después de algunas generaciones fueron esclavizados.

Josué: un líder del pueblo de Israel después de Moisés. Una de las dos únicas personas que fueron rescatadas de la esclavitud en Egipto y que también asentaron el pie en la tierra prometida de Canaán.

Justificado: el estado de no ser culpable, no estar condenado, ser completamente inocente.

Langosta: un saltamontes grande. Algunas veces las langostas se reúnen en enjambres enormes, comiéndose todas las cosechas en su trayectoria de vuelo. En una sociedad completamente agrícola, una plaga de langostas es imparable y catastrófica.

Libro de la Ley: la ley que Dios le dio a Moisés en el Monte Sinaí.

Manipular: decir o hacer algo con el fin de poder controlar o influenciar a una persona o evento.

Mar Rojo: el mar al este de Egipto. Cuando los israelitas salían de Egipto y mientras estaban de camino, se vieron atrapados entre el Mar Rojo y el ejército de los carros egipcios que los perseguían. Así que Dios, de manera milagrosa, dividió el mar para que Su pueblo pasara por en medio de él y cerró las aguas sobre los egipcios que los perseguían (Éx

14).

Meditar: la reflexión enfocada en la palabra de Dios.

Moisés: el hombre que Dios escogió para sacar a Su pueblo de la esclavitud en Egipto y llevarlo a la tierra prometida. Después Moisés se encontró con Dios en el Monte Sinaí y por medio de él le dio a Israel Su ley e instrucciones sobre cómo adorar. Debido a que Moisés no confió plenamente en Dios todas las veces durante el viaje (ver Números 20:2-12) murió viendo la tierra prometida, sin asentar su pie en ella.

Mosaico: de, o desde, Moisés.

Movimiento por los Derechos Civiles: aquí me estoy refiriendo al movimiento por los Derechos Civiles en Estados Unidos: esfuerzos organizados para abolir los actos públicos y privados de discriminación racial en contra de los afroamericanos (y otros grupos étnicos minoritarios) entre 1954 y 1968.

Murallas de Jericó: una importante fortaleza de la ciudad en Canaán. Fue el primer lugar amurallado que se derrumbó ante Israel. Dios logró la victoria para Su pueblo haciendo que las murallas cayeran (Jos 5:13-6:21).

Nominal: solo de nombre. Un fanático nominal del equipo de fútbol de Colombia sería uno cuyas acciones y emociones rara vez, si es que alguna vez, son moldeadas por los resultados del equipo; nunca aceptaría un costoso compromiso con su equipo, ni tendría un compromiso de apoyo que le implicara un sacrificio.

Nueva Jerusalén: en la revelación que el Señor Jesús le dio al apóstol Juan, la Nueva Jerusalén es el lugar perfecto en la tierra donde todo el

pueblo de Dios vivirá eternamente, disfrutando Su gloriosa presencia y adorándolo, cuando Cristo regrese a hacer nuevas todas las cosas (Ap 21-22).

Nulificado: hecho inválido.

Ordenación: el llamado público de alguien al liderazgo pastoral y a la enseñanza en una iglesia.

Pacto: un convenio vinculante entre dos partes.

Pagano / Paganismo: una palabra que se usa en la Biblia para referirse a los no cristianos (por ejemplo: 1 Pedro 2:12; 4:3-5). Hablando en general, la religión pagana se refiere a un sistema de creencias que incluye muchos dioses impredecibles y cuyo favor, bendición o protección se tiene que comprar o ganar por medio de rituales o sacrificios.

Paradójico: dos declaraciones de verdad que parecen ser contradictorias pero no lo son.

Piedra de moler: una piedra circular muy pesada usada para moler grano.

Poligamia: la práctica de casarse con más de una mujer.

Pragmático: un enfoque que se basa en lo que parece funcionar y no en las consideraciones de valor o en la moral. En esencia, el fin justifica los medios.

Repudiar: rechazar algo.

Rescatado: una persona (o personas) que es libertada de la esclavitud o de la cautividad por medio del pago de un precio por su liberación.

Sacerdote: los descendientes de Aarón (hermano de Moisés), de la tribu de Leví, fueron escogidos por Dios para ser apartados para trabajar

como sacerdotes en el tabernáculo. Representaban al pueblo ante Dios llevando a cabo sacrificios en Su nombre y representaban a Dios ante el pueblo enseñándoles la ley.

Sacrificios: en una religión pagana, los sacrificios se hacían para apaciguar la ira y así ganar el favor o la bendición de una deidad. Dentro de Israel, los sacrificios eran una forma que Dios les había dado para que el pueblo mantuviera su relación del pacto con el Señor. Un pecador no se podía acercar a Dios sin que hubiera muerte; el cordero o el toro morían en lugar del pecador para que pudiera continuar en la relación del pacto con Dios.

Santo: totalmente puro; apartado.

Semítico: un grupo de idiomas que incluyen el hebreo antiguo (que Israel hablaba en la época de los jueces) y el arameo (que Jesús habría hablado).

Señor: la mayoría de las Biblias traducen el nombre por el cual Dios mismo se reveló a Moisés (Éx 3:13-14) –*Yahveh* o Jehová– como “Señor”. Literalmente quiere decir “Yo soy el que soy” o “Yo seré el que seré”.

Soberano: tener la autoridad suprema; ser el gobernante supremo.

Subjetiva: la toma de decisiones que se basa en los sentimientos o en las opiniones.

Sumo sacerdote: el sumo sacerdote era seleccionado de entre los sacerdotes (ver Sacerdote) para usar el efod ([ver lo ya dicho sobre el efod](#)) y llevar a cabo los sacrificios especiales en el Día de la Expiación (ver Levítico 16). Solo a él se le permitía, una vez al año, entrar al Lugar Santísimo en el tabernáculo / templo (el lugar donde estaba la gloria de

Dios).

Teológico: enfocarse en la perspectiva de Dios y la verdad sobre Él.

Trampas: trampas para los animales.

Tribus de Israel: había doce tribus que conformaban el Israel del Antiguo Testamento. Cada tribu descendía de los hijos de Jacob; estas doce tribus fueron nombradas según los nombres de los hijos de Jacob (ver Génesis 49:1-28).

Trillando: el proceso de separar el grano del trigo.

Trinidad: la doctrina bíblica de que el único Dios es tres Personas, distintas la una de la otra, cada una plenamente Dios, de la misma “esencia” (o “naturaleza divina”). Por lo general llamamos a estas tres Personas Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Vindicación: haber sido exonerado de sospecha o probado de haber estado en lo correcto.

APÉNDICES

APÉNDICE: El “Ciclo de los Jueces”



Los detalles de cada "Ciclo"

	3:7-11	3:12-30	3:31	4:1 - 5:31	6:1 - 8:32	9:34 - 10:5	10:6 - 12:7	12:8-15	13:1 - 16:31
Adoraron	Baal Aserá	Ídolos no especificados		Ídolos no especificados	Baal Aserá	Baal-Benit	Baal Aserá Dioses de otras naciones		Ídolos no especificados
Entregados por Dios a	Cusán-Risatayim de Acem Najarayim	Eglón de Moab	Filisteos	Jabir/Sisara de Canaán	Madián	Abimelec	Filisteos, Amonitas		Filisteos
Por una duración de	8 años	18 años		20 años	7 años	3 años	18 años		40 años
¿Qué tan mal?	Sometidos	Tomaban tributo		Cruelmente oprimidos; omó la vida de la ciudad	Tenían que vivir en cuevas, cosechas arrasadas		Aplastados — gran angustia		Casi a integración completa
¿Israel clama?	Sí	Sí		Sí	Sí	No	Sí		No
¿Interludio antes del rescate?	No	No		No	Sí — profeta		Sí		No
Juez	OTONIEL	AOD	SAMGAR	DÉBORA/ BARAC	GEDEÓN	TOLA, YAIR	JEFTÉ	IBSÁN, ELÓN, ABDÓN	SANSÓN
De la tribu / clan de	Judá	Benjamín		Efraín/ Neftalí	Manasés	Isacar / Galaad	Galaad	Judá / Zabulón / Efraín	Dan
Apoyado por	Israel	Israel		Zabulón, Neftalí	300 hombres		Galaad, Manasés		Nadie
¿Guerras internas en Israel?	No	No		No	Los de Efraín se quejan, dos ciudades no apoyaron	Siquén destruido	Los de Efraín masacrados		Judá busca arrestar a Sansón
¿Victoria?	Sí	Sí		Sí	Sí		Sí		No
¿Paz?	Sí	Sí		Sí	Sí, aunque con adoración idólatra		No		No
Duración del reinado del juez	40 años	80 años		40 años	40 años	15 años (en total)	6 años	25 años (en total)	20 años

APÉNDICE: Mapa de Israel en época de los Jueces



APÉNDICE: El problema de la “Guerra Santa”

El problema

Uno de los más grandes problemas que el lector moderno tiene con Josué y Jueces en particular, y el Antiguo Testamento en general, es la orden que Dios le dio a Israel de “echar fuera” y expulsar a los habitantes de Canaán de su tierra natal. Aquí tenemos a una nación que está haciendo lo que hoy en día sería condenado por la opinión mundial. Lo que se hace parece idéntico a las modernas “limpiezas étnicas”, como cuando un grupo étnico busca de manera violenta sacar a la fuerza o exterminar a otro grupo. Mientras que podríamos considerar legítimo que las personas se involucren en la guerra para defender su tierra natal, la mayoría de las personas hoy día no verían tan legítimo ir a la guerra a confiscar la tierra natal de alguien más.

Además, parece que Jueces da una justificación para la “guerra santa”. Si permitimos que la conquista de Canaán en el nombre de Dios sea una acción justa, entonces ¿por qué otros no pueden reclamar que están yendo a la guerra en el nombre de Dios contra los “malvados infieles” para tratarlos con violencia?

¿Qué decimos a todo esto?

Una solución falsa

Es demasiado fácil responder que el Antiguo Testamento tuvo lugar en una etapa más primitiva de la religión y que contiene muchas declaraciones y consignas de barbarie que ya no podemos aceptar más. Existe un severo problema con tal punto de vista.

¿Por qué no las podemos aceptar ahora? La razón principal por la que se considera que la conquista de Canaán es problemática es porque quebranta el sexto mandamiento ("No mates", Éx 20:13) y el octavo mandamiento ("No robes", Éx 20:15). Pero, ¡los diez mandamientos están en el Antiguo Testamento! Así que si rechazamos el Antiguo Testamento como la revelación verdadera de Dios, entonces ¿sobre qué base objetamos la "inmoralidad" de la conquista? Es arbitrario decir *Me gusta Éxodo 20* si además después decimos *No me gusta Jueces 1*. Si el Antiguo Testamento no es la palabra de Dios, entonces ¿quién tiene que decir que un capítulo es mejor que otro? Negar la autoridad del Antiguo Testamento con el fin de "resolver" esta cuestión es como quemar tu casa para poder matar a una rata que vive ahí. Si el Antiguo Testamento no es la palabra de Dios, entonces debemos encontrar una base totalmente diferente para lo que está bien y lo que está mal (lo cual es imposible, [como ya se ha comprobado anteriormente](#)). Pero ya no podemos citar los diez mandamientos; así que, ¿qué hay de malo con un poco de imperialismo?!

El verdadero problema (¡y es un verdadero problema!) es que, en Josué y Jueces, Dios les permite a los israelitas hacer lo que Él le prohíbe

hacer a cualquier otro a lo largo del resto de la Biblia. La ley moral, como se establece tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento para todos los tiempos, está completamente en contra de la conquista. Cuando matamos a personas que no nos han atacado y tomamos su tierra, siempre se considera robo y asesinato. ¿Por qué aquí Dios permite esta excepción? ¿Y por qué esta parte de la Biblia no se puede usar como justificación hoy en día para las “guerras santas”?

Una forma de resolver el problema

Existen varias diferencias importantes que distinguen la misión de Israel de ocupar Canaán de cualquier otra acción militar, ya sea antes o desde entonces.

1. La guerra no se lleva a cabo teniendo como base la raza. La orden de Dios de expulsar a los cananeos no es una directriz para eliminar o matar a personas de una raza diferente. Cuando comenzó la invasión de Canaán, Rajab, una residente de Jericó, ayudó a los espías de Israel (ver Josué 2; 6:20-25). Rajab no solo era una cananea, sino una prostituta; podía haber sido vista como una “forastera” tanto moral como racial. Sin embargo, porque confió en el Señor, el Dios de Israel, pasó a formar parte del pueblo de Israel y se quedó en Canaán. El propósito de esta misión era “derribar sus altares [de los ídolos]” (Jue 2:2) y expulsar la adoración pagana (y, por lo tanto, a los adoradores paganos), no necesariamente a las personas de una raza en particular. Por lo que esta campaña no es una justificación para el conflicto armado de un grupo étnico en contra de otro.
2. La guerra no se lleva a cabo teniendo como base la expansión imperialista. Incluso dentro de este mandato especial, Dios no les permite a los israelitas esclavizar o saquear a ninguno de los pueblos con los que sí pelean. Tienen que ser derrotados y echados fuera. Punto. Por ejemplo, en Josué 7, Acán es juzgado por quedarse con el botín de una ciudad cananea. Lo que era normal

hacer en todas las acciones militares y las invasiones de ese tiempo estaba completamente prohibido para los israelitas. ¿Por qué? Porque el propósito de la misión no era volverse próspero y poderoso, sino, más bien, crear un país en el cual los israelitas pudieran servir y honrar a Dios.

La necesidad de expulsarlos se debía probablemente a la debilidad de los israelitas ante la tentación. En otras palabras, la acción de expulsarlos no era un testimonio de lo virtuoso que era el pueblo de Israel, sino de lo débil que era espiritualmente. Esta campaña no puede ser usada como una justificación para la colonización imperialista de un país.

3. La guerra se lleva a cabo como el juicio de Dios y por medio de la revelación directa. Para Josué (Jos 1:1-9) y a lo largo del libro de Josué (en Josué 23:1-16) y por medio del efod del sacerdote (Jue 1:1), Dios da una revelación específica y verbal a los israelitas de expulsar a los cananeos. Nada menos directo e inequívoco podría ser la base para tal acción. No sería suficiente decir: *Hemos pensado en esto y hemos orado acerca de esto y hablado acerca de esto y pensamos que el Señor nos está guiando a romper el sexto y el octavo mandamientos* (o cualquiera de los demás).

Entonces, ¿por qué Dios demandaría algo así? El teólogo Meredith D. Kline lo ha llamado “la ética de la intrusión”. Evidentemente, Dios conoce todo desde el principio hasta el final. Solo Él tiene el derecho y el conocimiento de ver a las personas que serán condenadas en el día del juicio final cuando Su Hijo vuelva, y de traer a estas personas a un juicio

anticipado. Por ende, Dios, Juez de todos, puede decidir comenzar a infligir justicia desde ahora, en vez de esperar hasta el juicio final. Por lo tanto, el juicio futuro se “intrusa” (o se “inmiscuye”) en el presente. Esto no es del todo inusual, puesto que las bendiciones del evangelio también son intrusiones de la gracia futura en el presente.

Por lo tanto, este no es un mandato para que los creyentes en general se muevan coercitivamente en contra de los incrédulos, ni justifica una “guerra santa” de una fe en contra de otra. La manera en que conocemos la voluntad del Señor es leyendo los diez mandamientos y las otras directrices que la Biblia nos da, y no tratando de imitar todo lo que se describe en todas las historias de la Biblia. Muchas personas caen en el mismo error cuando dicen: *Estamos dirigiendo nuestra iglesia justo como Dios nos lo manda en el libro de Hechos*. En Efesios y 1 Timoteo, Pablo claramente establece los principios para el orden en la iglesia, algunos de los cuales no vemos en Hechos. Eso se debe a que en ciertos pasajes el libro de Hechos solo describe lo que la iglesia hizo, no lo que Dios le dijo que hiciera (y que nos dice a nosotros por medio de Su palabra). Debemos ser mucho más cautelosos al sacar conclusiones estrictas e inflexibles de pasajes históricos.

¿Qué es la Biblia?

Este tema le da una relevancia especial a la importancia del punto de vista cristiano ortodoxo de la revelación de Dios. Todas las ramas de la iglesia institucional (Ortodoxa Oriental, Católica Romana y Protestante) históricamente están de acuerdo en que la Biblia es en su totalidad la revelación de la voluntad de Dios. Sin embargo, existen dos puntos de vista opuestos que podrían ser muy peligrosos y que nos podrían conducir a una “guerra santa”. Por un lado, algunas personas creen que reciben una revelación directa de Dios, al mismo nivel que la que Moisés o Josué o los apóstoles recibieron. Si tú crees en esa clase de “revelación continua”, entonces no existe ningún control o revisión en contra de la “guerra santa”. Siempre podrías argumentar que Dios te está llamando a atacar en Su nombre y exterminar a algún grupo que sea “del diablo”.

Por el otro lado, muchísimas personas no creen que la Biblia es una revelación divina e inerrante. Si tú no crees en la autoritativa Palabra de Dios, entonces tampoco existe ningún control o revisión en contra de la “guerra santa”. Siempre podrías decir que tu conciencia y tu convicción o tu cultura te están llamando a atacar y exterminar a algún grupo de personas.

Pero si yo creo en el punto de vista ortodoxo de la Biblia, entonces hay un control y una revisión muy reales de cómo uso el poder político. Yo sé que Dios ha hablado sin error en las Escrituras y busco vivir en obediencia a ellas. No añado nada ni quito nada a Su palabra.

Lee con humildad

Es extremadamente fácil para las personas contemporáneas sentirse condescendientes hacia, u ofendidas por, las acciones de muchos de aquellos cuyas historias se relatan en el libro de Jueces. El mandato de Dios de conquistar Canaán es lo suficientemente difícil para entenderlo. Pero, por otro lado, Jueces narra que hombres supuestamente “buenos” tratan a mujeres, niños y pueblos de otras razas de maneras malvadas.

Pero no hay que suponer que, si hubiéramos nacido en esa época antigua, hubiésemos estado mucho mejor informados que todos los demás. Debemos darnos cuenta que tenemos la ventaja de vivir en una sociedad profundamente influenciada por los diez mandamientos y otras instrucciones bíblicas.

Así que, cuando leemos sobre estos hombres y mujeres de la antigüedad, tenemos que recordar con humildad que nuestras propias naturalezas internas y nuestros corazones no son, en esencia, mejores que los de ellos. Sus defectos pueden ser diferentes y sus efectos a veces se exageran más que los nuestros, pero fluyen de corazones igualmente rebeldes como los nuestros. Debemos estar dispuestos a buscar las semejanzas que hay entre nosotros y las personas en la narrativa y a no complacer a nuestro orgullo enfocándonos en las maneras en las que somos diferentes y “mejores” que ellos.

BIBLIOGRAFÍA

- Daniel I. Block, *The New American Commentary: Volume 6. Judges-Ruth* [El Nuevo Comentario Americano: Volumen 6. Jueces-Ruth], (Holman Reference, 1999).
- Edmund P. Clowney, *El Misterio Revelado: Descubriendo a Cristo en el Antiguo Testamento*, (Poema Publicaciones, 2014).
- Arthur C. Cundall & Leon L. Morris, *Judges and Ruth* [Jueces y Rut] de la serie *Old Testament Commentaries* [Comentarios del Antiguo Testamento], (IVP Academic, 2008).
- David Jackman, *Judges, Ruth* [Jueces, Rut] de la serie *Mastering the Old Testament* [Dominando el Antiguo Testamento], (Word Books, 1993)
- C.S. Lewis, *The Abolition of Man: How Education Develops Man's Sense of Morality* [La Abolición del Hombre], (MacMillan, 1976). Disponible también en español por Editorial Encuentro, 2007.
- C.S. Lewis, *The Four Loves* [Los Cuatro Amores], (Houghton Mifflin Harcourt, reeditado en 1991). Disponible también en español por Editorial RIALP, 2005 (versión impresa) y por Harper One, 2014 (publicación en libro electrónico).

- C.S. Lewis, *The Great Divorce* [*El Gran Divorcio*], (Harper One, reeditado en 2009). Disponible también en español por Editorial RIALP, 2003 (versión impresa) y por Harper One, 2014 (publicación en libro electrónico).
- Rebecca Manley Pippert, *Out of the Saltshaker and into the World: Evangelism as a Way of Life* [*Fuera del Salero para servir al mundo: evangelismo como forma de vida*], (IVP, 1999). Disponible también en español por Editorial Andamio, 2004.
- Michael Wilcock, *The Message of Judges* [*El Mensaje de Jueces*] de la serie *The Bible Speaks Today* [*La Biblia Habla Hoy*], (IVP, 1992). Disponible también en español por Editorial Andamio, 2010.

Jueces para Ti

por Timothy Keller

Publicado por © Poiema Publicaciones 2015

Traducido con el debido permiso del libro *Judges for You* © Timothy Keller, 2013, publicado por The Good Book Company. Traducido por Cynthia Verónica Pérez de Canales. Revisado por Naíme Bechelani de Phillips.

Las citas bíblicas han sido tomadas de la *Nueva Versión Internacional* (NVI) ©1999 por Biblica, Inc. Las citas marcadas con la sigla RVC son de la versión *Reina Valera Contemporánea* ©2009, 2011 por las Sociedades Bíblicas Unidas; las marcadas con la sigla LBLA, de *La Biblia de Las Américas* ©1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation; las marcadas con la sigla BLA, de *La Biblia Latinoamericana* ©2004 por San Pablo & Verbo Divino; las marcadas con la sigla TLA, de la *Traducción al Lenguaje Actual* ©2000 por las Sociedades Bíblicas Unidas; las marcadas con la sigla RV60, de la versión *Reina Valera* ©1960 por las Sociedades Bíblicas Unidas; las marcadas con la sigla NRV2000, de la versión *Nueva Reina Valera* ©2000 por la Asociación Casa Editora Sudamericana.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio visual o electrónico sin permiso escrito de la casa editorial. Escanear, subir o distribuir este libro por Internet o por cualquier otro medio es ilegal y puede ser castigado por la ley.

Poiema Publicaciones

Medellín, Colombia

E-mail: info@poiema.co

www.poiema.co

SDG

Contenido

Prefacio de la serie

Introducción a Jueces

- 1.** Discipulado a medias *1:1 – 2:5*
- 2.** Viviendo entre ídolos *2:6 – 3:6*
- 3.** Otoniel y Aod: espera lo inesperado *3:7–31*
- 4.** Débora y Barac: gobernante y libertador *4:1 – 5:31*
- 5.** Gedeón: el débil guerrero poderoso *6:1–40*
- 6.** Gedeón: el triunfo en la debilidad *7:1–25*
- 7.** Gedeón y Abimélec: gobernando como reyes *8:1 – 10:5*
- 8.** Jefté: el desechado *10:6 – 12:7*
- 9.** Sansón: un nacimiento milagroso *12:8 – 13:25*
- 10.** Sansón: el mujeriego *14:1 – 15:20*
- 11.** Sansón: el vencedor débil *16:1–31*
- 12.** Hombres sin corazón *17:1 – 18:31*
- 13.** Un pueblo sin rey *19:1 – 21:25*

Glosario

Apéndices

1. El "Ciclo" de los Jueces
2. Los detalles de cada "Ciclo"
3. Mapa de Israel en época de los Jueces

4. El problema de la "Guerra santa"

Bibliografía

Table of Contents

Página de derechos	337
Contenido	338
Prefacio de la serie	2
Introducción a Jueces	4
1. Discipulado a medias	10
Parte dos	22
2. Viviendo entre ídolos	34
Parte dos	44
3. Otoniel y Aod: espera lo inesperado	54
Parte dos	64
4. Débora y Barac: gobernante y libertador	75
Parte dos	89
5. Gedeón: el débil guerrero poderoso	101
Parte dos	110
6. Gedeón: el triunfo en la debilidad	122
Parte dos	131
7. Gedeón y Abimélec: gobernando como reyes	141
Parte dos	152
8. Jefté: el desechado	167
Parte dos	178
9. Sansón: un nacimiento milagroso	191
Parte dos	202
10. Sansón: el mujeriego	211
Parte dos	222
11. Sansón: el vencedor débil	237
Parte dos	249
12. Hombres sin corazón	260
Parte dos	272
13. Un pueblo sin rey	284

Parte dos	298
Glosario	313
Apéndices	321
1. El "Ciclo" de los Jueces	322
2. Los detalles de cada "Ciclo"	323
3. Mapa de Israel en época de los Jueces	324
4. El problema de la "Guerra santa"	326
Bibliografía	335